



 Sergio
Vila-Sanjuán Estaba
en el aire



Una mujer de la alta sociedad, muy bella y muy desgraciada. Un publicitario embarcado en un programa radiofónico que busca a personas desaparecidas. Un magnate con buenos contactos políticos dispuesto a consolidar su imperio. Un joven del Norte que rastrea sus orígenes. En la Barcelona de 1960, las trayectorias de todos ellos se cruzan iluminando ambientes contrapuestos.

Estaba en el aire es una historia de sentimientos y búsqueda personal, de periodismo e intrigas empresariales, que transcurre en un momento histórico poco abordado por la narrativa actual. Un momento en el que España empezaba a salir de la negrura de postguerra para convertirse en una sociedad de consumo, animada por promociones televisivas y elegantes fi estas veraniegas a la luz de la luna, como las que frecuentan los protagonistas de esta novela.



Sergio Vila-Sanjuán

Estaba en el aire

ePub r1.1

orhi 06.09.14

Título original: *Estaba en el aire*

Sergio Vila-Sanjuán, 2013

Ilustración de la portada: CBS Photo Archive / Getty Images y Ron Sumners / age fotostock

Editor digital: orhi

ePub base r1.1



*A la memoria de José Luis Vila-San-Juan
y de María Rosa Robert*

«Un hombre puede pasar toda su existencia sin entender la simple lección de que sólo tiene una vida, y que si él mismo no consigue hacer con ella lo que quiere, a nadie va a importarle».

LOUIS AUCHINCLOSS,
A Writer's capital

«“Verdaderamente es un *beau geste*”, dijo tía Patricia, a quien, por única vez en mi vida, vi llevarse el pañuelo a los ojos».

P. C. WREN,
Beau Geste

Barcelona, a principios de los años sesenta

1

El teléfono suena cuando ya llevan un buen rato durmiendo. Juan Ignacio se remueve en la cama sin hacer ademán de levantarse. El vino de la cena y el coñac que se bebió después le han dejado catatónico. Elena, inquieta, le da un codazo.

—Ve tú, ¿quién puede ser a estas horas?

Se arrastra pesadamente hasta el pasillo, donde está el teléfono, maldiciendo al autor de la llamada. Ojalá los niños y la tata no se hayan despertado. Enciende la lamparita antes de descolgar.

—¿Qué ocurre? —masculla.

Del otro lado de la línea, una voz pastosa intenta hilvanar entre sollozos un discurso que a Juan Ignacio le resulta incomprensible.

—Vale, vale, lo intento, explícame mejor dónde estás, pero sobre todo cálmate —dice procurando no levantar excesivamente la voz.

Al final del largo corredor de este piso característico del Ensanche barcelonés se ha encendido otra luz. Del cuarto contiguo a la cocina emerge una figura femenina menuda, envuelta en una bata oscura, que se arrastra sigilosamente sobre el frío y polícromo suelo de mosaico hidráulico.

—¿Pasa algo, señorito?

—Nada, Montserrat, una amiga nuestra, estese tranquila y vaya a dormir.

Aún medio atontado, Juan Ignacio intenta ampliar la información que está recibiendo.

—Necesito, ne-ce-si-to, que me digas dónde estás. Nombre del local, dirección. ¡Demonios!

La llamada se ha cortado y Juan Ignacio se nota súbitamente despierto. Caminando con paso rápido vuelve al dormitorio y empieza a vestirse.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —pregunta Elena, angustiada.

—Es Tona. Completamente borracha y posiblemente metida en algún lío. Hay que rescatarla.

—¿Otra vez? ¡Y con la medicación que toma! El psiquiatra le dijo que sobre todo no bebiera. Es una locura. ¿Dónde vas a ir?

—No he conseguido averiguar dónde está ahora. He entendido que en algún momento pasó por El Cortijo. Empezaré por ahí.

Elena se ha levantado y se pone la bata de raso. Le pasa la corbata a Juan Ignacio y le acaricia la frente.

—Te esperaré despierta. Tráela aquí si hace falta, le abriré la cama plegable del cuarto de la

plancha. Y si ves que vas a tardar mucho, me llamas. Ve con cuidado.

En este inicio de los años sesenta, los sábados por la noche Barcelona arde. Como siempre ha ocurrido. En una cierta Barcelona, claro, la de las clases más acomodadas. Probablemente en otros ámbitos sociales la alegría, si la hay, resulte menos expansiva. Pero en los locales frecuentados por las buenas familias de la ciudad el dinero fluye, las orquestas tocan hasta altas horas de la madrugada y los chefs se esmeran en presentar sus más apetitosas creaciones. Los hombres, vestidos en Bel o en Gales, y las mujeres, hermoseedas con modelos de Pertegaz o de la *boutique* de Santa Eulalia, componen coloristas estampas de prosperidad y elegancia. Estamos en España, la Guerra Civil queda cada vez más lejos —han pasado ya veintiún años de la entrada en Barcelona de las tropas del general Yagüe— y, aunque el sistema de gobierno de ella derivado, que entronizó la dictadura del general Franco, sigue vigente y ya parece eterno, la economía del país da signos de salir de su letargo. Ciertamente que por las calles abundan aún mendigos y tullidos —muchos de ellos, por cierto, muchísimos para una sensibilidad mínimamente despierta, son niños, con muletas o en carritos, sueltos y como abandonados a su destino—, pero hay también una especie de electricidad en el ambiente que hace que todos se percaten de que los tiempos del hambre y la España más negra van quedando definitivamente atrás.

Claro que Juan Ignacio no se hace estas consideraciones mientras busca un taxi en la Rambla de Cataluña. Las copas de los plátanos de la elegante arteria urbana mecen suavemente el paseo de los noctámbulos, y los edificios modernistas y neoclásicos, recios y señoriales, amparan a los serenos que deambulan con la gorra de plato ladeada y sus manojos de llaves a cuestas. El conjunto arquitectónico aún resulta armonioso, aunque propietarios poco escrupulosos, acogidos a una normativa de posguerra, ya han empezado a agregar dos o tres pisos nuevos, en disonante estilo funcional, sobre sus hermosas construcciones históricas, una tendencia que se disparará a mediados del decenio con el beneplácito del consistorio del alcalde Porcioles. Pero ahora, pasada la medianoche, incluso en esta tranquila zona del centro barcelonés, es la hora de las meretrices y en las esquinas de Consejo de Ciento y Diputación curtidas profesionales del amor retan a Juan Ignacio con la mirada o le invitan directamente a acompañarlas. ¿Pero es que no circulan taxis esta noche? Finalmente un Seat 1300 negro y amarillo se detiene frente a él.

—¡Al Cortijo, rápido!

Sí, a El Cortijo, un símbolo de que la noche barcelonesa no ha dejado de ser variada y acogedora en ningún momento, ni siquiera en los primeros años después de la guerra, cuando Juan Ignacio, y Elena, y la propia Tona, formaban parte de aquella juventud dorada que tan bien se lo pasaba. Mucho antes de que se produjera el *drama* que ha llevado a Tona a protagonizar situaciones como la de esta noche. Por aquel entonces en las calles podía existir la cartilla de racionamiento para la gente normal, pero en el mundo donde ellos se movían —y han seguido moviéndose— la consigna parecía ser la de divertirse hasta el final. Bastante habían sufrido, ellos y sus familias, durante la revolución y la guerra. Había que desquitarse. Y, para el desquite, uno de los grandes clásicos es el local de la Diagonal, oficialmente conocida como Avenida del Generalísimo Franco, en su número 612, que intenta ofrecer una imagen plausiblemente andaluza desplegando un abigarrado arsenal de celosías, sillas y mesas de forja, maceteros y claveles a discreción.

En esta despoblada zona de la gran avenida, luces brillantes y una cola de coches marcan la entrada de El Cortijo. Algunas parejas salen entre risas y trastabillazos, pero también siguen entrando nuevos clientes. Se oye música de orquesta, parece que el flamenco se ha dado un respiro dejando paso al chachachá. Juan Ignacio le pide al taxista que espere. Por suerte, uno de los dos porteros es un histórico de la sala de fiestas, que le conoce desde hace mucho tiempo.

—Paquito, ¿has visto a Tona Viladomiu?

—Ay, señor Varela, se fue hace un par de horas.

—¿Con quién iba?

Paquito parece dudar.

—No le sabría decir, marchó en un momento en que entraba mucha gente y no pude estar atento.

—¿Estaba bien?

—Pues... Quizás un poco alegre.

Una información escasa. Se abre paso al interior y deambula entre las mesas que rodean la pista de baile en busca de algún rostro conocido. Al fin, sentado entre hombres de aspecto aburrido, sin duda se trata del agónico final de una cena de negocios, localiza a un conocido. Carlos Monteys, del grupo de veraneantes de Baretts de Mar. Con un inapropiado traje claro, sudoroso, los ojos considerablemente enrojecidos.

—¿Has visto por aquí a Tona Viladomiu?

—¡Hombre, Juan Ignacio, qué alegría! —Monteys baja la voz—. Hoy me ha tocado pasear a un grupo difícil, portugueses muy serios. Pero hay que tenerlos contentos porque acaban de firmar con nosotros para que distribuyamos sus aluminios. Me parece que hasta que no les instale en el hotel con unas atentas señoritas de compañía —como era previsible, al llegar a este punto guiña un ojo— no va a haber forma de que sonrían un poco y se relajen...

—¿Qué me dices de Tona?

—Sí que la vi hace un rato... Llevaba un vestido rojo muy llamativo. Montó un numerito en la pista de baile, le pegó dos bofetadas a su acompañante, que era un tipo conocido, un ricacho... Tendría que saber cómo se llama... Él mantuvo la calma pero la dejó plantada en la pista mientras ella seguía insultándole. Fue como una escena de *Gilda*. Me acerqué a ver si necesitaba algo pero no quiso hablar conmigo, me dijo que se iba a cambiar de aires y salió como una exhalación, para mí que estaba muy bebida. ¡Con lo guapa que es!

—Tengo que dejarte, que te vaya bien con los portugueses y las señoritas...

A la salida, cuando abre de nuevo la puerta del taxi que se ha mantenido a la espera, el portero le detiene con un movimiento discreto.

—Don Juan Ignacio, me dicen que la señora Tona pidió un taxi, y que le mandó dirigirse a La Bodega Bohemia.

—Gracias, Paquito —dice deslizándole en la mano un billete de cinco pesetas.

De la parte alta de la ciudad a los barrios bajos. Despide al taxi. La Bodega Bohemia ocupa un semisótano, una especie de cava en un callejón del Barrio Chino, el intrincado laberinto que se extiende entre la parte inferior de la Rambla y el Paralelo barcelonés. Por su ambiente, no tiene

nada que ver con El Cortijo; al contrario, constituye un contrapunto brusco, y por eso muchas veladas de la *gente bien* barcelonesa acaban —o al menos pasan un rato— por aquí. En un tiempo mejor, sobre su escenario, jóvenes artistas recitaban frente a un público fidelizado; el propio Adolfo Marsillach, el más destacado actor catalán —y español— de su generación, desfiló por aquí. Ahora se ha convertido en un refugio de viejas glorias, *vedettes* tronadas, cantantes desdentados, músicos sin oído, y el público, más que a aplaudirles, viene a reírse de ellos. Sobre el pequeño escenario, una cantante sexagenaria y muy gruesa, con una estrepitosa peluca pelirroja, entona, o mejor dicho berrea, una jota aragonesa:

Aunque me des veinte duros
no voy contigo al pinar
porque tienes sabañones
y me los puedes pegar.

El público de las mesas también se comunica a gritos, domina un olor agrio y el humo se puede cortar; a los pocos minutos siente como si una lámina de tufo nocturno se le hubiera pegado al cuerpo. Espera a que la canción acabe. No ve a nadie conocido, pregunta a un camarero:

—Una mujer con vestido rojo, posiblemente sola... —otro billete de duro pasa de la mano de Juan Ignacio a su bolsillo.

Sobre el escenario, tras el número aragonés, un tenor de tripa prominente y el rostro muy maquillado, vestido de húsar, entona ahora la romanza de *El huésped del sevillano*:

Fiel espada triunfadora
que ahora brillas en mi mano
y otros hombres y otras lides
ya la gloria conoció;
yo venero la nobleza
de tu acero toledano,
que del Tajo entre las aguas
recientemente se templó.

Una espectadora le arroja un clavel mientras sus compañeros de mesa le jalean ruidosamente («¡Valiente!», «¡Artista!») y le lanzan bolitas elaboradas con servilletas de papel; el tenor prosigue estoicamente con su cometido.

—Sí, una guapa de las de parar relojes, claro que me fijé. Vino sola, se sentó un rato y estuvo bebiendo coñac —relata el camarero—, aplaudía y chillaba al final de cada número, parecía que estaba bastante excitada, llamaba la atención. Varios hombres solos le tiraron los tejos y al final se fue con dos chicos jóvenes, estudiantes...

—¿Alguna dirección?

—Oí que se referían a La Venta Andaluza...

Juan Ignacio sale a la calle y respira hondo. Hay mucho movimiento a estas horas en el Barrio Chino, que por su proximidad con el puerto es el enclave tradicional de la vida canalla barcelonesa. Marineros americanos, grupos juveniles cantando a pleno pulmón, borrachos solitarios y un enjambre de prostitutas postulando su propia mercancía. Cruza la Rambla de Santa Mónica y sigue por la calle Escudillers, dejando atrás un garito tras otro, hasta girar a la derecha por una bocacalle ya muy cerca de Correos. Unas sólidas puertas de madera entornadas dan paso a La Venta Andaluza, otro clásico del noctambulismo. En el escenario, dos musculados tipos de anchas espaldas, vestidos de flamenca con las correspondientes batas de cola, bailan sevillanas. En las mesas, algunos clientes hacen palmas, mientras aquí y allá otros se han quedado dormidos, la cabeza apoyada en la mesa sucia y cargada de botellas de manzanilla vacías y ceniceros sobresaturados. El suelo está asqueroso y muy resbaladizo. De nuevo hay que localizar a un camarero.

—Una mujer atractiva, vestido rojo, con unos jóvenes...

—¡Uuuy! —finge espantarse el encargado—. ¡Pues buena la montó! Primero nos pidió un teléfono y no paró de vociferar hasta que le dejamos utilizar el del establecimiento... Luego se encerró en el lavabo y no salía, creo que se quedó dormida dentro. Los chicos que iban con ella la abandonaron y se fueron sin pagar... Al final, después de que aporreáramos la puerta un buen rato, salió, estaba que se caía. Le dije que se sentara un rato pero no quiso, se fue dando tumbos...

—¿Hacia dónde?

Enfila un callejón que da a la calle Ancha. A la luz de las farolas, los adoquines desprenden un brillo apagado; están húmedos por la llovizna de la tarde y hay que moverse con cuidado para no resbalar. Oye unas voces: un sereno y algunos noctámbulos discuten algo. Se acerca al corrillo; varios de ellos están en cuclillas en torno a un cuerpo estirado sobre la acera. Juan Ignacio corre y se abre paso. Tona está inconsciente y con una brecha sangrante que le abre la cabeza y le empapa el cabello por encima de la oreja derecha. Del labio inferior le cuelga un hilillo de baba.

—Es amiga mía. ¿Cómo está? —pregunta al sereno.

—Pues su amiga, que llevaba una curda de campeonato, debe de haber resbalado y al caer se ha dado un buen golpe en la cabeza con el filo de la acera. Yo creo que precisa atención médica. Un compañero ha ido a llamar a una ambulancia. Lo mejor de momento es no moverla...

Los noctámbulos presentes añaden detalles: «Nadie ha visto cómo caía», «La hemos encontrado así, y suerte que el sereno estaba cerca».

Una señora con semblante afable, que va con un hombre muy delgado, de aspecto enfermizo, la mira con piedad:

—Pobrecita, tan guapa, parece una princesa...

—Las princesas no se emborrachan —dice el sereno.

—Pero es que esta pobrecita, ésta, es claramente una princesa desdichada. Venga, vámonos para casa —indica la mujer a su acompañante.

2

iRinomicina le busca!...

Treinta millones de españoles a la escucha

A partir del próximo martes, veinticinco emisoras de radio nacionales, encabezadas por Radio Nacional de España en Barcelona, llevarán a todos los hogares españoles la voz de nuestro director, que en emisión semanal y en colaboración con este semanario enviarán al éter mensajes de todos aquellos que, angustiados, tratan de localizar a un ser querido del que nada saben hace tiempo, o del que jamás supieron nada.

Rinomicina le busca. Barcelona llama a España estará en el aire a las diez y media de la noche de todos los martes, para llegar a treinta millones de oyentes a través, repetimos, de veinticinco emisoras nacionales, lo que supone el medio difusor más amplio y potente del país.

En la redacción de Por Qué atenderemos toda llamada en solicitud de ayuda para la búsqueda de una persona, sin regatear esfuerzos ni medios para realizar los deseos de todos aquellos que sueñan con estrechar en sus brazos al ser querido que ya daban por perdido para siempre.

Revista Por Qué, número 1

iRinomicina le busca!...

Treinta millones de españoles a la escucha

Treinta millones de españoles han captado ya los primeros mensajes que esta sensacional emisión radiofónica, inaugurada el martes pasado, lanzó al éter por las antenas de veinticinco emisoras nacionales y Radio Andorra. La voz de Luis Rupérez, director de este semanario, llegó a todos los rincones de la Patria, en una llamada de Barcelona a toda España que trata de localizar a personas de las que nada han sabido sus familiares desde hace años.

También el Sur de Francia estuvo atento a la emisión, que durante media hora, en la noche del martes, comunicaba a los escuchas los propósitos de Barcelona llama a España, dando lectura de la emocionante carta de un padre, residente en Francia, que trata de hallar a su hijo, al que cree en España y del que nada se sabe hace muchos años.

El próximo martes Rinomicina le busca presentará a sus oyentes, y a los lectores de Por Qué, al primer español que ha llegado hasta nosotros solicitando la ayuda de este colosal circuito de emisoras para lograr la localización de sus padres, ayuda que tendrá en todo momento, porque no regatearemos esfuerzos para conseguir que la alegría reine en aquellos corazones hoy atribulados.

Revista Por Qué, número 3

Juan Ignacio va a salir de casa con el tiempo justo, como siempre. Los niños emprendieron ya hace rato el camino del parvulario con la tata. Algún día le gustaría llevarlos él, teniendo en cuenta que su camino al trabajo pasa muy cerca de la escuela. Se mira al espejo y se repeina el ya escaso cabello. Treinta y cinco años y muchas entradas, una mala herencia por lo que respecta a la

cuestión de la alopecia. Se endereza la corbata de nudo fino, a rayas azules y amarillas; aprueba visualmente la tersura de la camisa —una Tervilor de poliéster, casi inarrugable— y la caída del traje, de sobria y elegante tela de ojo de perdiz, y entra un momento en el dormitorio a dar un beso a Elena, que aún duerme. Es el lujo que se da su mujer, levantarse cada día cerca de las once, cuando toda la casa lleva horas en marcha. A cambio, por la noche puede estar hasta las tantas hablando, leyendo o jugando a las cartas. Se trata de una noctámbula pura, madrugar le da dolor de estómago.

Juan Ignacio cruza la calle Aragón, que durante mucho tiempo fue una vía ferroviaria abierta y desde hace tan sólo unos meses ha quedado completamente cubierta y destinada al tráfico automovilístico y a los peatones, una delicia para los vecinos que se ahorran el ruido de los trenes y la suciedad que generaban. Sube por la Rambla de Cataluña. Como siempre, pasa junto al colmado Quílez, que preside la esquina con sus deslumbrantes escaparates donde se alinean, perfectamente colocadas, torres de latas de *corned beef* y almejas de Chile, refulgentes frascos de bonito en aceite de oliva, metálicos recipientes de las galletas Birba de Camprodón, envases de cinco litros de aceite de oliva de Jaén y botellas de vino de Rioja, mermeladas inglesas. A pocos metros del colmado, el chiringuito de la castañera, señal inequívoca de la llegada del otoño, aún está cerrado a cal y canto. Y en la acera de enfrente, la librería Martínez Pérez, con sus libros de arte y sus estanterías de recia madera, estilo inglés.

Camina por el centro de la calle y va dejando atrás los comercios que puntúan cada mañana su itinerario: a la izquierda la joyería Tortosa y los electrodomésticos Ferpa, con sus tocadiscos Königer, las neveras Kelvinator, los aspiradores Ruton —«en un minuto salvado con Ruton»— y esas televisiones aún pioneras —algún día tendrá que comprar una—. Al otro lado, la Sala Rovira, con su doble función de papelería y pequeña sala de exposiciones; la tienda de marcos, la frutería y la librería Proa, donde tiene una cuenta que le estimula a comprar regularmente.

«¡Cuánta historia en estos comercios!», piensa. Para un publicitario como él constituyen un aliciente irresistible. Cada uno de ellos contiene la novela de su propietario, del proyecto que le inspiró, de la gente con la que contó para ponerlo en marcha, de los clientes que le dieron su confianza, de los altibajos de su historia económica.

Al llegar a la esquina con la calle Valencia supera el pequeño puesto de limpiabotas, con sus cinco asientos elevados y los dos limpias afanados en sacar brillo a los calzados. Entraría con gusto —una mujer muy bella le dijo en cierta ocasión que para saber si un hombre es elegante lo primero que hay que mirar son sus zapatos—. Al lado, la farmacia Bolós, con su empaque modernista.

Pasa el hotel Regente y la tienda —imponente— de alfombras Turkestán. A su izquierda, bajando por unas escaleritas, la Antigua Casa Teixidor de papeles pintados y pintura. La perfumería Serret. Muy cerca, la charcutería Los Ángeles. Se comería encantado una de sus deliciosas empanadillas de carne ahora mismo.

Qué interesante, se dice, sería centrarse en una sola de estas manzanas —que es el nombre de estos bloques octogonales de viviendas con patio interior, diseñadas por el urbanista Ildefonso Cerdá para el Ensanche barcelonés en la segunda mitad del siglo XIX—, y analizar una por una la evolución de todos los espacios comerciales que ocupan sus bajos en una fecha concreta como la

actual. Explicar qué hubo antes allí y qué establecimientos han abierto, se han renovado y han cerrado desde que, en sus años de infancia, las tatas o su madre le paseaban por esta Rambla, centro de la vida señorial barcelonesa, donde ha acabado viviendo en un piso cedido por su suegro. Y preguntarse qué será de estos espacios donde se intercambia dinero por productos e ilusiones, tejido vivo de la ciudad, dentro de un tiempo algo prolongado, cinco décadas por ejemplo. ¿Cuántos sobrevivirán, de la mano de una nueva generación que habrá cogido el testigo cuando los actuales propietarios o encargados se jubilen? ¿Hay mejor prueba que el traspaso de comercios de lo efímero de la vida urbana?

Quería, de forma algo ilusa, ir andando al despacho, pero mira el reloj y se ha hecho tarde. En la esquina de la calle Mallorca coge un taxi, será un recorrido de pocas manzanas.

Cuando llega, la reunión acaba de empezar. En torno a la mesa rectangular ya se ha acomodado todo el equipo directivo de la división farmacéutica y cosmética del pujante grupo empresarial donde trabaja. Preside el gerente del área, Sánchez Toldrá. Serio y eficaz, traje gris con corbata oscura, dicen que miembro del Opus Dei, la organización católica en auge, rigorista y tecnocrática, a la que pertenecen algunos de los propulsores de la modernización de la economía española (y por tanto le facilita interesantes contactos empresariales en Barcelona y Madrid).

—Bien, vayamos por el *planning* de la semana. ¿Qué tenemos sobre Caspolén?

Rocarons, el más joven del grupo, se aclara la voz y pide la palabra. Alto, delgado y aplicado, es la estrella ascendente. Un buen chico al que todos aprecian. Ha tomado unos cursos del sistema Dale Carnegie y cree ciegamente —para Juan Ignacio, también ingenuamente— en las relaciones humanas, el buen trato y la simpatía como motor de ascenso en el mundo laboral.

—Esta semana —dice— nos centraremos en las duchas públicas. Nuestros visitantes están apretando para que distribuyan nuestro champú.

—¿Duchas públicas? —Boldú esboza una mueca de asco. Cejijunto y de aspecto reconcentrado, es director técnico de varias marcas de la casa. Nunca ha tenido buena sintonía con Juan Ignacio, se repelen mutuamente—. ¿Y quién las visita?

—Cómo se nota que eres de buena familia —replica Rocarons—. Pues la gente normal. Cuando vine a Barcelona desde el pueblo y estuve viviendo el primer año en una pensión, yo las utilizaba. Cuando me casé hace un año y pusimos casa, la nuestra fue la primera ducha doméstica de la familia, contando tanto la de mi mujer como la mía. Como en sus casas no había bañera, todos mis familiares tenían que asearse en el lavadero de la cocina. Esa situación es muy corriente y por eso son necesarias.

—¿Cuáles son las de más tráfico? —pregunta, expeditivo, el gerente, que obviamente sabe muy bien lo que son las duchas públicas.

—Pues sin duda las de Plaza Cataluña. También las dos que hay instaladas en la Travesera.

—Vamos a acompañar la promoción con una campaña radiofónica —interviene Juan Ignacio—. La pasaremos los viernes y la frase será: «Mañana sábado, cuando se lave la cabeza, lávesela con Caspolén». Si alguien se lava la cabeza un día a la semana, es el sábado.

—¿Publicidad exterior?

—Una campaña limitada y económica de carteles en metros y tranvías.

—Bien —abrevia el gerente—. Rinomicina. ¿Qué tenemos?

—Estamos atacando fuerte las farmacias. Hemos lanzado una campaña de reserva de escaparates, con carteles plastificados que ha preparado Llansana —Juan Ignacio mira al voluminoso dibujante, también presente en la mesa, siempre silencioso en estos encuentros, que ahora enrojece— con la leyenda «Rinomicina, al primer síntoma». Vendemos cincuenta cajas a cada farmacéutico y ellos se comprometen a recomendarlo porque les ofrecemos condiciones mucho mejores que la competencia, con descuentos del veinte al treinta por ciento. También les regalamos sobres. Algunos protestan por el asunto de los precios. Recordaréis que la Rinomicina, al principio, iba en sobrecitos de tres comprimidos, que se vendían a tres pesetas. Cuando empezamos a hacer escaparates y a funcionar en las farmacias, lo cambiamos, para que las máquinas pudieran mecanizarlo, a un envase que era un sobre con cuatro pastillas. Se le puso el precio de 5,10 pesetas.

—Sí, y la revista de humor *La Codorniz* nos destacó en la página de extravagancias, como si no tuviéramos idea de números, ya que si tres pastillas valen tres pesetas, ¿cómo puede ser que cuatro valgan 5,10?, se preguntaban —recuerda el gerente. Todos ríen.

—Rinomicina va como una moto —continúa el publicitario—. Con el inicio del otoño, la gente se constipa más que nunca. Y el programa de radio está acabando de dispararla.

—Soy consciente, se habla de ello en todas partes. ¿Cuál es la situación?

—Que lo explique Rocarons —sugiere, generoso con su colaborador.

La estrella ascendente toma la palabra.

—Nos están llegando sacas y sacas de correo que casi colapsan la conserjería. Hemos habilitado la segunda sala de juntas para colocarlas. Y vamos a pedir ayuda a todo el mundo. Para que, como dice Dale Carnegie, todos sientan la idea como suya.

—¿Ayuda? —bufa Boldú. Juan Ignacio constata que lleva una corbata lila horrorosa; se mata con su traje—. Se nota que todos tenemos poco trabajo.

—Sí, vamos a pedirnos a todos los presentes que nos ayudéis a seleccionar cartas atendiendo a tres criterios básicos: aquellas con las que seguro que no hay nada que hacer, las que a lo mejor funcionan o al menos hay alguna posibilidad, y las que seguro que van a funcionar. Éstas son las que pasaremos al equipo de Luis Rupérez.

—Todo esto me parece un error —ataca Boldú—. No podemos dispersar energías en algo que no sea nuestro primer objetivo: crear buenos productos y venderlos. Que a Juan Ignacio, Rocarons y Llansana les haga gracia meterse en el mundo de la radio puedo entenderlo, pero no veo por qué sus iniciativas tienen que comprometernos a los demás. Y por otra parte, ¿qué porras tiene que ver un producto farmacéutico con un programa que busca personas desaparecidas? ¿Alguien puede explicármelo?

—Es muy conveniente para nosotros estar en la boca del público —dice el gerente.

—Sí, pero ¿a qué precio? Sacas de correos invadiéndonos, historias tétricas de gente muerta o que ha salido de circulación... ¿Qué tiene esto que ver con Rinomicina? ¿Nos hemos vuelto todos locos o qué? ¿Qué haremos a continuación? ¿Ayudar a los huerfanitos?

—Daremos todos el máximo apoyo posible a la iniciativa —corta, conciliador, Sánchez Toldrá—. Es imprescindible que aunemos esfuerzos ahora que esta división por fin se está afianzando dentro del grupo. Por favor, pasemos a otro tema.

A media mañana, Juan Ignacio y Rocarons se desplazan hasta la Feria de Muestras.

Ubicada en la falda de la montaña de Montjuich, la Feria de Muestras se extiende desde la plaza de España hasta las escaleras del Palacio Nacional levantado para la Exposición Internacional de 1929, a ambos lados de la Avenida de María Cristina y abrazando la plaza presidida por las fuentes luminosas de Carlos Buigas. La Feria es un escaparate de la industria catalana que funciona desde 1924 con vocación de atraer a empresas de todo el mundo. Un microcosmos de *stands* y expositores de vida efímera, distribuidos por distintos edificios, algunos de moderna arquitectura funcional, otros envejecidos palacetes de los años veinte. En este espacio, cada año, durante unos días, representantes comerciales, azafatas y visitantes profesionales viven una especie de segunda existencia en un universo autónomo y cerrado donde nada parece existir fuera del recinto. Para los barceloneses de a pie, interesados o no en productos industriales, la Feria constituye una ventana abierta a un mundo desarrollado y moderno, y una oportunidad de hacerse con muestras gratuitas de productos en cantidades ingentes.

El director Francisco Rovira Beleta la eligió como marco de su película *Historias de la Feria*. Estrenada en 1958, enlazaba varias historias filmadas en Eastmancolor y protagonizadas por María Rosa Salgado, Frank Latimore, Manolo Morán y José María Caffarel. Una chica con problemas económicos que ha encontrado empleo como azafata se ve obligada a dormir cada noche en el *stand* que reproduce una casa de ensueño, con todas sus habitaciones perfectamente habilitadas, cocina incluida; allí coincide con un tipo atractivo y misterioso, aparentemente forzado a hacer lo mismo; unos pícaros se dedican a distraer las carteras de los visitantes, hasta que el responsable de policía del recinto les enseña lo que es bueno, dejando bien claro que la España de Franco no se muestra hospitalaria con los malhechores; un fabricante en auge está encantado de mostrar su maquinaria más innovadora...

A Juan Ignacio, la producción le pareció en su día flojita pero simpática. Le gustó la honestidad del director al no saltarse sus propias reglas de juego: toda la acción se desarrolla en el espacio ferial. Desde entonces siempre que va por allí se ve a sí mismo como personaje secundario de una película española. En realidad, la Feria le embelesa: los futuristas *stands* de formas curvas de las empresas de uralita; los puestos de máquinas de afeitar electrónicas que el público —sobre todo hombres mayores de aire hirsuto— comprueba *in situ* deslizándolas sobre el mentón rebelde; los tornasolados muestrarios de hilaturas como la Fabra y Coats («tres marcas excelentes, Cadena, Elefante, Áncora»); el espacio al aire libre de los camiones de la casa Ford, coronado por un esbelto cohete espacial de pega; los electrodomésticos Westinghouse, y sus grandes lavadoras, cuyas tripas observan las damas a través de un esférico orificio de carga; el emplazamiento de Pirelli, con dibujos de enormes neumáticos, y el de las máquinas de coser Alfa; los útiles de industria pesada que presenta La Maquinista Terrestre y Marítima; sin olvidar los puestos de cerveza y salchichas de Frankfurt, así como el mesón de las golosinas, que se desperdigan por la Plaza del Universo; los niños con globos, y los carritos para visitar descansadamente el recinto, que impulsan sufridos y sudorosos ciclistas.

En el espacio de Caspolén, los interioristas han recreado gigantescas bolsas de champú, unas azafatas distribuyen muestras y en una pared se han colgado reproducciones de los dibujos de

Llansana que durante un año se insertaron como publicidad en distintos medios de prensa.

—¿Cómo vamos hoy? —pregunta Juan Ignacio al encargado.

—Aún es pronto para decirlo. Pero llevamos repartidas ya más de doscientas muestras, a la gente le encanta llevarse champú gratis. Esta mañana han pasado por aquí dos cursos de secretariado y las alumnas de una escuela de peluquería. No veas el gallinero que han montado, venían comerciales de todo el recinto, se ha disparado un butrerío fenomenal.

Tras la inspección de rigor, Juan Ignacio y Rocarons se van a tomar un aperitivo a la barra de La Pérgola, el restaurante próximo ubicado frente a las fuentes luminosas, donde los representantes de empresa llevan a comer cada día a los clientes importantes.

—¿Tú qué quieres?

—Yo una cerveza —dice Rocarons.

—¡Camarero! Una cerveza y, para mí, una Fanta de limón con ginebra Giró y dos hielos.

—¡Caray! Vas fuerte.

—¿Por esto? —se defiende Juan Ignacio—. Esto no es nada. Un pequeño estimulante para seguir manteniendo el tipo el resto del día.

Pero no han venido a discutir sobre bebidas, sino a conspirar. Ciertas cuestiones sensibles es mejor comentarlas fuera de la oficina.

—¿Cómo ves lo de Boldú? —le pregunta a Rocarons.

Su amigo es prudente.

—¿A qué te refieres?

—A su clara oposición. No se molesta en disimular que está en contra de todo lo que salga de Publicidad y Marketing. Pero con *Rinomicina le busca* se está empleando a fondo.

—Yo creo, primero, que es un envidioso, y segundo, que intenta una jugada de todo o nada. Está esperando que nos estrellemos con el programa y así poder rentabilizar cuando llegue el momento el «Yo ya lo había dicho». Eso le convertiría en el número dos con puntos a aspirar a la gerencia. Por desgracia, su sistema es de choque. No ha aprendido el consejo de Dale Carnegie: «Si quieres recoger miel, no des puntapiés a la colmena». Menos mal que Sánchez Toldrá es un claro factor de equilibrio y no le favorece.

—¿Crees que no hay alianza posible con él?

—Hoy por hoy la veo complicada. Tiene a su favor que sus últimos productos, como la crema depilatoria instantánea, han funcionado bien, con lo que posiblemente se sienta fortalecido para dar un asalto. Pero...

—¿Pero...?

Rocarons baja la voz.

—Tiene algunos rumores en su contra. Ya somos unos cuantos que pensamos que mete mano en la caja. Varias de sus cuentas no acaban de cuadrar. Y además, ¿te has fijado en lo exhibicionista que es? ¿Has visto el Fiat que se ha comprado? ¿Con qué sueldo?

—Bueno, él explicó lo de la herencia de su tía de Albacete...

—Sí, como no sean productos de la huerta me gustaría saber qué pudo dejarle esa tía, si en su familia siempre han estado a la cuarta pregunta...

Juan Ignacio y Rocarons estiran un rato el debate, dando vueltas y más vueltas al organigrama

de la casa y las perspectivas del grupo en el que trabajan, e implícitamente afianzan una vez más la complicidad que en los últimos dos o tres años les ha imbuido a ambos un estado de ánimo sereno a la hora de afrontar los incesantes juegos de cuchillos que se desarrollan en el seno de su empresa.

Pasada media hora se despiden. Rocarons va a buscar el metro, Juan Ignacio para un taxi; al final han sido dos las ginebras con Fanta que se ha bebido y, como le está empezando a ocurrir en los últimos tiempos, lamenta que a la hora de comer va a llegar a casa un poco cargado. No es que se note bebido; sabe que tiene mucho aguante y la ginebra le despeja y le estimula, o al menos eso cree. Pero a partir de la segunda copa, sobre todo si es antes del mediodía, experimenta un punto de lasitud excesivo. Es igual, se dice, después de comer haré una pequeña siesta.

Al micrófono, Luis Rupérez se transforma. Se engrandece, enrojece, se energiza, vibra, se tambalea, tremola, no habla sino vomita palabras, chilla, escupe, se transmuta en otro ser, un *homo radiofonicus* incombustible e imparable. Luis Rupérez, hoy por hoy el periodista de sucesos más conocido de Barcelona (y pronto lo será de España), director de la revista *Por Qué* y radiofonista con mucha mili a sus espaldas, está vocalizando con pasión casi futbolística los mensajes radiados de esta nueva emisión del programa *Rinomicina le busca*, que en corto espacio de tiempo ha conseguido convertirse en uno de los más escuchados de la radio española.

—Atención, Dos Hermanas, Sevilla. El pasado día 29 de octubre desapareció de su domicilio Juan Velázquez Gracia, de dieciocho años. Es atrasado mental. No habla pero sí entiende lo que se le dice y responde por el nombre de «Juanito». Tiene una cicatriz junto al oído derecho y el labio superior un poco dificultoso. Repetimos: Juan Velázquez, que atiende al nombre de «Juanito». Es de Dos Hermanas, Sevilla.

Rupérez hace una pausa y mira a su alrededor con expresión triunfante. Enciende un Celtas. Al otro lado de una pantalla acristalada, el técnico, desde el control, le hace un guiño, atento al tiempo a la consola de mezclas. Juan Ignacio, sentado en una esquina, prende un Lucky Strike. Los efluvios combinados de los dos tabacos se apoderan del pequeño locutorio.

—Atención, barco pesquero *Dios del poder*. Atención el *Dios del poder*, matrícula de Algeciras, dondequiera que se encuentre. En este barco presta, o prestaba, sus servicios el marino Juan Chicón Rodríguez. Su madre Rita Rodríguez nos escribe desde Avilés, pues no tiene noticias de él. Si alguien que nos escucha sabe dónde se encuentra el *Dios del poder* o más exactamente dónde se encuentra el marino Juan Chicón Rodríguez, escribanos, por favor.

Entra ráfaga a primer plano y pasa a fondo. Musiquilla. Y la cuña del patrocinador. «Rinomicina aspirado y a otro lado, resfriado».

—Atención, Villanueva de Córdoba. A Alejandrina Torres Cabezas aún le queda la esperanza de encontrar a su hijo Avelino Muñoz Torres, que desapareció durante nuestra guerra de Liberación en el frente de Brunete, aunque nadie le vio muerto. Repetimos: Villanueva de Córdoba, cualquier pista o indicio será bienvenido.

Luis Rupérez se arregla un poco el nudo de la corbata, que hasta ahora llevaba flojo, con el cuello de la camisa desabrochado. El programa está enfilando sus últimos minutos.

—Atención, Matamala de Almazán (Soria). Atención, Zaragoza. Tenemos aquí otro caso que

de antemano advertimos a doña Perpetua Andrés que consideramos de muy difícil resolución. Su tío carnal, Matías Mínguez Ortega, desapareció en Zaragoza, el martes de Carnaval de 1931. Parece ser que se le vio en un tren hacia Madrid. Si escucha esta emisión se le ruega escriba a su sobrina Perpetua Andrés, esposa de don Pedro Lafuente Hernández, domiciliados en Matamala de Almazán (Soria).

Nueva pausa.

—Atención, Barcelona. Desde hace dos semanas falta de su domicilio un muchacho llamado Luis Forlán. Tiene quince años pero por su altura y su envergadura parece mayor. La última vez que se le vio fue en el Paseo San Juan esquina con Córcega. Le busca su abuela, doña Dolores Martínez.

Se acerca más al micrófono.

—Y recuerden que *Rinomicina le busca* llega a treinta millones de españoles a través de los micrófonos de las siguientes emisoras: Radio Nacional de España en Barcelona, La Voz de Madrid, La Voz de Levante en Valencia, Radio Nacional de España en Sevilla, Radio Juventud de Zaragoza, Radio Juventud de Bilbao, La Voz de Navarra, Radio Nacional de España en La Coruña, La Voz de Vigo, La Voz de Guipúzcoa, Radio Oviedo, Radio Cantabria de Santander, Radio Cáceres, Radio Juventud de Mérida, Radio Tarragona, La Voz de la Costa Brava en Gerona, Radio Juventud de Murcia, Radio Juventud de Málaga, Radio Juventud de Valdepeñas, Radio Juventud de Cádiz, Radio Juventud de Almería, La Voz de Alicante y La Voz de León... Por cortesía de Rinomicina, el mejor específico antigripal.

«Recuerden, queridos oyentes, ¡Rinomicina aspirado y a otro lado, resfriado! Les esperamos el próximo martes a las diez y media de la noche a todos ustedes y muy especialmente a aquellos que, angustiados, ¡¡¡tratan de localizar a un ser querido del que nada saben hace tiempo, o del que jamás supieron nada!!!

Rupérez emite un tremendo bufido al acabar su perorata y se seca con un pañuelo el sudor de la frente. Realizador y técnico, desde el control, le dedican un silencioso aplauso. Juan Ignacio le da una palmada en el hombro mientras el locutor centra el micrófono sobre la mesa.

—¡Fenomenal, Luis! Este programa es una bomba.

Rupérez le mira con expresión falsamente ingenua.

—¿Verdad que sí? Hay que tener el corazón de corcho para no conmovirse. Yo mismo casi lloro al inicio del programa, cuando he entrevistado al ferroviario.

Antes de los mensajes breves, el maquinista de la Renfe Pablo Martínez Marín ha explicado a Rupérez a micrófono abierto que perdió a sus tres hijos, dos niños de once y siete años y una niña de nueve, en 1939. Los habían acogido en la residencia Puig Florit de San Miguel de Fluviá y luego fueron evacuados a Francia sin que haya vuelto a tener noticias suyas. Ahora tendrían los tres en torno a los treinta años. Entre sollozos, Martínez Marín le ha pasado al locutor fotos carnets de los niños antes de la desaparición para que las reproduzca en la revista *Por Qué*.

—Una historia tremenda, ¿verdad? ¡Cuántas desgracias han ocurrido en este país! En fin, hay que irse, aún tengo que escribir mi artículo diario para *La Prensa* y me esperan en la redacción. ¡Dura vida la del pluriempleado! ¿Qué, están contentos en tu empresa?

—Todo el mundo está encantado —miente a medias Juan Ignacio—. Y las sacas de correo no

paran de llegar, pronto no daremos abasto.

—Quien no quiera polvo, que no vaya a la era. No te me quejarás ahora del éxito, ¿verdad?

—No mientras no nos aplaste. Hablando en serio, creo que hemos acertado. Nunca imaginé que pudiéramos tocar tan de lleno la sensibilidad del público con esa búsqueda de personas desaparecidas.

—Y esto no es más que el principio, ya lo verás —sentencia Luis Rupérez calándose con fuerza el sombrero—. Los programas de sucesos son el futuro de la radio.

Cuando salen, les detiene el recepcionista de la emisora, que despliega sobre su mesa un pequeño paquete de tela mostrando una docena de relojes de pulsera relucientes.

—Don Luis, y usted, señor Varela, ¿quieren uno? Me acaban de llegar de Andorra, calidad garantizada y precio de amigo.

Rupérez ríe.

—No, gracias, Julián, bastante minutizados tengo ya mis horarios.

Ya en la calle, Juan Ignacio y el locutor no se fijan en el hombre alto y moreno que, apoyado en un árbol a unos metros de la puerta de los estudios, hojea una novelita del oeste de M. L. Estefanía. Les deja pasar, cierra *Pony Express* y sigue sus pasos durante un rato.

3

Hay, en el origen de todo, una imagen borrosa. Transcurre el segundo año de la Guerra Civil española. Las baterías del ejército llamado nacional han intensificado su bombardeo sobre una ciudad que demora inútilmente la rendición. Muchos de sus habitantes han emprendido la huida por las estrechas y maltratadas carreteras que llevan hacia la costa o la montaña. Entre ellos, una madre que arrastra, como puede, dos niños pequeños que la siguen. Pasa un camión en cuya parte trasera se amontona un grupo de civiles. Se oyen explosiones a lo lejos. Un hombre le grita: «Suba, aquí aún hay sitio», y le tiende los brazos para coger al primero de los dos pequeños. El vehículo ralentiza su marcha. Unos bombarderos se aproximan por el cielo nublado. Más brazos se tienden para ayudar a subir a la mujer y al otro niño, que siguen al vehículo, ahora corriendo. Las bombas están cayendo cerca, el camión acelera. Desde la trasera gritan al conductor que se detenga, pero la situación se ha convertido en un infierno y los aviones ametrallan a coches y personas que huyen. El camión aumenta la velocidad, los ocupantes de la trasera se tiran al suelo, allí cerca está muriendo mucha gente. La madre queda en tierra, con los brazos en el aire y sólo uno de sus hijos con ella. El camión sale de escena.

Entre los centenares de cartas que han llegado en las últimas semanas a la empresa de Juan Ignacio, dirigidas al programa *Rinomicina le busca*, hay una cuyo destino aún ignoramos. A medida que la correspondencia aparecía, el portero del inmueble, Romualdo, la ha ido introduciendo en unas sacas que Juanito, el botones, subía al tercer piso, donde están los despachos de Publicidad y Marketing de Rinomicina y de Caspolén. Cierta mañana, Juanito tropezó en la escalera con Angustias, una de las señoras de hacer faenas. Una de las sacas cayó al suelo y, como no estaba muy bien cerrada, su contenido se desparramó por el rellano. Juanito y Angustias fueron recogiendo las cartas una a una. Finalmente dieron por bueno el acopio, y el botones de quince años siguió con su itinerario. La misiva de Antonio Luna quedó en el suelo, escondida detrás de un inmenso cenicero de pie, y allí permaneció oculta.

Un par de días más tarde, Javier Boldú sale a fumar a la escalera para despejarse un rato y, cuando se inclina para apagar su Ducados, se le cae la pluma que lleva en el bolsillo de la camisa. Al agacharse entre maldiciones encuentra la carta. La recupera y, al ver en el encabezamiento que está dirigida al programa *Rinomicina le busca*, esboza una mueca de desprecio. Duda unos segundos si buscar o no la papelera más cercana y al final decide guardarla. Al acabar el pitillo va hasta el despacho que comparten Juan Ignacio y el dibujante Llansana, quienes se encuentran

reunidos con Rocarons, discutiendo unos folletos de productos antianémicos y antidiabéticos.

—¡Eh, los del programa! A ver si tenéis más cuidado, estáis llenando todo el edificio con vuestros sobres... Pobres de los desesperados que confien en vosotros, si lleváis sus casos con el mismo cuidado que estas cartas. Mirad lo que he encontrado detrás del cenicero.

—Gracias, Boldú, y ya que estás aquí, ¿te paso un paquete de correspondencia para que nos ayudes con la selección? —¿Es por la manía que le tiene, o realmente Juan Ignacio está advirtiéndome que a su colega le huele mal el aliento?

—¿Yo? Como si no tuviera nada mejor que hacer. Me voy a trabajar, amiguitos, TRA-BA-JAR, un verbo que no se conjuga en vuestro diccionario.

—El trabajo tiene muchas caras —dice Rocarons—. Y como dice Dale Carnegie, hay que tratar honradamente de ver las cosas desde el punto de vista de las otras personas.

—Sobre todo de las que tienen futuro como vosotros. Abur, carnegianos —se despide Boldú enarcando esas cejas que marcan una espesa línea continua. Sí, es un aliento realmente fétido.

—Pues gracias, eminencia, no te hernies, y hasta la próxima. ¿Te la quedas tú, Llansana?

—Yo estoy servido, Juan Ignacio, me están empezando a hacer chispas los ojos con todas estas cartas.

—¿Y tú, Rocarons?

—Yo tengo que ir a hacer la ronda de las farmacias.

—De acuerdo, es mía —y la desliza, una más, en la ya abultada cartera.

Pasada la medianoche, a Juan Ignacio le vence la somnolencia. En el salón, con la mesa de café cubierta de sobres abiertos y libretas donde van apuntando claves de trabajo, Elena y él llevan un buen rato repasando el correo del programa. Pero la falta habitual de sueño, el vino y el coñac de la cena le están pasando factura. Su mujer, en cambio, está estupenda, lozana y despierta como un búho.

—Me voy a dormir, sigo mañana.

—¿Ya? Pues yo estoy muy despejada. Dame más madera, me quedaré hasta tarde.

—Eres un ángel. En ti confío para que me recomiendes a san Pedro cuando me llegue el turno.

Juan Ignacio extrae de su maletín el último paquete, en el que figura la carta que ha estado un par de días olvidada en el suelo de la empresa, junto a un cenicero, y que el sulfúrico Boldú ha rescatado.

Antonio Luna es un hombre sin pasado. O al menos prefiere olvidarlo, pues sus recuerdos forman una especie de esfera blanquinosa y blanda, llena de poros que en algunos casos se han convertido en grandes agujeros.

Lo más estimulante de su peripecia vital ha tenido lugar en Barcelona, adonde vino no hace mucho dispuesto a rastrear sus orígenes.

Sabe que, cuando la guerra, fue llevado, con un grupo de niños refugiados de la zona republicana, a Suiza. Allí pasó dos años. Al acabar el conflicto se le repatrió, con sus grandes y perplejos ojazos de largas pestañas y su natural tranquilo y afectuoso, que le ganaban, de entrada, la buena disposición de cuantos se acercaban a él. Creció en el Hospicio de Santander y al cumplir dieciséis años fue devuelto a la calle, abriéndose ante sus ojos el ancho mundo. Trabajó

en una fábrica de vidrio y luego en un taller automovilístico.

De los trescientos niños de los que constaba la expedición que retornó de Suiza, sólo veintidós habían quedado en aquel hospicio. Antonio no tenía, como sus compañeros, una placa identificativa, aunque sí algunos papeles que llevaba cuando su madre le subió al camión, y una memoria borrosa de algunos hechos previos a la separación de su progenitora. Esas memorias dirigirían sus pasos hacia Barcelona.

En el tren que le trajo hace algunos meses, con su maleta de cartón a cuestas, charló un buen rato con un joven de su edad, Manolo, de Torrelavega, rubio y desgarbado, con una verruga llena de pelos en el mentón. Le preguntó qué pensaba hacer en la capital catalana.

—Pues buscar trabajo.

—¿Y hasta que lo encuentres?

—Instalarme en una pensión barata. Tengo algún ahorrito para aguantar un tiempo.

—Yo te llevaré a un sitio que está bien. Conozco la ciudad. Pero ahora, al bajar, tienes que venir pegado a mí. Si no lo haces, te detendrán, te encerrarán unos días y te volverán a empaquetar en un tren camino del Norte.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo van a devolverme?

—Pues porque si no puedes enseñar un permiso de trabajo o una dirección en regla no quieren que te quedes. Son los del Servicio de Represión de las Barracas. Barcelona recibe mucha emigración, han crecido barrios enteros de chabolas en los últimos años y las autoridades decidieron poner coto. A la gente con pinta de pobre, como tú, que no puede enseñar esos papeles los internan en el Palacio de Misiones de Montjuich y luego, billete de vuelta al pueblo.

—Pero ¿eso es legal?

—Tú, niño, ¿en qué país te crees que vives?

Bajaron en la Estación del Norte y enseguida les paró una pareja de la Guardia Urbana. Manolo hizo un aparte con el que parecía mandar, le enseñó unos folios arrugados y rápidamente obtuvieron paso libre. Después fue a uno de los teléfonos públicos del recinto para hacer una llamada. «Es para que te vayan preparando un cuarto», le dijo a Antonio Luna. Se dirigieron a una parada de autobuses próxima. El que cogieron emprendió un largo trayecto, Luna calculó que de cerca de cuarenta minutos, con abundantes detenciones que se iban espaciando a medida que la trama urbana se hacía también menos densa. Finalmente el autobús se internó por una zona de descampados, y allí Manolo le indicó que debían descender.

Se apearon en medio de un desierto urbano sin asfaltar, con hierbajos, piedras y algún perro descarriado. Muy de cuando en cuando se alzaba una farola con manchas de óxido, y a lo lejos se dibujaba la fachada de un alto edificio de color blanco roto, con estrechas ventanas apiñadas y algunas terrazas laterales con toldos verdes descoloridos. El edificio estaba aislado como un monolito en medio de un sendero de peregrinaje. A lo lejos, unos cañaverales ocultaban lo que posiblemente era un riachuelo.

Antonio Luna no supo de dónde habían salido, pero de pronto se vio rodeado de cinco muchachos jóvenes, de mala catadura, que le enseñaban el filo de sus navajas.

—Venga, chaval —dijo Manolo—, suelta esos ahorros.

—Pero...

Luna dejó caer la maleta de cartón e intentó echar a correr. Los amigos de Manolo le detuvieron sin esfuerzo y lo echaron al suelo entre puñetazos y patadas.

—¿Los sueltas o seguimos?

—Los suelto —balbuceó Luna, con la boca sanguinolenta.

Metió la mano bajo el cinturón y sacó de los calzoncillos un sobre con algunos centenares de pesetas, fruto del trabajo en el taller, que tendió al líder de la banda.

—Nos llevamos también la maleta. Y no se te ocurra ir con el cuento a la policía porque te encontraremos y lo pasarás mal. ¡Adiós, primo! —se despidió Manolo, mientras su corte emprendía el camino apiñada en torno a él.

Antonio Luna se quedó un rato en el suelo, dolorido bajo el fuerte sol del mediodía. Finalmente se levantó, sacudiéndose el polvo. El traje, su único traje, lo tenía maltrecho. Seguro que el cuerpo estaba también lleno de hematomas, allí donde le habían caído los puñetazos.

Visto lo que le había explicado en el tren su agresor, y la posterior amenaza, se abstuvo de acudir a comisaría. Por suerte, los asaltantes le habían dejado la documentación y en uno de sus bolsillos le quedaron algunas pesetas, pero aun así su aspecto no era el mejor para lanzarse a conquistar una gran urbe. Un mendigo con el que trabó conversación y compartió penalidades un rato le recomendó cierto comedor diocesano que estaba próximo. Por la tarde deambuló por la ciudad y bajó hacia el mar. Cuando empezó a oscurecer se quedó dormido en un banco.

El relente de la madrugada le despertó. Se hallaba en una plaza con mínimo arbolado y unos pequeños y polvorientos parterres, molido y fastidiado, en una ciudad que no conocía. Se incorporó dificultosamente. En el banco de al lado se sentaba un anciano de rostro moreno y barba muy blanca. Se miraron sin hablar durante un rato. El anciano extraía colillas de un cazo y las iba fumando, apurándolas hasta el final.

—¿Quieres una? —le ofreció finalmente.

Antonio Luna reprimió una mueca de asco y negó con la cabeza.

—Estás fatal. ¿Qué te han hecho?

Lo explicó.

—No tienes casa, ni ropa, ni dinero. Ven conmigo.

Luna dudó. Con un engaño durante su primer día en Barcelona ya había tenido suficiente. Pero el viejo parecía inofensivo. Claro que también su compañero de tren, Manolo, lo parecía. Y además ahora ya no quedaba nada que pudieran robarle.

—Soy el tío Andrés —dijo.

Anduvieron un buen rato en silencio. Primero entre bloques de edificios, luego atravesaron una zona de restaurantes, con las terrazas llenas de clientes, y finalmente, tras cruzar unas vías de tren y pasar una zona de desechos y maleza, Antonio Luna se dio cuenta de que habían llegado al mar. Una larguísima y sucia playa se extendía entre la escollera de un gran puerto y, muy a lo lejos, una curva del paisaje coronada por el conjunto fabril de tres chimeneas recortándose contra el horizonte. Continuaron caminando en dirección norte; seguía la proliferación de restaurantes, ahora simples chiringuitos de madera, con las sillas y las mesas dispuestas sobre la arena. Olía a paella. Dejaron a su izquierda un edificio rectangular e imponente.

—El hospital de infecciosos. Mejor no tener que entrar nunca.

Antonio Luna se encontró en una zona de barracas, hechas con ladrillos, madera y material de aluvi6n, y leves tejados de cañas, cuero-cart6n y lona cubiertos con piedras, dispuestas en torno a callejuelas que llegaban casi hasta la orilla, donde se alineaban algunas barquitas de pescadores. Callejuelas en las que bullía la vida: decenas de niños sucios correteando y jugando, muchachas bailando al son de una guitarra, hombres con carros de mercancías, caballos y burros, cabras y otros animales moviéndose a su aire. Canalillos de aguas oscuras descendían hacia el mar.

—Esto —dijo el tío Andrés— es el Somorrostro. Llega hasta esas calderas —y señaló unas estructuras circulares, de la vecina fábrica de gas.

—El barrio —añadió— es pobre, y a veces se nos inundan las barracas y tenemos que ponerlo todo a secar, pero verás que entre nosotros siempre nos ayudamos. Mi abuelo fue uno de los primeros que se instaló. Aquí ha nacido la mejor bailaora de flamenco de todos los tiempos, que es Carmen Amaya y hoy vive en Nueva York. Te encontraremos un sitio. Pero primero tendrás que hablar con el tío Florencio y con el Viejo Pescador. Son los jefes de los dos grupos principales que estamos instalados aquí.

El tío Florencio era, como el tío Andrés, un gitano viejo, elegante y sentencioso. Lo encontraron sentado a una mesa, dispuesta en el exterior de una barraca, con un vaso de vino espeso, unas aceitunas aliñadas y una olla con caracoles.

—¿Qué quieres, chiquillo?

—¿Puedo quedarme a dormir por aquí? Me han robado y estoy sin un duro.

—Responde a esta pregunta: ¿cuál es el animal que de pequeño camina a cuatro patas, de adulto con dos y de viejo con tres?

Antonio Luna se quedó perplejo y meditó un rato sin que se le ocurriera nada.

—¿No lo sabes? El hombre, tontito, el hombre, que de niño se arrastra y de viejo necesita un bast6n. Pero has sido prudente en no contestar. Ésta es una pregunta con trampa, y al primero que la respondió le arrancaron los ojos. Puedes quedarte con nosotros, el tío Manolo te colocará por alg6n lado. ¡Niño, música!

A su lado, un hombre de nariz afilada empezó a rasgar con sus larguísimas y negras uñas las cuerdas de una guitarra.

—Vamos a ver al Viejo Pescador —ordenó el tío Andrés—. Verás que es más directo que el tío Paco, que está muy orientado por los libros y las lecturas que ha hecho, aunque por fuera parezca analfabeto.

En el exterior de otra cabaña, en una zona ya lindante con la fábrica de gas, un anciano cosía una red de pescar.

—Don Antonio, este joven quiere quedarse con nosotros.

—¿Ah, sí? ¿Qué dice el tío Florencio?

—Lo ve bien.

—Pues para que yo también lo vea bien tendrá que escuchar una historia. Dime, ¿cuál crees que es el pez más grande que puede llegar a esta costa?

—¿Un delfín?

—No, amigo, no. ¡Una ballena! ¡La emperatriz de los mares! Cada diez o doce años una ballena vieja, un rorcual de los que rondan por el Mediterráneo o bien una ballena gris de las que

habitan en aguas del Pacífico decide: «Quiero ir a morir a la Barceloneta». Se impulsa hasta el estrecho de Gibraltar, luego bordea hacia el noreste la costa española y después se acerca a nuestras playas, encalla en la del Somorrostro y muere feliz mientras los pescadores le rendimos homenaje levantando nuestros remos y los gitanos le cantan sus canciones de despedida.

—Caramba —musitó Antonio Luna.

—¿Entiendes por qué es éste un barrio especial? En nuestras cabañas con suelo de tierra viven los gitanos y los pescadores, y muchos trabajadores de otros oficios, señoras de hacer faenas, vendimiadores que viajan por España y Francia cuando hay trabajo por hacer..., gente humilde pero toda ella de bien. Y ahora eres tú quien va a tener que hablar. Veo en tus ojos una fiebre. ¿Por qué has venido a Barcelona?

Luna dudó unos momentos.

—Busco a mi madre y a mi hermano. Los perdí de muy pequeño —manifiesta.

—Acércate un poco.

Antonio Luna dio unos pasos. El anciano le miró profundamente a los grandes ojazos de largas pestañas y sentenció:

—Es un fin noble. Los encontrarás.

Las primeras semanas de estancia en la ciudad, Antonio Luna ha trabajado en Los Encantes. Este mercado de viejo, con cerca de quinientos puestos, cuenta con siete siglos de existencia. En él puede encontrarse de todo: desde colchones hasta viejas medallas, desde baterías de cocina a brocantería, desde ropa interior a colecciones de tebeos o recipientes de cerámica, de primera, segunda o tercera mano. Los puestos abren de nueve a cinco, pero tres días por semana, antes de la apertura general, hay una subasta pública de antigüedades. A lo largo del día, el mercado de Los Encantes está instalado en el movimiento permanente y a su alrededor buscan sitio camiones, furgonetas, automóviles y carros y tartanas para poder movilizar las mercancías. Hay mucho gitano en Los Encantes y uno de ellos, el Julián, con su cabello rizado, su sombrero plano y su llamativo fular de colores al cuello, es el que ha empleado a Antonio Luna.

A Antonio le gusta la variedad pero también le marea un poco el perpetuo regateo. Y le asombra el pico de oro que gasta el Julián, gracias al cual, en su puesto de cuchillos de cocina y cuchillos jamoneros, las piezas se adjudican con rapidez fulminante. Pasan los días y comprueba que él resulta poco eficaz.

—Yo no sé si sirvo para esto, Julián, soy más lento en las cosas que tú, que eres una flecha.

—Pues, niño, si lo que quieres es trabajo pesado vete a la Seat.

—¿Qué es la Seat? —pregunta Antonio Luna con su mejor mirada de ingenuidad.

La Seat es la Sociedad Española de Automóviles de Turismo, empresa estatal emblema del régimen franquista y una de sus cartas de presentación nacional e internacional, ya que está participada por la compañía italiana de automoción Fiat. Fue fundada en 1950, cuando en España aún estaban vigentes las cartillas de racionamiento (que desaparecieron un año más tarde) y se instaló junto a Barcelona sobre todo por dos razones: por tratarse de un gran puerto mediterráneo, lo que facilitaba el movimiento y transporte de automóviles y de componentes, y por la importante mano de obra especializada, fruto de la industria auxiliar y de los talleres que el área barcelonesa

ofrecía, dentro de una ya vieja tradición automovilística que había contado con marcas señeras como la Elizalde (bombardeada durante la Guerra Civil) o la Hispano-Suiza.

La apertura de la Seat abona un proceso de reconciliación del Régimen con Barcelona, tras varios años de mano dura para el territorio catalán, que se mantuvo republicano hasta casi el final de la contienda (Franco nunca perdonó al general Goded que, habiendo fracasado el alzamiento militar que lideraba en Barcelona, aceptara rendirse, con la consiguiente desmovilización de simpatizantes en las cuatro provincias catalanas. Para Franco las plazas sólo se abandonaban con los pies por delante).

En esta nueva etapa de acercamiento, siempre relativo —el uso de la lengua catalana, por ejemplo, sigue restringido al ámbito familiar y a manifestaciones culturales minoritarias—, la ciudad acoge en 1952 el Congreso Eucarístico Internacional, y aprueba en 1953 el Plan Comarcal que permitirá su expansión, abriendo el tejido industrial a otras áreas que acaban superando al textil, tradicional primera actividad productiva catalana.

Las instalaciones de Seat en la Zona Franca respiran modernidad, conforme al proyecto, racionalista y luminoso, del ingeniero militar Luis Villar Molina. Incluye dos grandes naves, una dedicada a las carrocerías y al montaje, y la segunda al taller mecánico. Al lado se alza el edificio de oficinas, proyectado por otro arquitecto de sensibilidad moderna, Miguel Fisac, que alberga dos plantas para las tareas jerárquico-administrativas y, en la baja, un gran vestíbulo con revestimientos de mármol para la venta al público. El propio jefe del Estado inauguró todas estas instalaciones en una de sus visitas a Barcelona.

A Antonio Luna le han colocado primero en la cadena de montaje del automóvil más veterano de la casa, el 1400 (cinco plazas, lujoso, con una cilindrada de 44 caballos, muy popular entre altos cargos y taxistas), donde trabajaba en el acoplamiento de carrocería. Pronto lo han pasado al del modelo en auge, el Seat 600, un utilitario de 585 kilos de peso que ha empezado a producirse en 1957 a partir de un diseño italiano y que, con una potencia de 21,4 caballos, se vende —y muy bien, hay colas de meses para conseguir alguno de los trescientos que salen diariamente de fábrica, salvo que se cuente con un buen enchufe— a 65 000 pesetas.

Con su mono bien ajustado, Antonio Luna trabaja contento, le gusta el aire a nuevo de la empresa y la eficacia y el ambiente productivo que impera en ella. Cobra un buen sueldecito — pronto la cabaña del Somorrostro será sólo un recuerdo— y se siente a gusto almorzando en los oxigenados comedores de la empresa, hechos de aluminio, cristal y ladrillo, con ventanales que dan a un jardín y un pequeño lago. Cerca de cuatrocientos operarios se alinean allí, en el «oasis», en el descanso de cada turno, y es el momento en que se hacen las confidencias...

—Uf, qué cansancio, no puedo más —resopla Paco el del bigote, un cuarentón que trabaja a unos metros en la cadena de montaje del Seat 600—. Con las horas que le echamos, parece mentira que nos den esta bazofia.

Y aparta de un manotazo el plato de judías.

—A mí me gusta —susurra Antonio Luna, que tras las apreturas de sus primeras semanas en Barcelona aún no se cree que haya conseguido entrar en una empresa donde cada día le alimentan copiosamente a bajo precio: un menú de seis pesetas, de los que la empresa aporta cuatro y el resto se lo descuentan de la nómina.

—Bazofia, créeme, ¡una porquería! ¿O te crees que los ingenieros y los encargados comen lo mismo que nosotros?

Luna se queda cavilando. No tiene ni idea de lo que comen los ingenieros y encargados.

—Ya te digo yo que no, compañero. Ellos tienen cartas especiales. Esta fábrica —añade bajando la voz— es como lo que hay fuera de ella, ¡una feria de injusticias! ¡Una cárcel! ¿Ya te han explicado lo que quiere decir Seat?

—Sociedad Española de Automóviles...

—¡No, bobo! Lo que de verdad quiere decir es «Siempre Estamos Apretando Tornillos». ¿Te has preguntado alguna vez por qué no dejan hablar a los trabajadores durante los turnos? ¿O por qué no puedes ayudar a alguien que no esté en tu mismo puesto de trabajo sin autorización?

A Antonio Luna no le gusta el giro que toma la conversación y se excusa para ir a buscar el postre.

—Te da miedo lo que digo, ¿verdad? Pero en el fondo estás de acuerdo. Veo en tus ojos que eres valiente y también te sublevan las injusticias. ¡Seguiremos hablando!

Cuando vuelve, Paco el del bigote ya no está en su mesa y Antonio Luna se dispone a comer la fruta, aliviado.

Elena se remueve en el sofá. Son cerca de las cuatro de la madrugada y hasta ahora ha estado leyendo esta larguísima carta de letra picuda y apretada —pero no descuidada—. La carta que cuenta la historia de Antonio Luna. Ordena dos pilas, una con las páginas leídas y otra con las que le quedan por leer. Mañana seguirá. Tira del cordoncito de la lámpara de pie y el salón queda a oscuras. Acostumbrada a moverse en la tiniebla como una gata, emprende el camino del dormitorio, donde Juan Ignacio ronca desde hace algunas horas. Ese coñac, ese maldito coñac.

4

Tona Viladomiu emerge lentamente de los abismos del sueño. Es cerca del mediodía y se nota muy pesada. Las pastillas de Somatarax, el barbitúrico que le recetó el doctor Berenguer, le permiten dormir —hasta que las empezó a consumir no pegaba ojo, a decir verdad son una bomba—, pero también la dejan sin energía y como apisonada. Entra luz por la persiana y oye el sonido de una puerta que se cierra: sin duda, Lola, su asistente, ya lleva un rato poniendo en orden la casa.

Suena el teléfono. Con buen criterio, cuando tuvo que instalarse en este piso, se hizo colocar un aparato al lado de la cama. Es Luisa Mateu y al reconocer su voz sabe que la conversación la va a dejar aún más agotada. Luisa es una institución social barcelonesa. Casada con un tranquilo notario que le garantiza un nivel de vida acomodado y la deja hacer, tras poner cuatro hijos en el mundo Luisa necesita fijarse día a día algún objetivo en el que emplear su inagotable energía. De un tiempo a esta parte está detrás de cuanta iniciativa caritativa se cuece, que ella siempre consigue hacer apetecible combinándola con eventos sociales: encuentros, conferencias, tés benéficos, *rallies* de coches antiguos, subastas y hasta puestas de largo a las que consigue dar un realce, digamos altruista, asociándolas a recaudaciones de fondos para algún buen fin.

Cuando se produjo *la desgracia* de Tona Viladomiu, Luisa Mateu decidió apadrinarla contra viento y marea. Tona le está agradecida por ello. El momento no fue fácil, ya que, aunque en ciertos ámbitos se sabía con certeza que el marido de Tona era un perfecto canalla —pero nadie, realmente, hubiera imaginado que llegara al extremo que llegó—, en otros círculos se albergaban serias dudas en torno a la actuación de ella.

En todo caso, y fuese cual fuese el nivel exacto de su propia responsabilidad en cuanto había ocurrido, la cuestión es que Tona había quedado como una mujer suelta, sin marido —no exactamente separada, porque al parecer faltaban, o ni siquiera se habían empezado a discutir, ciertos requisitos legales; desde luego el matrimonio no estaba anulado por la Sacra Rota, de eso ni tan siquiera se había hablado—. Sin su hija (y esto era realmente lo terrible), Tona era vista como un elemento fuera de registro; presumiblemente, al menos en cierto grado, ligera de cascos, y por tanto peligrosa en un mundo social tan lleno de maridos adinerados, atractivos y simpáticos —y muy vigorosos— como el barcelonés de los primeros años sesenta.

Frente a esta generalizada percepción se había plantado enérgicamente Luisa Mateu, y con todo el vigor de su exuberante físico marcado por un visible, pero llevable, sobrepeso, había proclamado a los cuatro vientos: «No, os equivocáis, Tona Viladomiu no es una mujer fácil. Es la víctima de un malvado y por eso hay que ayudarla». Y a partir de ese momento la había incluido

en cuanto comité *pro lo que fuera* había encontrado. Del Domund al Día del Cáncer, de la Cruz Roja a las Hermanitas del Desamparo, allí estaban las dos amigas presidiendo mesas, estampando banderitas en ojales masculinos o visitando hospitales.

Luisa Mateu no ha leído a Nietzsche y formalmente desconoce su aforismo «Lo que no mata, te hace más fuerte». Pero intuitivamente, y a lo largo de una prolongada experiencia vital, es una filosofía que tiene muy asimilada. Cada vez que se acerca a uno de esos lechos del dolor, sea en San Juan de Dios o en el Clínico, hable con niños condenados o con enfermos terminales, Luisa los alienta:

—Sé valiente, no te rindas, piensa que de todo esto saldrás más fuerte.

Y a veces resulta cierto, aunque no siempre su consejo sea comprendido, y en incontables ocasiones la acción implacable de la Parca deja sin ningún efecto sus palabras.

Tona sabe que también ella tendrá que oírle a su amiga la frase famosa, más pronto que tarde a lo largo de la conversación telefónica. Porque si algo distingue a Luisa Mateu es que cuenta con fuentes de información de primer orden. Ni la más insignificante hoja de árbol de un barrio residencial barcelonés se mueve sin que Luisa Mateu se entere. Y por supuesto se ha enterado de la terrible noche de El Cortijo y la Bodega Bohemia (que Tona, en estos momentos, está intentando olvidar), y sabe muy bien cómo acabó.

—Pero Tona, cariño, ¡qué suerte tuviste de que te llevaran inmediatamente a Urgencias! ¡Y de que te atendieran nada más llegar! ¿Tú sabes lo que ocurre con estas heridas en la cabeza? ¿Cómo pudiste ser tan descuidada y tan irresponsable? ¡Y a quién se le ocurre beber, cuando estás tomando esos medicamentos de nombre tan complicado!

—...

—Lo sé, lo sé, bonita, soy consciente de que tu vida no es fácil. Pero cuando estés deprimida no dejes pasar las horas, llámame inmediatamente, o vente a dormir a casa si te notas inestable... Ya sabes que puedes contar conmigo para todo. Ahora bien, ¡lo que bajo ningún concepto debes hacer es seguir dando que hablar!, ¡salvo que quieras convertirte en una apestada social y una leprosa! Hay cosas que no se perdonan. En fin, la lección positiva es que después de este terrible episodio...

—¿Saldré reforzada?

—Eso es exactamente lo que quería decir, cariño, saldrás más fuerte para acabar de solucionar todos tus problemas.

—Eso me gustaría. Me siento muy desgraciada, Luisa —y Tona siente que sus ojos se llenan de lágrimas.

—¡Lo superarás! Pero tienes que prometérmelo: se acabaron las noches locas. Se acabaron los numeritos. Suerte tuviste la otra noche de que Elena movilizara a Juan Ignacio para que te rescatara. Si no cambias de actitud, va a llegar un momento en que nadie querrá verte y yo no podré hacer nada más por ti. De momento, lo que tienes que hacer es dar la cara. Te espero a comer en el Tenis Barcelona, tenemos el mercadillo de las Catequistas.

—¿Tú crees? Me da un poco de vergüenza. Si todo el mundo se ha enterado de lo de la otra noche...

—No se ha enterado todo el mundo. En realidad no lo sabe casi nadie. Me he enterado yo,

porque yo me entero de todo. Y pienso que lo que te conviene es dejar de hacer tonterías y empezar a hacer algo que sirva de ayuda para los demás.

—Vale, allí estaré —se rinde Tona antes de colgar.

Se quita el camisón, que desliza lánguidamente sobre la cama, y ve ante el espejo un cuerpo firme, unos pechos erguidos, un trasero bien moldeado. Levanta el brazo izquierdo y se acaricia la fina axila, perfectamente depilada. Tona supo recuperarse bien de la maternidad, pero ahora tiene que lograr recuperarse también de los excesos. Y eso no va a ser tan fácil. Las intermitentes ojeras lo empiezan a constatar, y es consciente de que su rostro va perdiendo la luminosidad de la juventud. Se ha cambiado las braguitas y se está abrochando el sujetador gris perla —de Santacana, como toda la ropa interior que utiliza— cuando suena el teléfono de nuevo.

—¿Diga?

—Llevo varios días sufriendo por ti.

La voz profunda y algo autoritaria de Casimiro Pladevall siempre consigue agitarla.

—No me lo pareció precisamente la noche de El Cortijo. Al contrario, daba la impresión de que te sentías culpable por estar allí conmigo. Me parece que no tenemos nada de que hablar —dice ella. Y cuelga.

Se nota como desangrada. Va hasta el lavabo. Llena un vaso de agua y se toma la pastilla de Anafranil. Un antidepresivo tricíclico, le dijo Berenguer, te ayudará a remontar. Aunque le deja la boca reseca, más o menos suele hacerlo.

Las hermanas Catequistas figuran entre los elementos activos de la ciudad que Luisa Mateu ha decidido tutelar. Cuentan con una espaciosa sede en la Vía Augusta, que dentro de unos años acabarán vendiendo a buen precio a cierta constructora para que edifique allí pisos de lujo. Cuentan también —sobre todo— con varios orfanatos desperdigados en pequeñas y bonitas localidades de la provincia de Barcelona, donde los niños que acogen reciben educación y cobijo hasta que, al cumplir los dieciséis años, son reintegrados al universo exterior. Estos orfanatos originan un montón de gastos. Una vez al año, Luisa Mateu les organiza a las Catequistas un evento de recaudación: durante cinco días funciona un mercadillo donde se venden objetos, de valor muy variable, aportados por gente de la buena sociedad, y también, y esto suele resultar más interesante, productos, comerciales y promocionales, de las empresas de los maridos de las damas que forman parte del comité organizador y sus adláteres. Colonias, accesorios de automóvil, yogures y botes de cacao, polos de vestir, embutidos, máquinas de fotos. Durante esos cinco días, el mercadillo se convierte en el gran punto de encuentro de la élite barcelonesa, y su restaurante, El Rastrillo, regido igualmente por señoras *bien* que son amigas de Luisa, no da abasto.

A Tona Viladomiu el taxi la deja en la puerta del Real Club de Tenis Barcelona, una institución con seis décadas de historia pero instalada desde hace sólo seis años en esta zona de Pedralbes, donde están levantando en los últimos tiempos, a ritmo acelerado, bloque tras bloque de pisos de lujo. Ella ha visitado algunos cuando estaban recién construidos, acompañando a amigas a punto de casarse o que le daban vueltas a la idea de cambiar de domicilio. Espacios de más de trescientos metros cuadrados, muy luminosos, de estilo funcional, con parquet en el suelo —en vez del mosaico característico de las viejas viviendas del Ensanche—. En edificios de cuatro o cinco

plantas, con amplias porterías (y portero de servicio las veinticuatro horas), cuidado jardín y, en el caso de las construcciones más recientes —¡oh, maravilla!—, incluso piscina. Tona los ha frecuentado después cuando ya estaban habitados, en encuentros de amigos, sobre todo matrimonios jóvenes, que antes de la cena hacían entrar a saludar a los niños en pijama, transmitiendo una imagen entrañable de calidez y unidad familiar. Su propia vida —recuerda Tona — también fue un tiempo por esos derroteros hasta que las cosas se torcieron irremediablemente.

Pedralbes, en fin: una zona que crece dando albergue a los barceloneses más acomodados que ya no quieren instalarse en palacetes o grandes caserones —imponentes pero fríos y pesados y caros de mantener— como los de sus padres y sus abuelos, sino que aspiran a la comodidad y el confort que brinda el urbanismo moderno. Aunque, de momento, muy justa de servicios: no hay comercios ni transporte público cercano, y a las tatas y criadas hay que llevarlas en coche a todos lados. Una zona de baja densidad, cuya urbanización ha sido «movidada por una mentalidad claramente elitista, con la idea de construir solamente pisos caros para preservar el barrio de clases sociales extrañas», según denunciarán unos años más tarde, no sin razón, algunos periodistas críticos de la ciudad. Tampoco hay vida profesional ni laboral, aunque ya se está preparando la ubicación allí de la escuela de negocios regentada por los jesuitas, Esade, que dará un poco de vidilla a las calles próximas. A la sombra del monasterio que constituye una de las joyas del gótico catalán, y de la gran cruz que preside la placita de la que arranca la Avenida Pearson, el nuevo Pedralbes inicia su expansión marcada por una arquitectura *international style* que rompe con el pasado e implica todo un presagio de prosperidad creciente.

Tona Viladomiu cruza el *hall* de la vieja casa pairal reformada como sede social del club de tenis y se dirige hacia las pistas. En ese arbolado y fresco espacio exterior se han instalado los puestos del rastrillo de las Catequistas. Para ser un día laborable resulta sorprendente la cantidad de público que la iniciativa ha reunido. Tona se siente observada, saluda a izquierda y derecha, busca con cierta ansiedad la cara regordeta de Luisa hasta que la localiza presidiendo una mesa de venta de ropa de mujer. Fulares con estampaciones francesas, jerséis shetland y *pullovers* en varios tonos..., hasta las habitualmente inencontrables medias acrílicas aparecen dispuestas y llamativas sobre la mesa. Todo ello donaciones de industriales o comerciales amigos.

—Tona, Tona —agita la mano con fuerza su amiga—, ¡vente para aquí con nosotras!

Cuando Tona se da cuenta de quién está con Luisa piensa en recular. Pero ya es tarde y prosigue hacia su amiga como impulsada por un motor imparable que alguien hubiera conectado a su columna vertebral.

—Tona, siéntate con nosotros, ya conoces a todo el mundo... Sisita Arimany, marquesa de Valderrobles, Tita Ponsatí...

Sisita y la marquesa son buenas mujeres, acaudaladas y aburridas. Tita es harina de otro costal, del marido ni se sabe y siempre está a la cuarta pregunta. Se cuenta de ella que en las donaciones del mercadillo siempre hace el mismo truco. Espera al final del día para asegurarse de que la hucha haya recibido una cantidad sustancial, desliza algo por la ranura y, cuando su supuesta aportación ya está dentro, se dirige a sus compañeras con cara de pasmo:

—Chicas, tengo un gran problema, he puesto un billete de mil cuando quería dejar uno de cien, ¿os importa darme el cambio?

Sus compañeras se ven obligadas a abrir la hucha y Tita se va a casa con novecientas pesetas, que según la leyenda le representan un beneficio neto, porque lo que ha echado es un billete de duro. Por suerte para ella siempre aparece en la recaudación el billete de mil dejado por algún donante generoso que hace plausible su engañifa.

Y, desgraciadamente para Tona, en la mesa petitoria hay una quinta persona.

Marta Nicolau...

Marta Nicolau, señora de Pladevall, la esposa de Casimiro. Aristocrática y distante. Elegantísima y estupenda. Con un vestido de sastre, chaqueta y falda hasta la rodilla en color miel, con toda certeza salido del taller de Pedro Rodríguez. Todo el mundo sabe que Marta es una de las mejores clientas del diseñador de moda entre la alta sociedad catalana.

Marta Nicolau de Pladevall, que, tras la presentación de Luisa Mateu, esquiva ostensiblemente a Tona, se pone en pie y, sin despedirse, se dirige a otro grupo. Todas las de la mesa lo han notado. Tona Viladomiu coge aire. Sólo le faltaba esto.

—Tona, cariño, tú te ocuparás de las pulseras. ¿Verdad que son monas? Las ha cedido Bienpuesto, la *boutique* de la calle Aribau. ¡Venga, niñas, a vender! —estimula a las damas enjoyadas la infatigable Luisa Mateu.

Casimiro Pladevall ha hecho llamar a Juan Ignacio. Eso es atípico por dos motivos: Juan Ignacio no figura en el primer nivel directivo de las Industrias Pladevall, sino en el tercero o cuarto, y, además, el magnate raramente aparece por el edificio de la calle Rosellón, ya que sus oficinas modernas, el edificio que realmente constituye hoy su buque insignia, es el de la Diagonal esquina con Paseo de Gracia. Pero hoy se encuentra en Rosellón, en su despacho de la quinta planta.

Pladevall, aceitunado, pequeño, vivaz, con el bigotito recortado que le afila el rostro, el sempiterno traje cruzado a rayas, con fondo gris o marrón desvaído, que tal vez sentaría mejor a alguien de más estatura que la suya, lleva fumando un rato. Hay mucho humo en el ambiente y el cenicero está lleno de colillas. Su aparato telefónico incluye un soporte blanco con varias teclas de colores diferentes que se van iluminando. Pero Pladevall ha dicho a la secretaria que no le pasen llamadas e ignora esas señales.

Juan Ignacio está convencido de que el motivo de la llamada está relacionado con *Rinomicina le busca*. Se trata en estos momentos de la operación de marketing estrella de las Industrias Pladevall. Y ha sido una idea suya. ¿Le palmeará en la espalda o, movido por alguna extraña arbitrariedad, llamará al verdugo para que tome las medidas de su cuello? Imposible adelantar acontecimientos.

Pese a su físico anodino, Pladevall, como todos los grandes seductores, resulta imbatible en las distancias cortas. Con hombres y mujeres. Cuando vuelca su atención en alguien, esa persona se siente durante unos minutos depositaria de un gran privilegio. Eso no quita que, según es sabido en la empresa, pueda mostrarse luego muy exigente con los resultados. También, se dice (sobre todo en la *radio macuto* de la casa), muestra de cuando en cuando una faceta colérica y hasta despótica. Lo que sus colaboradores saben bien es que, cuando está amable, resulta encantador. Y, para grata constatación de Juan Ignacio, hoy despliega con generosidad sus encantos.

—Hombre, cuánto tiempo —en realidad raramente ha hablado a solas con él—. Hacía tiempo

que tenía ganas de verte. ¿Cómo está tu madre? ¿Como siempre tan simpática? ¿Y tú, trabajas a gusto? ¿La relación con Sánchez Toldrá es buena? Un tipo muy serio, pero, demonios, muy consistente. Ya ves que el momento es expansionista, el Plan de Estabilización nos ha beneficiado mucho, la economía española está embalada y aquí, en Industrias Pladevall, vamos a tope. Es cierto que la peste porcina africana, que ha venido a través de Portugal, ha puesto en estado de alarma nuestros derivados del cerdo. Vaya cerdada, ¿verdad?

Juan Ignacio le ríe a su jefe, sin pasarse, el chiste malo.

—Pero tanto en productos cosméticos, como en textil, como en construcción, vamos a tope, por no hablar de las industrias gráficas, la metalúrgica y nuestra división bancaria... Por cierto, me han hablado muy bien de ese programa...

—¿*Rinomicina le busca?*

—Eso. La verdad es que aún no he tenido tiempo de escucharlo, pero lo haré pronto, ya sabes que creo firmemente en los nuevos medios de comunicación: radio, televisión, están subiendo en España y nosotros tenemos que acompañarlos en esa subida y hacerles cómplices nuestros; España no será un país moderno hasta que cuente con unos medios potentes e influyentes... ¿Has oído hablar de Servan Schreiber?

—¿El dueño de *L'Express*?

—Exacto, ese hombre se ha convertido en el gran árbitro de la política francesa con su revista, hace y deshace gobiernos. Es un gran proyanqui, como yo. Quiere sacarle a su país el polvo del costumbrismo y el provincianismo y ponerlo en órbita.

—Pero la situación es diferente, en Francia cuentan con libertad de prensa.

—En eso tienes razón, no te lo voy a discutir. Pero aquí en España las cosas tampoco son como en 1939. El Caudillo ha suavizado las formas de su gente más próxima, ha dado poder a los economistas y se van abriendo poco a poco espacios muy amplios de libertad. En fin, aún es pronto para concretar, quiero que sepas que contaré contigo cuando nos internemos por esas sendas.

Juan Ignacio se nota cada vez más desconcertado.

—Hombre, gracias, Casimiro... Será un honor colaborar en cuanto me sea posible.

—Pero no te he hecho llamar por eso sino por otra cosa. Tú sabes que mi *hobby* es el teatro, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Pues acabo de terminar una nueva obra. Me ha ayudado a escribirla Jorge Lucas, el periodista, pero la idea y la estructura son totalmente mías. Quiero estrenarla en París, ya sabes que soy accionista del Théâtre de l'Indépendance. La protagonizará mi amigo el actor Óscar Figole, que domina el francés y además interpreta a un chileno que vive en la capital francesa. Para el resto de papeles contaremos con actores de allí.

—Caray, felicidades, Casimiro.

—Aunque la obra me gusta, me preocupa mucho que tenga un buen pulido final. Mi problema, Juan Ignacio, es que en este terreno cuento con pocos interlocutores. Soy un hombre de negocios y a mi alrededor sólo oigo hablar de dinero. En esta misma empresa, por ejemplo, tienes que buscar con lupa para encontrar a alguien con un mínimo de sensibilidad cultural. Los personajes como tú

son *rara avis* entre nosotros.

En todo ello Juan Ignacio está de acuerdo.

—En fin, que quiero que le eches un vistazo —Pladevall le brinda un voluminoso sobre—. Agradeceré cualquier comentario por crítico que sea; es más, te pido que seas crítico, porque lo que me interesa es saber dónde flojea para mejorarla.

—Puedes contar conmigo, aunque estoy seguro de que tu comedia no necesitará muchos retoques —adula innoblemente ahora el publicitario.

—¡No te demores mucho, si es posible! Y a ver si nos seguimos viendo. Aunque ya sé que por cuestiones laborales lamentablemente no nos toca despachar juntos con frecuencia, me va bien hablar contigo porque me brindas un punto de vista diferente, más humanístico, y eso a mí me resulta tan necesario como el respirar. ¡Venga, hasta pronto!

Ya ha emprendido el camino hacia la doble puerta de recio nogal cuando escucha de nuevo al magnate.

—Ah, sí, por cierto, Juan Ignacio.

Se da la vuelta.

—Una cosa, una tontería que hace tiempo que quería preguntarte, tú conoces bien a Tona Viladomiu, ¿verdad?

Casimiro Pladevall tiene el Fiat 2300 esperándole en la puerta de las oficinas.

—A casa Bufalá —ordena al chófer.

Demetrio pone el coche en marcha sin decir una palabra, con esa discreción que le caracteriza. Discreción y delicadeza, una cierta elegancia que a Pladevall le fascinó desde el primer momento y es una de las razones de que lleve tanto tiempo a su lado. Porque Casimiro, hombre de tantas virtudes y méritos, es consciente de que tiene también algún defecto importante. Como éste: se cansa de la gente. Le gusta que a su alrededor el personal vaya rotando. Y necesita percibir en su entorno notas de originalidad o incluso de extravagancia. Le atraen los comportamientos diferentes, sin su estímulo a él también le resultaría difícil poner en juego cada día las enormes dosis de creatividad y empuje que se requieren para capitanear un grupo de empresas del que dependen ya más de dos mil personas. Especialmente en una época como la actual, en este momento de la historia de España en que el gobierno de Franco está lanzando continuas señales de apertura, que equivalen a otras tantas oportunidades para hombres de negocios audaces y capaces de mantener el equilibrio en el cambiante mapa de los repartos de poder e influencias de las distintas familias del Régimen.

A Casimiro le gusta que a su alrededor el personal vaya renovándose y sin embargo el chófer Demetrio, silencioso, discreto y elegante, lleva ya cerca de siete años a su lado. Pero en los últimos tiempos ha detectado algo que le inquieta profundamente. Un par de veces ha encontrado a su hijo Max y a Demetrio cuchicheando entre risas en alguna esquina de la casa del Turó Park. También ha captado las miradas de complicidad que se han cruzado en algunas ocasiones. Max, por el momento, no está cumpliendo las expectativas. Renunció a seguir su sugerencia de estudiar Ciencias Empresariales o alguna ingeniería, y se matriculó en cambio en la Escuela de Artes y Oficios de Barcelona, pero no da la impresión de que vaya demasiado a clase ni de que mantenga

el vigor, la disciplina y la tensión interior necesarios para convertirse en un «verdadero artista», una categoría que Casimiro respeta. Su madre, por supuesto, le defiende, aunque sin comprometerse demasiado con su causa, a su estilo más bien gélido. En fin, Casimiro está perplejo. ¿Qué demonios se traerán entre manos su hijo y el chófer?

El vehículo cruza a buen ritmo el barrio de Horta camino de la mansión de Higinio Bufalá. La primera vez que estuvo allí no se lo podía creer. En plena Fuente de Fargas, zona lejana del centro pero bastante edificada ya, se ubica una finca de varias hectáreas presidida por un palacete de tres plantas. Como los muros que la rodean son altos, sólidos y sin fisuras, los vecinos de la zona probablemente no son del todo conscientes de que allí, a su lado, en medio de la ciudad de Barcelona, se alza una propiedad digna de un hacendado rural inglés. En sucesivas visitas Pladevall ha ido conociendo la historia. El edificio se lo encargó a principios de siglo el abuelo de Bufalá, primer hombre adinerado de la estirpe, a Enrique Sagnier, quien lo diseñó en la línea neoclásica, ecléctica y elegante que hizo de él un arquitecto mucho más cotizado por las buenas familias de Barcelona que sus brillantes, pero para algunos excesivamente barrocos, colegas del modernismo como Gaudí, Puig y Cadafalch o Doménech y Montaner. En aquella época, los terrenos aún eran baratos, con lo que el primer Bufalá se hizo propietario, en pocas pero drásticas operaciones, de una magnífica extensión. Alrededor del palacete dispuso un jardín y, colindante con él, los huertos de donde extraían parte de lo que se comía en la casa.

El segundo Bufalá, don Tomás, padre de Higinio —y su gran referente vital—, fue un eminente político y empresario. Hombre de la confianza del líder Francesc Cambó, estuvo a su lado en la Lliga, la agrupación catalanista conservadora, y en su época de mayor influencia coleccionó cargos en Barcelona y Madrid, incluido un ministerio. Enamorado de la posesión familiar, contrató al gran paisajista Rubió y Tudurí para ampliar y refinar la zona ajardinada, y encargó a la plana mayor de escultores de la época (Arnau, Clará, Gargallo...) un plantel de esculturas para que la ornaran. En los años veinte y treinta, la finca Bufalá era un pequeño paraíso que don Alfonso XIII gustaba de visitar cuando venía a la ciudad, y en cuyo interior se vivió con indisimulada inquietud la proclamación de la República y los tiempos que siguieron.

Tomás Bufalá, su mujer y sus hijos estaban de vacaciones en Suiza cuando estalló la Guerra Civil española. Decidido contrarrevolucionario como era, muy pronto se habían desplazado todos a Burgos, donde puso una parte de su importante fortuna —o, al menos, de la parte que había tenido la previsión de colocar en bancos helvéticos en años recientes— al servicio de la causa de los militares insurgentes. Bufalá se hizo rápidamente un hueco en el entorno del Caudillo, ocupó cargos de responsabilidad en la intendencia de la retaguardia franquista y, al volver a Barcelona, se vio de pronto convertido en uno de los hombres clave de la nueva situación.

Su casa, por supuesto, no salió indemne de la contienda. Requisada desde los primeros momentos de la revolución, fue designada sede del Ministerio de Guerra cuando el gobierno de la España republicana se instaló en Barcelona. Y precisamente por ello sufrió varios bombardeos de la aviación franquista. Si bien los desperfectos del edificio resultaron leves, el jardín había quedado totalmente destrozado.

Don Tomás, tras ocupar un tiempo la presidencia de la Diputación de Barcelona, reemprendió enérgicamente los negocios y la restauración de su querido palacete, que a su muerte, en 1950, ya

lucía otra vez en todo su esplendor. En años posteriores, su hijo ensanchó las dos herencias. En el terreno de las actividades lucrativas, a las industrias de la piel, la constructora y la red de garajes por toda Cataluña que su padre había consolidado, Higinio sumó una próspera fábrica de pinturas, una cadena de salas cinematográficas y otros negocios menores. Pero la propiedad de Horta, incesantemente sometida a mejoras, constituye su norte y su gran empeño. Ha contratado como asesor al gran historiador del arte Ezequiel Vergés y cultiva el coleccionismo clásico en serio: el gran mosaico de las cuatro estaciones y los bustos de Cicerón y Tiberio, junto con las copias romanas del Discóbolo de Mirón y la Venus de Milo que ornan su jardín, representan el primer recordatorio de esta vertiente de sus actividades.

El coche de Casimiro Pladevall ha franqueado la doble verja negra que da acceso a la finca y se desplaza sobre el sendero de gravilla que lleva hasta la casa del propietario. Cuando llega, Higinio le está esperando en la puerta y, tras el abrazo inicial, le conduce a través del interior hacia la terraza. Casimiro ya no se impacta, como el primer día, con el Murillo y el Goya del salón principal, pero le sigue impresionando el refinamiento de su amigo, que, con su altura de metro noventa, sus trajes perfectos cortados en Savile Row, sus movimientos felinos de tenista, representa la encarnación del capitalista elegante de nuestro tiempo. A su lado, Casimiro no puede evitar sentirse siempre un tanto pequeño, basto y provinciano: todo un estímulo para la superación personal. Aunque no le gusta la grosería ni se acaba de identificar con la definición, algunas veces, humorísticamente, Casimiro se ve a sí mismo como el español del refrán: «Bajito, moreno y con cara de mala leche porque no le han dejado fornicar todo lo que hubiera querido».

En la soleada terraza, picoteando un aperitivo, están otras cuatro personas. Pese a su relativa juventud, Paco Salvans está desarrollando una gran carrera política. Crecido a la sombra de la Falange, que le acogió calurosamente durante la guerra cuando aún era casi un niño —y su talento propagandístico le salvó de ir al frente—, ha sido teniente de alcalde de Barcelona, lo que le ha favorecido para emprender múltiples y beneficiosos negocios. Minucioso, tremendamente avisado, posee una autoridad innata. Aunque casado con una heredera de carácter, también es un reputado seductor que ha mantenido *affaires* con varias mujeres de bandera.

Víctor Cardús sí hizo la guerra en primera línea, y aún tiene pesadillas por ello. Estuvo en el tercio de Montserrat, entró en Barcelona con las tropas del general Yagüe y pocos meses después reemprendía sus clases en la Facultad de Derecho, donde terminó la carrera al cabo de un par de años. Ha llevado casos de enorme relevancia, participó en el proceso de la Barcelona Traction y en los últimos tiempos se ha especializado en preparar el aterrizaje español de las grandes compañías internacionales que buscan abrir en el país nuevos mercados. Antes del 36, cuando acabó el Bachillerato, su padre le mandó un año a Inglaterra, y hoy día el hecho de ser uno de los contados abogados españoles que hablan bien inglés le está reportando claras ventajas. Es un hombre serio con pocas aristas, un *family man* —tiene seis hijos— de probidad contrastada.

Manolo Batallé, conde de Plegamans, es terrateniente y *bon vivant*, le gusta levantarse tarde, ir un rato a jugar a tenis al club Barcino o al Polo, comer bien y por la tarde pasar un rato con alguna de sus amantes. Su mujer le soporta porque es una santa y con sus hijos hace ya tiempo que la comunicación está bastante averiada. Pero Manolo ha heredado de una larga serie de ancestros enormes cantidades de terreno en áreas de expansión de Barcelona, y cuando se nota justo de

líquido simplemente vende unas cuantas hectáreas de alguna de sus propiedades y sigue viviendo a lo grande hasta la próxima crisis.

El último invitado, que es a la vez el motivo de la reunión, se llama Alejandro Roca-Genís, viejo amigo de juventud de varios de los presentes. Alto, musculado, pelirrojo, con una sonrisa irresistible, vestido en elegante clave de sport con camisa azul Oxford con corbata y una chaqueta de tweed a cuadros que contrasta con los sobrios trajes del resto de los allí presentes, Alejandro va a ser la estrella de esta comida que reúne a un pequeño grupo de los hombres de poder barceloneses, cinco privilegiados que posiblemente no son conscientes de que están atravesando el mejor momento de sus vidas.

El anfitrión hace las presentaciones.

—Antes que nada, por supuesto, quiero agradeceros que hayáis aceptado esta invitación. Hace unas semanas, Alejandro me hizo una visita (al igual que vosotros, hacía años que no le veía), y trajo una propuesta que he pensado que puede ser beneficiosa para todos.

Roca-Genís toma la palabra. Simpático y modesto, resulta muy convincente.

—Hola a todos, os conozco desde hace mucho tiempo, aunque con Casimiro y con Batallé he tenido menos relación que con Higinio, Paco y Víctor. Como sabéis, me fui de Barcelona hace quince años. Había dejado los estudios, estaba en malas relaciones con mi padre, no tenía ni un duro y, además, la España de entonces ofrecía pocas perspectivas, o al menos eso me parecía a mí, aunque viéndoos a vosotros tengo que rectificar, porque está claro que os ha ido muy bien. En nuestra juventud varios de los aquí presentes me ayudasteis económicamente y, sobre todo, me brindasteis vuestra amistad, me abristeis vuestras casas y me invitasteis a vuestras fiestas, pese a que yo no podía corresponderos. ¡Recuerdo que más de una vez incluso me pagasteis a escote alguna de aquellas fantásticas cenas de Parellada, y las copas posteriores en Marfil o Gotarda!

—Es que eras muy simpático —le corta Higinio.

—Y vosotros muy generosos. Por eso me gustaría empezar esta reunión ofreciándoos unos pequeños recuerdos.

Reparte unas cajitas forradas de terciopelo azul oscuro, en cuyo interior los comensales encuentran unos gemelos de oro con sus iniciales grabadas.

—Esto es para vosotros. Y esto, para vuestras esposas.

Les entrega otro saquito de terciopelo color burdeos. En el interior, un pequeño y precioso brillante.

—Caramba, Alejandro, esto es estilo —dice Batallé, y los demás se suman en un breve coro aprobatorio.

Tras la pausa, Roca-Genís ataca el núcleo de su explicación.

—Al dejar España —dice— estuve trabajando en México, después en Argentina, por último en Estados Unidos, donde me instalé en Miami. Es una ciudad con mucha vida y un clima estupendo, además de ofrecer grandes oportunidades para alguien ambicioso. Yo empecé en el negocio de la hostelería, primero monté un bar, luego un restaurante, luego un hotelito y ahora tengo una cadena de locales por todo el estado de Florida. En suma, no me ha ido mal.

Dos criados con uniforme gris han servido el primer plato (tosta holandesa, con huevo poché y salmón, a Casimiro le encanta).

—La cuestión es la siguiente. Tengo buenos contactos en el ayuntamiento de Miami y de hecho, bajo mano, estoy asociado con un concejal en algunos pequeños negocios. A través de él me he enterado de que está en fase de estudio, pero se aprobará con total certeza, un plan de recalificación de terrenos costeros para levantar un gran frente marítimo dedicado al ocio y al turismo. Es un sector en el que el estado de Florida siempre ha destacado, ya sabéis que lo llaman «*sunshine state*», el estado de la luz, pero ahora se quiere hacer un gran esfuerzo para afianzarlo como primer motor económico. El rumor aún no ha empezado a circular, esta operación tardará más de un año en producirse y mi amigo el *councilman* ha contactado con un grupo de pequeños propietarios de tierras que están dispuestos a desprenderse de ellas por muy poco dinero, ya que creen que es imposible sacarles rentabilidad.

Comentarios y otra pausa, mientras los criados traen un *roast-beef* con apetitosas patatas fritas.

—Lo que os quiero proponer es que invirtáis en esta operación. Se trata de comprar ahora estos terrenos y venderlos dentro de un año a alguna de las grandes compañías hoteleras americanas, Hilton, Sheraton o Hyatt, incluso Holiday Inn, con el plan de urbanización ya aprobado y los terrenos listos para crear el mayor complejo hotelero de Florida. Las autoridades del estado, que están en la ciudad de Tallahassee, apoyarán la operación. Se trata de un negocio redondo.

Los comensales se miran y el turno de preguntas se inicia. «¿Cómo estás tan seguro de que las compañías hoteleras se interesarán?» «¿Y si corre la voz antes de tiempo?» «¿Es de confianza tu socio en el ayuntamiento?» «¿De cuánto dinero estamos hablando?» Higinio da juego a unos y otros y Casimiro comprueba cómo su refinado amigo es capaz de dirigir una conversación compleja apenas con unos leves movimientos de cejas y algunas miradas.

Roca-Genís percibe claramente el interés real de los allí reunidos. Porque, tal como sin duda sabía o intuía al convocarles, todos comparten un problema parecido, que es el que inquieta a casi todos los españoles ricos. Absolutamente todos ellos han colocado dinero fuera del país. Mucho dinero. Los negocios les han ido viento en popa y tienen muy presente lo que ocurrió en el 36, cuando los rojos, en amplias zonas del país, se incautaron de propiedades privadas, buena parte de la actividad económica se colectivizó y únicamente quienes contaban con reservas al otro lado de la frontera pudieron pasar la guerra con relativo desahogo, si es que conseguían escapar del territorio republicano. España es un país inestable, nunca se sabe lo que va a ocurrir mañana y a las clases dirigentes les gusta contar con grandes cantidades a buen recaudo en Suiza o en Estados Unidos.

La cuestión es cómo hacer rentar ese dinero. Algunos bancos internacionales ofrecen intereses de hasta el diez por ciento, lo que no está mal. Sin embargo, para un hombre de negocios español de los primeros años sesenta se trata de un margen poco ambicioso, hay que aspirar a más, y lo que Alejandro propone a los notables reunidos en casa de Higinio es una operación especulativa que permita doblar en un año el capital invertido. Todo realizado en el extranjero, con dinero no declarado, por completo al margen de la normativa española. Que los hombres allí reunidos sean, con todos los matices que se quiera, hombres del sistema no implica que también sean tontos.

Cuando la comida concluye han llegado a un principio de acuerdo, cada uno de los reunidos

aportará al proyecto diez millones de pesetas. Alejandro insiste en que, para que todos estén tranquilos, algún garante debería acompañarle a Florida para cerciorarse de la calidad de los terrenos y la correcta formulación de la operación. Convienen en que irá Víctor Cardús o, en su defecto, el notario Pujades, hombre de confianza de Salvans y gran experto en temas de propiedad inmobiliaria.

De nuevo en el coche, Casimiro sólo tiene una cosa en la cabeza: ver a Tona, tocar a Tona, enredarse entre sábanas con Tona, hacerse perdonar por Tona.

—Al Club de Tenis Barcelona —le dice al chófer.

5

¿Que si conoce a Tona Viladomiu? La pregunta de Pladevall le ha hecho gracia. La mejor amiga de su mujer, a la que en los últimos tiempos habían tenido que sacar de varios líos. La bellísima y desgraciada Tona. ¿Qué tiene que ver con su jefe? Es más, ¿no resulta un tanto sospechosa esa pregunta lanzada en el último momento, como al desgaire? ¿Resultaría excesivamente maquiavélico sospechar que albergaba desde el principio la intención de sonsacarle? ¿El capitán de empresa Casimiro Pladevall, el empresario en auge del momento? Descarta de momento la hipótesis.

A Juan Ignacio se la presentaron durante un intenso verano, que acabó siendo decisivo para él, en la segunda mitad de los años cuarenta. Cierta amigo común, Toñito Rivera, le había convencido para acompañarle a las fiestas de Baretts de Mar. Esta localidad del Maresme se enorgullecía de su luminosidad mediterránea, su vistoso puerto pesquero y las decorativas casas de indianos que dan el tono del paseo marítimo y la *riera*, esa arteria central que en los pueblos catalanes de la costa canaliza hasta el mar las aguas rebeldes que en días de tempestad desbordan riachuelos y acequias de las montañas próximas, y acaban precipitándose en la playa con verdadera violencia.

Toñito instaló a Juan Ignacio unos días en su casa y le presentó a los chicos del grupo veraniego de Baretts: Carlos Monteys, Paco Puig, Antonio Manubens, Ricardo Viladomiu... Todos estaban entre los veinte y los veinticinco años, varios hacían el servicio militar, sin edad para haber combatido en la Guerra Civil, pero hijos de vencedores o en todo caso de familias acomodadas más o menos simpatizantes con la situación, disfrutando de una amena juventud en aquellos años de crisis europea.

Y es que en Baretts de Mar los veraneantes se divertían. Toñito, con aquella cabellera roja y espesa que se arremolinaba sobre la frente en forma de tupé picudo, era un bufón y eterno adolescente cuya principal preocupación en la vida se centraba en tramar cada día nuevas y originales gamberradas.

En las fiestas patronales de San Zenón, por ejemplo. Los amigos fueron a los puestos de la Riera a practicar el tiro al blanco. Ganó Paco Puig, y el gitano del puesto le premió con una botella de espumoso. Fueron a la escollera a celebrarlo, abrieron la botella y, cuando Puig dio el primer largo y profundo trago, lanzó la botella a un lado y se precipitó sobre el agua a verter lo que tenía en la boca y posiblemente en buena parte de su estómago.

—Esto no era champaña, ¡eran meados!

Toñito, Monteys y Viladomiu se partían de risa. A media tarde habían ido a la tienda y le

habían comprado al gitano una de sus botellas. La habían vaciado primero y luego colmado con el producto de sus urgencias interiores. Por la noche, dejaron ganar a Paco en el tiro al blanco y luego le habían dado el cambiazo. ¡Así era Toñito, él lo había urdido todo!

Al día siguiente, la víctima del bromazo fue el propio Juan Ignacio, que hubiera debido sospechar lo que se cernía sobre su cabeza. Por la polvorienta Riera circulaban entonces numerosos animales de carga. Toñito y Paco le llevaron hasta la reja de un ventanal donde permanecían atados tres burros. Desataron a uno y le dieron la cuerda.

—Mira, tienes que llevárselo al recluta Miñana, que lo está esperando. Vive aquí al lado, en la calle Clavé, 27. Entrás en la casa con el burro y si Miñana no está se lo dejás a la criada.

—¿Un burro en la casa? ¿Estáis locos?

—Lo está esperando, luego él ya lo llevará a su jardín, que es donde le ha hecho la casita, no te preocupes por eso —le insistió Toñito—. Se lo entregás y le das estas instrucciones —y le tendió un sobre.

—Haznos este favor, nosotros tenemos que ir al Club Náutico a preparar la verbena de esta noche —remataba Paco Puig.

Con poca convicción, se hizo cargo del equino. Tuvo que arrastrarlo con fuerza hasta la entrada de la casa, pero, una vez que la criada de la casa Miñana les abrió la puerta, el asno pareció espabilarse de pronto. Se abrió camino hasta el salón y allí empezó a mordisquear el tapete con puntillas de la mesa central, haciendo caer al suelo el jarrón que sostenía y que se hizo añicos. Al tiempo iba defecando sobre el suelo. La criada empezó a gritar, y en pocos segundos estaban en el salón chillando con ella la cocinera y un chófer que agarraba a Juan Ignacio del cuello. La escandalera iba *in crescendo* cuando bajó una joven de cabello castaño y rostro simpático, con un traje estampado.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

Como contestación obtuvo un sonoro guirigay. La chica hizo callar a los empleados de la casa y se dirigió a él muy seria.

—¿Puedes decirme quién eres y qué estás haciendo aquí con este burro asqueroso?

Un azorado Juan Ignacio le tendió el sobre. La chica leyó en voz alta:

—A la atención del recluta Rafael Miñana. Ha sido usted asignado al arma de caballería. Por orden de la Capitanía General de Barcelona tiene la obligación de cuidar, alimentar y entretener a este integrante de nuestras fuerzas hasta su próxima incorporación a filas.

Cuando acabó la lectura, la hija del señor Miñana se reía a carcajadas.

—Pero si mi hermano no está... ¡Serán gamberros! Venga, vamos a limpiar rápido esto antes de que venga mi padre, se va a poner hecho una furia.

La relación con Elena había empezado.

Aquella tarde, en el Club Náutico, Elena le presentó a su amiga Tona, la hermana de Ricardo Viladomiu.

—¿Tú eres el del burro? —le preguntó—. ¡Qué bruto! ¡Cómo te dejaste engañar?

Vestía una blusa blanca y una falda azul cielo plisada. Con su belleza morena, su lunar en el mentón, su tipo perfecto, su sensualidad desafiante, Tona era posiblemente la chica más guapa del

grupo de Baretts. Pero el corazón de Juan Ignacio ya estaba asignado. Al día siguiente, durante una chocolatada en una colina próxima al pueblo, se las arregló para despistarse del grupo con Elena y a los pocos minutos la estaba besando junto a unos viñedos.

En los años que siguieron, Juan Ignacio y Elena Miñana asentaron su relación con ciertos altibajos, propios, sobre todo, del carácter curioso pero indeciso de él y de una prevención contra el compromiso derivada de la relación con sus padres. Ella, por su parte, no escatimó paciencia.

Para Juan Ignacio la afectividad constituía un territorio incómodo e inquietante. Su padre, un ingeniero que había trabajado para importantes empresas constructoras en los años anteriores a la Guerra Civil, era exageradamente reservado y frío; en los escasos ratos que pasaba con su hijo, lo trataba como si lo estuviera examinando. Puesto que era un niño sensible, esta situación le generaba una ansiedad que le costó mucho sacarse de encima. Tras los trastornos de la guerra, que habían pasado en la zona nacional tras escapar de Barcelona, el señor Várela se acomodó con dificultad al nuevo Régimen triunfante, sus personalidades y sus modalidades de contratación. Había vuelto con la salud maltrecha y el corazón delicado y en 1945 falleció súbitamente de un paro cardíaco.

Su madre, Elvira, era el polo opuesto: simpática, muy sociable (pero poco cálida en la distancia corta), devoradora de novelas y películas de Hollywood, bastante superficial. A su hijo le costaba hacerse escuchar por ella. Cuando su marido murió tuvieron que apretarse el cinturón, pero consiguieron mantener un ajustado tren de vida gracias a que Elvira había heredado unas posesiones en Tarragona, cuyos cultivos de avellana y oliva le proporcionaban cierta renta anual y de las que además vendía una parcela de cuando en cuando.

Por consejo materno estudió Derecho, pero no llegó a acabar la carrera. No le interesaban las materias ni tenía vocación para la abogacía, y los gruesos tomos de Administrativo pudieron definitivamente con su paciencia. Le gustaba relacionarse, le gustaba leer, le gustaba escribir, aunque tampoco tenía una firme vocación literaria. Su madre montó un gran drama cuando le comunicó la decisión de dejar la carrera, pero él se mostró inflexible.

Como hijo de viuda se las arregló para librarse del servicio militar y, gracias a un amigo de la facultad, encontró un primer trabajo en la Diputación de Barcelona. Era un empleo de funcionario en oficinas, donde no se sentía a gusto; además, por aquel entonces empezaba a desarrollar una cierta conciencia crítica y comprendió que formar parte del engranaje del Estado franquista, pesado, autoritario y notablemente irracional, no era lo suyo. Al cabo de un año lo dejó.

Fue entonces cuando su madre movió contactos y a través de una amiga que también lo era de la madre de Casimiro Pladevall le encontró un puesto en el entonces emergente grupo del industrial. Su larga relación con Elena se desarrolló en paralelo a la paulatina y discreta ascensión en el seno del grupo, hasta que le dieron responsabilidades de promoción y marketing en la división farmacéutica y cosmética. El mundo publicitario le gustó enseguida porque resultaba variado y porque combinaba la creatividad con las relaciones públicas y los aspectos prácticos de la vida. Por fin había encontrado su vocación.

En el período que siguió a su primer encuentro con Juan Ignacio, Tona Viladomiu llevó, por su parte, la relajada vida normal de una chica acomodada de la época, con ciertas inquietudes. Tras

el preceptivo Servicio Social en las instalaciones de la sección femenina de Falange en el castillo de la Mota, tomó clases de pintura en una academia de la calle Puertaferri. Durante un tiempo salió con Félix Marqués, vástago de una importante familia de oftalmólogos. Félix era un joven serio, muy volcado en su carrera, y la relación con Tona, que era una vitalista, le aturulló un poco. Al cabo de un par de años lo dejaron, y él se fue a montar una de las clínicas familiares a Argentina, donde se convertiría en un especialista de referencia internacional como lo había sido su padre y como lo fue también su hermano, que se quedó en Barcelona.

Para reponerse de una ruptura que en realidad no le resultó especialmente traumática, Tona consiguió que su padre la enviara un año a Inglaterra. Y a la vuelta, como si tuviera prisa, inició inmediatamente su noviazgo con Marcos Feu.

Alto, con facciones casi infantiles, lampiño, a Marcos se le consideraba un hombre guapo. Buen deportista, jugador de tenis y de polo, esbelto y musculado. Sin ser desde luego un genio, tampoco era tonto: había estudiado, como Juan Ignacio, Derecho, pero no en el mismo curso, con lo que apenas se habían cruzado en la facultad. A diferencia de él, había acabado los estudios, y tenía un buen trabajo en una compañía internacional de seguros, donde se encargaba de importantes peritajes. Aunque le faltaba sentido del humor, transmitía una sólida sensación de seguridad en sí mismo. Pero era el hijo único de una madre muy dominante, de la que se decía que ya le había conseguido boicotear dos noviazgos, si bien en aquel momento nadie sospechaba entonces que esta circunstancia acarrearía con el tiempo todos los peligros y problemas que conllevó.

Cuando Marcos y Elena llevaban poco tiempo saliendo, la señora Feu tuvo un aparte con ella para intentar convencerla de que era demasiado joven para formalizar una relación. Estaba ya bastante decidida, y la estrategia no dio resultado.

Elena y Juan Ignacio se casaron a finales de mayo de 1955 en la iglesia de la Concepción de Barcelona, y dieron el banquete nupcial en La Rosaleda. Dos días después se celebraba el enlace de Tona y Marcos —los dos tan atractivos, ¡guapísimos!, una pareja que llamaba la atención— en la capilla de la finca de los Feu en Puigcerdá, que también abrió sus jardines para la comida nupcial. La noche anterior todo el grupo de Baretts estuvo de juerga hasta altas horas en el hotel del Lago. Tona aguantó hasta que empezaba a amanecer; Marcos se había retirado a dormir apenas pasada la medianoche. No fue un buen augurio, como no lo fue, durante la jornada de la ceremonia, la actitud de la madre del cónyuge, primero excesivamente cariñosa con su vástago —tiempo después, cuando estalló la crisis, alguien aseguró que incluso había llegado a besarle en los labios— y al final del día directamente desgarrada por la separación, con lágrimas e hipidos abundantes. Tras la boda, Elena y Juan Ignacio cogieron el tren en La Tour de Carol, camino de la luna de miel en París.

Las dos parejas tuvieron niños pronto: los Varela a Sergio y Begoña, los Feu a Inés. Pero los primeros no tardaron en detectar alguna grieta en el matrimonio de los segundos. Marcos ya no era el gallardo capitán del equipo de polo; había engordado —o mejor, se había ido inflando, y las mejillas parecían fundirse con una incipiente papada— y sus entradas en la frente empezaban a revelarse como una imparable calvicie. En cuanto a Tona, mantenía su belleza pero se la veía permanentemente inquieta, como si no pudiera relajarse ni un segundo. Había dejado de ser la

Tona soberana del grupo de Barets para convertirse en una criatura extrañamente desconcertada. La esperanza de marcar distancias, una vez casados, con la señora Feu, habían resultado vanas. Aquella dominante matrona interfería constantemente en su vida diaria. Aleccionaba severamente a Tona e imponía a la cocinera los menús que consideraba adecuados para su hijo. Cuando Marcos enfermaba —por ejemplo, de una gripe que se le complicó bastante— se refugiaba para recibir cuidados en la casa paterna, dejando a Tona e Inés en el domicilio conyugal. La pareja empezó a discutir bastante a menudo y, después de sobrellevar algunas veladas no precisamente balsámicas, Elena y Juan Ignacio empezaron a replantearse la oportunidad de verles tan asiduamente.

Pero aquella noche, a las nueve y media, el Buick Super verde y blanco de Marcos estaba aparcado en el chaflán de debajo de casa. Elena y Juan Ignacio se despidieron de la tata, entraron un momento en el cuarto de los niños para darles un beso silencioso y poco después se dirigían hacia un local del barrio de Gracia, uno de aquellos restaurantes populares que frecuentaban.

A Marcos ya se le notaba algo bebido, lo que hacía presagiar lo peor, y durante el trayecto se embarcó en una larga consideración sobre «lo poco que trabajaba la gente», a partir de sus observaciones de aquella mañana en el despacho (los sábados aún se trabajaba media jornada). Estaba indignado porque alguien, que tenía que pasarle determinado expediente, no se había presentado en la oficina, y su mujer había telefoneado para decir que estaba enfermo. Según Marcos, todo aquello era «puro cuento». En cuanto a Tona, en el asiento contiguo, permanecía silenciosa, con la cara larga y algo ausente.

El restaurante Tudela, siempre atestado, con sus manteles a cuadros y su laberíntica distribución, no es un lugar silencioso. Todos los comensales parecían expresarse a pleno pulmón. Sentados en una de las mesas del altillo, ante los primeros platos, Marcos continuaba machacando sus tesis y daba rápida cuenta de la primera botella de vino secundado por Tona, que también bebía rápido.

—En este país —decía— hace falta mano dura, porque está lleno de vagos. Necesitamos un gobierno fuerte.

—¿Aún más fuerte? —preguntó Juan Ignacio.

—¡Mucho más fuerte! ¡Un Hitler es lo que necesitaríamos!

—No digas tonterías, Marcos, por favor —intervino Tona.

Él se volvió hacia ella, irritado.

—Sólo los tontos dicen tonterías.

—Tona, ¿fuieste a Curra a ver los vestiditos que te dije? —cortó Elena.

Curra era una tienda de ropa infantil que la mujer de Juan Ignacio visitaba a menudo.

—Pasé anteayer por la tarde, de vuelta de la facultad.

—Porque ahora estudia, ¿sabéis? Claro, como le sobra el tiempo en casa —intentó ironizar Marcos.

—No empecemos —replicó ella.

—Como le sobran horas, y no hay que ocuparse de la niña, ni preparar la comida de su marido, porque para eso contamos con una chica de servicio, pues ella puede irse cada día un rato a la universidad a perder el tiempo.

—¿Y qué quieres, que pase el día en casa y me convierta en una arpía doméstica que sólo sabe controlar las vidas de los demás y meterse donde no le llaman?

—¿Por quién lo dices?

—Por nadie.

—Mira, como empieces otra vez a criticar a mi madre voy a perder la paciencia.

—¡Dong! Tiempo —bramó Juan Ignacio—. Chicos, es noche de sábado, hemos salido para divertirnos y, además, los trapos sucios se lavan en casa.

—Eso, divirtámonos —dijo Tona, y vació su vaso de un trago—. Hoy me siento TREMENDAMENTE divertida.

Elena y su marido cruzaron una mirada.

—Tan divertida que quiero empezar a reírme lo antes posible. ¡Camarero, otra botella! —solicitó sin éxito, porque en el barullo del Tudela captar la atención del servicio era tarea ímproba.

—¿No has bebido suficiente? —inquirió Marcos.

—¿Me vas a dar lecciones? ¿Pretendes dárme las —alzó la voz— cuando tú te has liquidado dos martinis antes de salir de casa como quien bebe agua? ¡Anda y que te zurzan!

—Haz lo que te dé la gana. Por mí como si te ahogas en vino barato —sentenció Marcos.

Los esfuerzos combinados de Elena y Juan Ignacio no lograron remontar el alicaído espíritu de la cena, así que cuando terminó —tardía, trabajosamente, porque el camarero no se dio prisa ni en traer la nota ni en devolver luego el cambio—, y salieron camino de Rancho Grande, Juan Ignacio se sintió francamente aliviado.

El sótano de la calle Balmes ofrecía música y bebida hasta altas horas de la madrugada, conculcando cualquier reglamentación para espectáculos, y era el preferido de los personajes más divertidos y manirroto de la ciudad. Desde monárquicos de buena familia como Pepón Buenatierra, a solteros del grupo de Barets, como Toñito Rivera o el hermano de Tona, pasando por un generoso «quién es quién» de la vida nocturna y pública barcelonesa, Rancho Grande reunía a un variado personal y era un útil propiciador de contactos empresariales tanto como de cacería sentimental. Alguna vez Juan Ignacio había visto allí al mismísimo Casimiro Pladevall, presidiendo la mejor mesa, rodeado de algunas de las fortunas más conspicuas de Barcelona, todos ellos sumergidos en *champagne* francés.

En aquel espacio tapizado de terciopelo carmesí, con iluminación velada y mesas redondas en torno a las cuales se generaba un intenso tráfico de asistentes, todos se conocían y se saludaban —con la excepción de algunas profesionales del amor de alto standing que circulaban por allí noche tras noche, y que finalmente también acababan por integrarse en la rueda de rostros reconocibles—, y, a partir de las dos de la mañana, las conversaciones ya eran propias de un jardín de infancia, porque casi todo el mundo estaba borracho en algún grado.

Se instalaron en una mesa lejos de la orquesta y pidieron champaña. Mientras las dos mujeres se iban al lavabo, Marcos y Juan Ignacio hablaban de trabajo.

—¿Qué tal por Seguros Heracles? —preguntó Varela.

—Psé —respondió Feu con una mueca—, aburrido como siempre. Tal como están las cosas no veo un futuro demasiado excitante en Barcelona. Pero —hizo una pausa— fuera de aquí ya es otro

cantar.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ya sabes que mi compañía es internacional. Y en la oficina se habla mucho de nuevos planes para Hispanoamérica.

—¿Abrís sucursales allí?

—Parece bastante seguro que se establezca una filial en México, y tal vez otra en Perú. Son países que se están desarrollando y mis jefes en París huelen buenas oportunidades de negocio.

—¿A ti te interesa eso?

—Quién sabe —lanzó el humo de su cigarro hacia arriba, dejándolo deslizar hacia el techo siguiendo la línea marcada por su nariz y el despoblado entre sus cejas. Y añadió—: ¡Total, para lo que voy a hacer aquí! ¡Camarero, un whisky, por favor!

Marcos parecía lanzado a bañar en escocés su pesimismo, cuando las dos mujeres volvieron y Juan Ignacio arrastró a la suya a la pista de baile. Sonaba una canción popularizada por Sinatra y Elena estaba radiante. Por la pista evolucionaban algunos conocidos, y Varela les observaba de reojo sumido en una grata semimodorra.

Un alboroto en la mesa rompió su ensimismamiento. Marcos y Tona se estaban peleando a grito pelado, y un par de camareros revoloteaban por las proximidades con ánimo de intervención. Los Varela se acercaron rápidamente hasta el escenario del rifirrafe.

—¿Negarás que estuviste provocando a ese tipo? —vociferaba el marido.

—¡Estás loco! ¡No le había visto en mi vida! —se defendía Tona.

—Entonces, ¿por qué ha venido hasta aquí a rondarte?

—¡Y yo qué sé! ¡Porque le habré gustado, supongo!

—¡Exacto, supones bien! ¡Y porque le habrás dado a entender que eres lo que todo el mundo ve que eres!

—¿Y qué soy, si puede saberse?

—¡¡Una puta!!

El término inexorable había sido pronunciado. Tona, lívida, arrancó de una mesa una copa de champaña y la tiró a la cara de su cónyuge, que quedó chorreando. Y cuando él se iba a lanzar sobre ella, los dos camareros lo detuvieron y lo paralizaron, dando tiempo a Tona de precipitarse hacia la puerta. Elena salió tras sus pasos, mientras Juan Ignacio intentaba pacificar a Marcos y a los camareros, que prolongaban la bronca para entretenimiento y solaz de los demás clientes.

Cuando, algunas horas más tarde, regresaban en taxi a su casa, Juan Ignacio se sentía francamente deprimido. Estas explosiones de sordidez conyugal entre amigos parecían indicadores de la gran traición del mundo adulto: ¿acaso no estaban Marcos y Tona aparentemente diseñados para constituir la pareja perfecta? ¿Qué estaba ocurriendo?

Varios meses más tarde, un lunes de primavera sonó el teléfono en el piso de Rambla de Cataluña, y Elena atendió la llamada.

—Es Ricardo Viladomiu. Está en casa de Tona y dice que la ha encontrado completamente histérica. Que ha ocurrido algo espantoso. Le he dicho que ahora mismo iríamos para allí.

Media hora después entraban en el ático de los Feu en la calle Mandri. La criada abrió con

expresión de perplejidad, anticipando el clima impropio que reinaba en el domicilio. El desorden era considerable: los almohadones de los sofás estaban desperdigados por el suelo de la casa, los ceniceros desbordados, la mayoría de objetos parecía encontrarse fuera de su sitio. Tona, sentada en una butaquita, lloriqueaba, fumaba y bebía coñac a grandes tragos. Ricardo iba del baño a la terraza y de la terraza a la cocina. Juntos parecían un perfecto ejemplo de ineficacia a la hora de afrontar una crisis.

Después de llorar un rato en brazos de Elena, Tona, de forma sumamente confusa, empezó a explicar su historia, que, con la ayuda de algunas aclaraciones de Ricardo, los Varela pudieron reconstruir casi al completo.

Marcos había abandonado el domicilio conyugal. Se llevó con él a su hija y ambos estaban en paradero desconocido. No había dejado ninguna nota de despedida. Tona se había enterado de la fuga cuando, al volver de pasar el fin de semana en la Costa Brava, encontró a su suegra en casa.

María Victoria de Feu le había dicho que no se preocupara, que la niña estaba bien, que las cosas podían arreglarse. Pero había extraído de una carpeta un montón de papeles que le hizo firmar. Tona pudo leerlos sólo por encima, pero le bastó para comprender que se trataba de una confesión de adulterio.

—¿Y por qué firmaste semejante cosa? —preguntó Juan Ignacio.

—Porque me dijo que era la única forma de conseguir que volviera a ver algún día a mi hija —contestó Tona entre hipidos—. Y porque me aseguró que un detective me había seguido y tenía todas las pruebas.

—Pero esta declaración no se te puede tener en cuenta. La firmaste bajo coacción, es un chantaje. No tiene valor legal. Y además es mentira, ¿no?

Tona hundió el rostro en el pañuelo, sollozando ruidosamente.

—Seamos prácticos —dijo Elena—. ¿Tu suegra no te dijo dónde estaban?

—No —respondió Tona—. Sólo me dijo que, si yo firmaba, encontraríamos una solución. Pero que tenía que esperar, que no moviera nada más porque Marcos estaba muy irritado conmigo.

—¿Irritado, por qué?

El matrimonio, explicó Tona, había sido invitado a pasar el fin de semana a la Costa Brava, a la finca de Luis Molins, un amigo de la pareja, que daba el sábado por la noche una gran fiesta. Marcos había declinado asistir por razones de trabajo, pero insistió mucho para que Tona acudiera. De modo que ella partió sola y se quedó en casa de Molins, hasta el lunes por la mañana, cuando bajó a primera hora a la ciudad.

—¿Y en la Costa Brava pasó algo especial?

Tona apuró su vaso.

—Luis me ha estado yendo detrás durante más de un año. Marcos lo sabía, de modo que me extrañó mucho que insistiera tanto para que yo fuera sola a la fiesta.

—¿Te quedaste todo el fin de semana?

—¡Marcos insistió! ¡Presionó a fondo! ¡Le llamé el domingo y me dijo que alargara la estancia, que disfrutara!

—¿Y allí pasó algo que pudiera ser utilizado contra ti?

—Si pasó algo —repuso Tona con frialdad— no hay forma humana de que mi marido pudiera

saberlo.

—¿No te acostarías con Molins, verdad?

—¡Sí! ¡Claro que me acosté con Molins! ¡Marcos me lo puso en bandeja, insistiéndome para que subiera a Llafranch después de maltratarme y de insultarme constantemente durante meses! Me puso una trampa y yo he caído como una imbécil, ahora lo comprendo todo.

Intervino Elena:

—Todo esto es muy extraño, y no me gusta nada. Mejor que telefoneemos inmediatamente a tu suegra.

6

La concentración es intensa. En la minúscula redacción de la revista *Por Qué*, Luis Rupérez repasa pruebas de texto junto con el maquetista y el único redactor de la publicación, que por las tardes trabaja en el diario *La Prensa*. El primer número de *Por Qué* apareció hace pocas semanas. Rupérez la ha fundado con la intención explícita de competir con *El Caso*, semanario de sucesos que lleva más de ocho años publicándose con éxito en Madrid. Como elementos diferenciales aporta, además de su conocida energía, su propia popularidad incipiente, derivada de programas radiofónicos y columnas en la prensa local, así como sus buenos contactos en medios policiales. Confía en que la creciente demanda general de temas truculentos juegue a favor de la nueva empresa.

En el primer número marcó su filosofía: «Los sucesos que la actualidad nos trae se diluirían en el olvido, apenas leídos, si no plantearan el problema de averiguar lo que movió a su ocurrencia. Cada suceso —y por extensión, cada acontecimiento— tiene su «porqué». ¿Por qué el asesino armó su brazo? ¿Por qué se perpetró una agresión o un hurto? ¿Por qué tal o cual actitud humana ante un vulgar acontecimiento...?»

«Periodistas de calle, que es decir periodistas en continua acción y siempre en la avanzadilla informativa, les serviremos desde hoy, sin ánimo de espeluznar a nadie, la información veraz y completa y la silueta moral de los personajes de cada suceso.»

Veintiocho páginas en blanco, negro, rojo y sepia; con amplios reportajes a cargo de una red de colaboradores en las principales ciudades españolas —la mayoría viejos colegas de anteriores batallas periodísticas— y numerosas fotografías. Difusión inicial de diez mil ejemplares, a un precio de tres pesetas.

Mientras revisa las pruebas intenta componer mentalmente la portada. Los temas centrales van desfilando bajo su mirada nerviosa. Nueva captura de Juan Reyes, *el torero*, ladrón de torres de veraneo ya célebre a sus veintinueve años. Jugoso. Una cocinera de Vich podría ser la heredera del título y la fortuna de un aristócrata andaluz fallecido en 1928. Llamativo. El marido de Brigitte Bardot ingresado en un hospital, ¿será declarado inútil para el servicio militar? Justito. Un futbolista juvenil muere al recibir un rodillazo...

Llega a la doble página de *Rinomicina le busca*. Mientras estaba buscando financiación para la revista surgió la propuesta de conducir el espacio radiofónico, y le faltó tiempo para proponer a los responsables de la empresa la vinculación entre el semanario y el programa. Habitualmente le dedican una página semanal con un caso destacado en la cabecera y varias historias menores

reflejadas en pastillas de un párrafo. Pero cuando alguna de las peripecias ofrece verdadero potencial humano, Rupérez no duda en darle vuelo. Es el caso del despliegue que tiene entre las manos, y que el periodista vuelve a repasar:

¡Rinomicina le busca!...

Recepción apoteósica a la hija que recuperó a su madre

Josefina Iglesias —ahora Josefina Méndez— es acogida con fervor en Málaga.

Por Qué y Rinomicina le busca lograron el emocionante encuentro.

El lunes día 28, en los andenes de la estación de Barcelona Término, don Juan Ignacio Varela, representando a la firma Rinomicina, acompañaba a Josefina Iglesias, la joven que se suponía había nacido en Lora del Río (Sevilla) y que se hallaba trabajando en Barcelona. Josefina marchaba hacia Málaga, donde una madre creía haberla reconocido como la hija que perdiera hace veinticuatro años. La oyeron por la radio en diálogo con nuestro director Luis Rupérez, relatando sus recuerdos y sus señas personales. Veinticinco emisoras nacionales y Radio Andorra lanzaron a los vientos el mensaje de esperanza de esta joven andaluza. Y no tardó en llegar la respuesta: doña Ana Berrocal Fernández, desde Málaga, nos pedía ver a Josefina convencida de haber hallado a la que tanto llorara. Rinomicina le busca puso a disposición de estas personas que sufrían cuantos medios necesitaban para encontrarse. Y el encuentro se ha efectuado, como podrán ver leyendo el amplio y emocionante reportaje que nos envía nuestro corresponsal.

Tras el eco de este programa, Rupérez había dudado si le valía la pena trasladarse personalmente a Andalucía para cubrir él mismo el reencuentro. Le gusta imaginar que el lector de *Por Qué* espera encontrar su firma cada semana al pie de algún gran artículo. Pero, en esta ocasión, perder dos días en el desplazamiento le complicaba demasiado el cierre del número. Por suerte cuenta en el Sur con un reportero de confianza.

Llegó a su hogar malacitano Pepita Iglesias y una amargura que duró veinticuatro años desapareció. Rinomicina la buscó y la encontró, y la ha devuelto al feliz hogar malagueño en el que una madre ha vertido diarias lágrimas por el recuerdo de su hija perdida. En la estación de Málaga, a las once menos cuarto —desde las diez de la noche los amplios andenes presentaban un aspecto animadísimo, tanto que más de un empleado de los servicios nocturnos preguntó qué pasaba para que hubiera tal expectación—, se congregaba medio barrio de la Trinidad, en una de cuyas calles, la denominada Calzada, habita Ana Berrocal Fernández, la madre que durante veinticuatro años ha suspirado por el recuerdo de una hija cuyo paradero —e incluso si vivía— desconocía totalmente.

La Trinidad es un barrio típico malagueño, habitado por familias modestas de excelente corazón y que han sentido íntimamente las penurias de los familiares de Pepita Iglesias. Como son generalmente apreciados en toda la barriada, cuando se tuvo noticias de que Rinomicina había encontrado a la hija perdida, hicieron del hogar de doña Ana un centro de visita diaria para interesar nuevos detalles del ser querido encontrado y del día venturoso de su reunión con su desconocida familia. Por eso no es exagerado decir que la mitad del populoso barrio estaba en la estación esperando a Pepita, a la desconocida, aunque apreciada, Pepita Iglesias.

Su madre había llegado ya, pero no había hecho acto de presencia en el andén. Permanecía en el coche de don Sebastián Martín Molina, representante en Málaga de Rinomicina, ocultando su impaciencia y nerviosismo. La acompañaban su hija, Esperanza Méndez Berrocal, el esposo de ésta, Francisco Quintana Trujillo, y uno de los hijos de este matrimonio.

Resultaba difícil charlar con la afligida y deprimida madre, porque entre lágrimas y suspiros difícilmente encontraba las palabras para expresar lo que quería decir. No obstante, llegamos hasta ella y le preguntamos.

—¿Había hecho antes diligencias para tratar de averiguar el paradero de su hija?

—Siempre lo intenté, pero parecía que se la había tragado la tierra. ¡Hija de mi alma! ¿Quién me había de decir que la tenía tan cerca?

—¿Creía que ya no la volvería a ver?

—Mucho me lo temía, sí señor. Pero Dios ha querido que todos mis sufrimientos hayan tenido su compensación al final y sólo Él sabe lo que agradezco a cuantos me han ayudado a vivir este momento feliz la dicha que me han proporcionado.

—¿Está segura de que la que llega es su hija?

—Sí, lo estoy. He visto sus fotografías y me consta que se trata de ella. Es el vivo retrato de mi Esperanza, como usted mismo podrá observar dentro de poco.

—¿Podría decirme qué siente en este momento?

—No, no podría decírselo, porque no encuentro las palabras. Una ansiedad muy grande, unos deseos locos de poder abrazarla, un sinvivir... Aunque siempre la he llorado mucho, ahora, al saber que vive y que pronto se reuniría conmigo, no he pegado ojo esperando este momento, pensando en su llegada, deseando el momento de estrecharla entre mis brazos. Estoy que no me puedo tener, créame, porque la excitación nerviosa es grandísima.

No hacía falta esta confesión de la madre, porque se apreciaba claramente en su rostro. Agotada, descompuesta, inquieta, doña Ana Berrocal Fernández pasó a una de las salas de la estación.

Allí estaba la hermana, Esperanza Méndez Berrocal, que tanto decían que se asemejaba a la desaparecida. No quería apartarse de la madre; pero, no obstante, conseguimos hacerle algunas preguntas.

—¿Es cierto que se parece usted a Pepita?

—Muchísimo. Por lo menos en las fotos que nos ha enviado, mucho.

—¿Podría decirnos lo que siente en este momento?

—Una felicidad grandísima.

—¿Esperaba que apareciera su hermana?

—Lo deseaba ardientemente, porque por ella he vertido muchas lágrimas.

—¿Qué edad tiene usted?

—Veintinueve años. Le llevo dos años a Pepita, pero cuando desapareció sólo tenía cinco.

—Por lo tanto, ¿no podía reconocerla por la foto?

—No me acordaba de ella y, claro, como está muy cambiada... Pero cuando recibimos sus dos fotografías no dudé un momento que era mi hermana.

Esperanza está también nerviosa. Le preocupa su madre, que en poco tiempo se ha desmejorado mucho. Por eso preferimos charlar un rato, a la espera de que llegue el tren Taff, con Francisco Quintana Trujillo, marido de Esperanza y cuñado, por tanto, de Pepita, para que él nos cuente todo el proceso del feliz reencuentro.

—¿Usted encuentra parecido entre su mujer y Pepita?

—Y usted cuando la vea se lo encontrará. No cabe duda, es la hija de la señora Ana, que se perdió hace veinticuatro años durante la Guerra Civil, cuando su padre en Motril, en la huida, se la confió a unos señores que fueron los que la adoptaron, y luego no volvieron nunca más a dar noticias de la niña. Con ellos se fue a Lora del Río. Por lo que hemos sabido ha sido la Providencia la que, hace cuatro meses, hizo que Pepita se decidiera a irse a trabajar a Barcelona, para que así pudiéramos encontrarla, porque si continuara en Lora, donde tantos años vivió, a estas horas seguiría la angustia de la madre.

—¿Cómo fue el ponerse en contacto con ella?

—Pues por indicación de una vecina. Ella fue la que un día se presentó en casa de mi suegra y le dijo que en Barcelona había aparecido una muchacha que no tenía familia y que deseaba reunirse con ella. Esa señora sabía que mi suegra tenía una hija perdida hacía veinticuatro años y le recomendó que tratara de informarse por si era aquella su hija.

—¿Y quién es esa señora?

—Esa que está ahí, y que ha venido también a ver a Pepita.

Rupérez aprueba en silencio. El corresponsal ha entrevistado a todos los familiares y testigos a su alcance. ¡Cuántos testimonios cruzados en una estación ferroviaria! Debió de acabar con un buen dolor de cabeza. Rupérez sabe muy bien lo complicado que resulta dialogar con personas en estado de *shock* emocional. La paciencia y mano izquierda que se necesita. Ve, por las fotos donde aparece su colaborador, que iba vestido muy correctamente, con americana y corbata; nada de informalidad ni de presentarse de cualquier manera. Seriedad y corrección, ésta es la única forma de que respeten a un periodista, sobre todo si es de sucesos. Las publicará para que el lector pueda constatar la mano detrás de la historia: una revista como la que están haciendo debe crear un clima de familiaridad entre quienes la elaboran y su público. Enciende un Celtas.

Hicimos un inciso en la conversación con Francisco Quintana y hablamos con doña Concepción Aragón, que es el nombre de la señora que recomendó a Ana Berrocal seguir la pista de su posible hija.

—¿Cómo se le ocurrió pensar en que pudiera ser la hija de Ana Berrocal?

—Usted verá, un día vino mi nuera a casa y me dijo que había escuchado esa emisión en la que se había presentado una muchacha que deseaba encontrar su hogar. ¡Ah, me dije! ¿Y si fuera ésa la hija de Ana? Y ni corta ni perezosa me fui a decirle lo que tenía que hacer. Entonces, por mediación de Radio Juventud, hicieron las diligencias para ponerse en contacto con Barcelona y en poco tiempo recibieron las dos fotos que Pepita envió.

—¿Y qué impresión causaron las dos fotos? —preguntamos al hermano político de Pepita.

—Ya se puede usted figurar. La madre enseguida dijo que era su hija, que se parecía muchísimo a mi mujer y que deseaba abrazarla. Todos los que vimos las fotos coincidimos con la apreciación de la madre, porque el parecido, como podrá usted observar, es grandísimo.

—¿Quién fue, definitivamente, el que aseguró que Pepita Iglesias era la hija perdida de Ana Berrocal?

—Todos estábamos seguros, pero fue Ana Campano, su madrina, que vive en Huelín, quien dijo que no cabía la menor duda. Le enseñaron la foto y sin decirle nada le preguntaron: «¿Quién crees que es?». Y ella, sin dudarle un solo momento, respondió: «Ésta es mi ahijada, tu hija, Ana». Antes de que la madre tuviera la convicción de que aquella era su hija, la madrina lo aseguró. Mi suegra —dice Quintana — está muy torpe. Ha sufrido mucho y más aún en estos días.

—Y fotos de cuando Pepita era pequeña, ¿no han recibido?

—No, porque, aunque Pepita las pidió a Lora del Río, no le enviaron nada. Es más, de ese pueblo tenemos entendido que escribieron a Barcelona diciendo que no le hicieran caso, que nada de lo que había dicho era cierto. Menos mal que por aquellos días recibieron la carta de mi suegra y así se pudo mover definitivamente todo.

La conversación con Francisco Quintana quedó cortada por un toque de sirena: El Taff había rebasado ya la estación de Campanillas y dentro de breves minutos estaría en la capital. Los vecinos de Trinidad, en sus deseos de ver bien de cerca a Pepita Iglesias, obligaron a intervenir al policía armado de servicio, y la madre, con su hija Esperanza, salió de la sala de espera. Sabíamos que Pepita Iglesias vestía un abrigo rojo con botones blancos y la esperábamos en la ventanilla, pero la muchacha, impulsada por sus deseos de encontrarse lo más pronto posible entre los brazos de los que la han llorado veinticuatro años, no tuvo paciencia para aguardar a la detención del tren en el interior del vagón y venía casi en el estribo con una maleta, una bolsa y algunos periódicos —entre ellos *Por Qué*— con los que había matado la interminable espera de un viaje que, como después dijo, le pareció interminable.

Abriéndose paso al filo del Taff, don Sebastián Martín Molina se acercó a ella y le entregó un precioso ramo de flores, que Pepita recibió con una sonrisa. Después, madre e hija se estrecharon, vehementes, en un momento impresionante que, si al sexo débil, con su nutrida representación de futuras amigas de Pepita Iglesias, le hizo derramar abundantes lágrimas, al sexo fuerte lo llevó al borde de la debilidad y lo sumió en un momento de profunda emoción.

—¡Hija! —gritó la madre, cayendo desvanecida.

—¡Madre! —dijo Pepita abrazándola.

Esperanza Méndez Berrocal se fundió con ellas en un apretado abrazo. La única mujer que no lloraba era Pepita Iglesias, posiblemente porque todas sus lágrimas habían sido derramadas antes, en sus días tristes cuando, sola en el mundo, vivía con la ilusión de encontrar a la que le había dado el ser. Ciertamente Pepita es una chica encantadora, risueña, parece que cariñosa, y no es difícil de identificar por su gran parecido con su hermana Esperanza.

Uno, sobreponiéndose a la indescriptible emoción del momento —emoción que torpemente hemos tratado, sin conseguirlo, por supuesto, de reflejar—, hilvana difícilmente el diálogo con Pepita Iglesias, no sin antes tener que abrirse camino hacia ella a fuerza de utilizar las más rudas maneras por entre los vecinos que la rodean y la agasajan.

—Pepita, es usted la única mujer que no ha derramado una lágrima.

—Ya para qué voy a llorar. Ni quiero que lloren ellos, porque son momentos de felicidad que no deben celebrarse con llantos.

—¿Se encuentra parecido con su hermana Esperanza?

—Todavía no tuve tiempo ni de mirarla.

—¿Es feliz?

—Como no pensé que se pudiera ser. Es el día más feliz de mi vida, y si me hubieran pedido la vida por vivir estos momentos no me habría importado darla.

—¿Será buena hija?

—Prometo hacerla muy feliz y compensarla sobradamente de los muchos sufrimientos que ha tenido.

—Y usted, señora —preguntamos a doña Ana Berrocal—, ¿qué nos puede decir?

—Que tengo mucha pena y mucha alegría.

—Ya no hay penas, sólo alegría, madre.

—¿Podría contarnos algo de su pasado, Pepita?

—El pasado no existe, ahora sólo interesa el presente. Ya le digo que no quiero penas, y recordar aquellos días de angustia y desolación supondría rememorar momentos tristes.

—Y usted, Esperanza, ¿qué podría decirnos?

—Pues que soy muy feliz porque me he encontrado con una hermana que no sabía que tenía. Siempre la quise muchísimo y ahora la querré aún más.

Pepita, serena, risueña, nos dice, mientras le hacen unas fotos:

—Me han retratado más que a unos novios. Quiero por mediación de su revista enviar un cariñoso y agradecido saludo a su director y prometerle que le enviaré fotos de este momento inolvidable.

No hubo tiempo para más. Pepita Iglesias, rebosando satisfacción y alegría, marchó hacia el barrio de Trinidad a conocer su casa, a vivir una vida nueva feliz, optimista, a conocer a los que hacía veinticuatro años esperaban, cada vez con menos esperanza, este feliz momento del encuentro.

Gracias a Rinomicina la felicidad inunda hoy un hogar malagueño en el que antes sólo anidó el desconsuelo y la tristeza, y la madre, tras escalar el calvario de veinticuatro años de amargura, ha encontrado un oasis de paz y de cariño en esa hija que ha nacido a la vida de la familia a los veintisiete años de edad.

Juan Cortés Jaén

Reportaje gráfico exclusivo para Por Qué de Ángel Martín.

PIES DE FOTO

1. Por Qué estuvo allí. Y las primeras palabras de la sonriente Pepita fueron para nuestro corresponsal en Málaga, Juan Cortés.

2. Las dos hermanas, Pepita y Esperanza, cuyo parecido puede comprobarse, posan junto a su madre.

3. El populoso y modesto barrio de la Trinidad quiso vivir estos momentos felices de su convecina Ana Berrocal. Y llenando los andenes de la estación obligaron a intervenir a la fuerza pública.

4. El primer abrazo. Un abrazo que Ana Berrocal venía guardando desde hace veinticuatro años y en

el que se expresa la felicidad del momento.

5. La madre, embargada por la emoción, desfallece después de ver convertido en realidad el sueño de tantos años: tener a la hija amada entre sus brazos.

6. Pepita Iglesias expresa con su abierta sonrisa la satisfacción que le produce encontrar su hogar.

7. Durante largo rato, Ana Berrocal no se recuperó de su desvanecimiento. Todas sus fuerzas en esos momentos se concretaban en las palabras «¡Hija mía, hija mía!».

¡Impecable! Ojalá todos los colaboradores fueran como Juan Cortés, a quien apenas hay que editar porque sabe construir frases sin faltas de ortografía y con sujeto, verbo y predicado. Una virtud que desgraciadamente no abunda. Rupérez se vuelve al maquetista.

—Esta historia es buena. Vamos a hacer una llamada en portada con foto. Título: «Encuentra a su hija tras veinticuatro años de sufrimiento».

7

En el estudio de Radio Nacional de España en Barcelona, Luis Rupérez brama, muge, vibra, suda, fuma un Celta detrás de otro y, en suma, hace subir la temperatura hasta un nivel tal que el realizador, el técnico, Juan Ignacio y una chica rubia, con el cabello cardado y voluminoso, las cejas depiladas muy finas y colorete en las mejillas, que permanece sentada en una esquina con las piernas cruzadas, están prácticamente sudando.

En el programa de hoy, el periodista alterna el autobombo con la petición de paciencia.

—Queridos radioyentes, son innumerables las cartas que afluyen a nuestra redacción, hasta sesenta y setenta nos llegan cada día, en solicitud de ayuda para conseguir noticias de un ser querido. Éxitos recientes como el reencuentro de Josefina Iglesias con su familia en Málaga abonan nuestra buena labor. *Rinomicina le busca. Barcelona llama a España* ha montado una perfecta organización para atender a todas y cada una de las demandas —le guiña un ojo a Juan Ignacio—. Sólo pedimos un poco de paciencia, ya que la emisión semanal que se ofrece a treinta millones de españoles por el inigualable circuito de veinticinco emisoras nacionales y Radio Andorra no permite dar salida a la extraordinaria correspondencia que venimos recibiendo, con la rapidez que comprendemos desean quienes a nosotros acuden. Sólo pedimos un poquito de paciencia.

»Lo que tratamos hoy de hacer llegar al ánimo de cuantos nos escuchan es el agradecimiento de la casa patrocinadora, y de los hombres encargados de lanzar al éter los mensajes, por las frases alentadoras que de los cuatro puntos cardinales venimos recibiendo. Ellas nos animan a seguir investigando, realizando a veces muy difíciles diligencias, para que ésta sea una labor humanitaria y digna de afecto. Es emocionante comprobar cómo colaboran los oyentes para conseguir los éxitos que ya suma la tarea emprendida hace ocho semanas. Y todo ello con el bello afán de reunir a personas que, por azares de la vida, quedaron separadas y sin noticias.

Musiquilla de fondo.

—Nuestra invitada de esta noche se llama Herminia Sagarra. Tiene dieciocho años y se ha educado en Francia. —Tapando el micrófono—. Acérquese, Herminia. Cuente su historia, que arranca, como tantas otras, en los difíciles días de nuestra guerra de Liberación.

La chica habla con voz segura y leve acento francés.

—Mis padres salieron del país en la guerra, y yo nací en Francia. Pero supe por mi madre que en Barcelona había quedado una hermana mía, fruto de una anterior relación que ella había tenido, llamada Luisa. Durante la guerra fue internada en un centro hospitalario, y quedó luego en poder

de una señora llamada Paca que era esposa de un bombero barcelonés. Yo he venido de Francia a buscarla.

—¿Cuánto tiempo lleva detrás de su pista?

—¡Ufff! Varios meses. Al principio vine con mis ahorros, ahora que los he gastado vivo en una pensión y me gano la vida dando clases de francés en una academia. Pero no desfalleceré hasta encontrarla.

—Gracias, Herminia, y ahora, queridos oyentes de toda España, ya saben, cualquiera que tenga una pista que pueda conducir al reencuentro de las dos hermanas, que nos llame a Radio Nacional de España, *Rinomicina le busca*, teléfono de Barcelona 2325960, o al de la revista *Por Qué*, 2073925.

»Y ahora pasemos a los mensajes de hoy. Atención, Barcelona; atención, Albi (Francia). María Garriga Novell busca a Ernesto Cabot Garriga, nacido en Sabadell el 22 de noviembre de 1930. Ernesto desapareció a los dos años de edad junto con unas tías suyas con las que estaba pasando una temporada.

»Atención, Bilbao. María Luisa Gutiérrez Aguinaga no ha visto a su padre desde hace veinte años. Entonces Marisa tenía ocho y él le dijo: “Cuando seas mayor te llevaré de cantinera a mi Regimiento”. Así pues, atención, Manuel Gutiérrez Prieto, Manuel o Ángel, ya que en la Legión se impuso este nuevo nombre; su hija Marisa ya tiene veintiocho años y le pide que cumpla su promesa, llevándosela de cantinera...

»Atención, Valencia. Un sacerdote de Cullera nos transmite el siguiente mensaje de una madre, doña Gabina Serrano Torres. Desde hace varias semanas esta señora no tiene noticias de su hijo José Lara Serrano, de dieciocho años de edad. Doña Gabina ruega a su hijo, dondequiera que se halle, que le escriba para calmar su ansiedad.

»Atención, Zaragoza. Nos escribe Roberto Aznar Ribas, ebanista, de sesenta y siete años de edad, nacido en la calle del Coso, número 198. A los seis años marchó a Cuba con su madre y, al fallecer ésta, cuando él tenía quince años, regresó a España e ingresó en el Asilo Naval, de la Barceloneta, del que salió para trabajar en un barco de la Compañía Trasatlántica. Recuerda que es sobrino de un cabo de cañón llamado Esteban Ribas García y que su madrina, en el día de la Primera Comunión, fue la señora marquesa de Comillas. El ebanista de hoy, marinero de tantos años, sólo tiene dos ilusiones: saber quién fue su padre, o quién es, y visitar a la Virgen del Pilar en su templo.

»Atención, Marruecos español. Tenemos la desgarrada petición de una madre con el eco que llega de un lejano pasado. “El corazón me dice que mi marido vive, pese a que no sé nada de él desde el año 1921. Desapareció en la retirada de Dar-Drius (Marruecos). Era maestro herrador del Regimiento de Ingenieros y se llamaba Antonio Lizcano Ruiz. Tenía veintisiete años de edad. *El Mundo Gráfico* publicó la fotografía que les envío. En nombre de mi hijo, nacido cinco meses después de la desaparición de su padre, y en el mío propio les pido por favor que me ayuden.”

Al acabar el programa, la invitada Herminia Sagarra se ha despedido entre lágrimas y Luis Rupérez, con el enésimo Celtas en la boca, se apresta a salir disparado hacia alguno de sus pluriempleos.

—Qué complicado es a veces este programa —le comenta, gabardina en mano, a Juan Ignacio

—. Lo de esta chica, por ejemplo... A su hermana, la madre la deja en Barcelona durante la guerra, luego tuvo que exiliarse, posiblemente estaba muy comprometida... La que quedó en Barcelona es fruto de un enlace anterior, con lo que, o bien la tuvo de soltera, o bien estaba casada y se divorció durante la República, cuando el divorcio aún era legal en España, o bien la relación que mantiene ahora es adúltera... En fin, ¿cómo explicas todo esto sin que la censura se te eche encima? Hay que ser un maestro del circunloquio para contarlo y que encima el público lo entienda.

—Un maestro del circunloquio o un hombre bien visto como tú, Luis...

—¡Si supieras! ¡La de disgustos que me llevo cada semana a pesar de mis buenas relaciones y mi trayectoria de caballero mutilado de guerra! —Y Luis le enseña una vez más a Juan Ignacio los dos dedos que perdió a los diecisiete años, en la batalla del Ebro—. En fin, ¡la vida es lucha! Seguid filtrando bien las cartas, estamos arrasando. ¡Hasta el lunes! —El lunes después de comer es cuando Rupérez se acerca a la sede de Industrias Pladevall para preparar el programa.

Salen juntos a la calle. Una viejecita con un adolescente alto y obeso, con gruesas gafas y cara granujienta, les espera.

—Doña Dolores... —dice Rupérez.

—Le quería dar las gracias, don Luis; después de que radiara usted mi mensaje mi nieto volvió a casa. Lo que ustedes hacen no se paga con todo el oro del mundo.

—Estaba un poco confundido —murmura el chico.

—Y te habían echado del trabajo, ¿verdad?

—Sí, me sacaron del banco donde trabajaba, me daba vergüenza volver con la abuela... Estuve vagando y durmiendo por ahí.

—Sí, fuiste en tren hasta San Baudilio, luego andando hasta el puerto del Ordal, luego un coche te llevó a Vilafranca y de ahí en dirección a Tarragona, durmiendo en los campos. En Altafulla, el cura te dio dinero para que volvieras a casa, regresaste a Barcelona y estuviste unos días durmiendo en rellanos de escaleras. Hasta que fuiste a pedir trabajo a un carpintero que escuchaba nuestro programa y fue el que nos avisó a nosotros...

—¡Vaya memoria portentosa tiene usted, don Luis, no ha dejado ni un detalle! El chico llegó a casa hecho una pena, desnutrido y tan sucio que no nos podíamos acercarle a él.

—Pero ahora ella me ha perdonado.

—Dame un abrazo, chaval. Y no me le des más sustos a esta pobre señora, ¿de acuerdo? Ahora a trabajar y seguir adelante, con virilidad, con reciedumbre. No te olvides nunca de que ella te necesita.

El muchacho asiente cabizbajo, con las manos metidas en los bolsillos.

Cobijado en un portal del Paseo de Gracia, un hombre alto levanta la vista de la novelita que está leyendo para clavarla en el locutor y el publicitario. Al día siguiente, apenas aterrizado en el despacho, su secretaria —Paquita— le pasa un recado con voz precavida.

—Han llamado de comisaría.

—¿De comisaría? —repite Juan Ignacio mecánicamente, como se hace siempre en estos casos.

—Sí, un tal comisario Martínez le quiere ver lo antes posible en la Jefatura de Policía de Vía Layetana. ¿Puede ser esta mañana?

—Hombre, cambiando algunas reuniones...

—Dice que si puede ser esta mañana *mucho mejor*.

Una hora más tarde franquea el umbral del siniestro e imponente edificio.

Martínez roza los cincuenta. Espigado, atractivo, de aspecto agradable, ojos verdes, muy moreno y sin canas, con el imprescindible bigotillo recortado. Le ofrece asiento en su despacho, oscuro y bastante pequeño pese a su rango en el escalafón (los comisarios ocupan la cúspide de la pirámide policial, por encima de los inspectores-jefe, inspectores, subinspectores y policías de a pie; hay pocos en cada ciudad, y los que operan en Barcelona se pueden contar con los dedos de una mano). De un colgador penden una gabardina y una funda sobaquera de pistola. En la pared, un crucifijo, un retrato del jefe del Estado y un calendario de Garajes David. Sobre el escritorio, un flexo que arroja poca luz, un montón de carpetas, un cenicero y el sobado ejemplar de una obra de M. L. Estefanía.

—¿Le gusta? —le pregunta al captar su mirada sobre la cubierta de *El tropel de Oklahoma*—. Yo soy un gran seguidor suyo por tres razones. Primero, me apasiona la literatura del Oeste y Estefanía es el mejor en este campo. Segundo, estas novelas se compran en el quiosco, y a mí las librerías, para qué le voy a engañar, me imponen un poco, siempre da la impresión de que el encargado te está mirando por encima del hombro. Tercero, el tamaño: son perfectas para llevarlas en el bolsillo, lo que permite usarlas para matar el rato cuando uno hace labores de vigilancia, como a menudo me ocurre a mí.

Juan Ignacio asiente con paciencia.

—Pero, en fin, no es éste el tema. Lo cierto es que estamos preocupados por su programa —le espeta.

—Eeeehh...

—Semana tras semana, la mayoría de los casos que aparecen tienen que ver con desapariciones durante la Guerra Civil.

—¿Escuchó el de ayer? —Juan Ignacio se congratula de pronto del sumario del último programa—. Únicamente hubo una historia de las características que me comenta. Las demás eran búsquedas de lo más variado.

—Verá, tengo por costumbre hacer mis deberes y he ido apuntando cosillas de las diez emisiones que he escuchado hasta ahora. Además de los informes que me pasan, claro. Ya sabe usted que en cada ciudad tenemos unos escuchas que hacen el seguimiento de todo lo que se emite por la radio. Repasaremos algunas —el comisario saca de una carpeta una revista y unas hojas amarillas—. ¿Un pitillo? ¿Un coñac? Aquí intentamos estar bien provistos.

Juan Ignacio acepta la segunda oferta. El comisario vierte en dos vasitos deslucidos sendos chorros de una botella de Soberano que saca de un cajón.

—Bonito reportaje el del último *Por Qué*, ¿verdad? En el primer párrafo ya hablan de usted y de su empresa. Y luego viene toda esta historia de Josefina Méndez...

—Fue un acontecimiento, Málaga se volcó.

—Lo sabemos, lo sabemos. El reportaje lo explica muy bien. Aunque deja algunos puntos oscuros que no aclara. ¿Dónde está el padre de esa chica, el hombre que en la retirada de Motril la confió a unos desconocidos? ¿De qué huía? ¿Por qué la dejó?

Juan Ignacio no contesta y el comisario abre una libreta.

—Le recordaré otros casos. ¿Está listo?

»“En marzo de 1939, cuando las tropas nacionales iban aproximándose a la frontera francesa, el niño Jorge Cid Cuadras fue herido en el bombardeo de Besalú. Sólo hablaba catalán y tenía una señal en la nariz a causa de una caída en la escalera y una fresa junto al labio en la parte derecha de la boca. El bombardeo le produjo una herida en el muslo y otra en el riñón del mismo lado derecho, ambas de metralla. Fue llevado a La Junquera. Se hizo cargo de él una ambulancia que trasladaba heridos de guerra. El chófer y la enfermera que le puso una inyección para atenuar el dolor deben recordarlo. Si alguno de ellos escucha el programa, por favor, den noticias a su padre Manuel Cid García, residente en Lima, para quien esas noticias tienen importancia trascendental”.

—Sí, ese padre se desplazó hasta España buscando a su hijo y vino en persona a nuestro programa, llegó a ofrecernos dinero por colaborar en la búsqueda, una oferta que naturalmente declinamos. Lanzamos su llamamiento al aire pero desgraciadamente, y a diferencia de otros casos, no obtuvimos ninguna respuesta.

—Una historia terrible, ¿no? Estremece el corazón pensar en lo que ocurrió con ese niño y en las angustias de ese padre. Ahora bien, quien bombardeó Besalú fueron nuestras tropas, y si ese padre está en Lima desde entonces no será por su afición a Nuestra Cruzada, ¿verdad?

Le llama la atención hasta qué punto el discurso del comisario se solapa con las observaciones que le largó ayer Luis Rupérez.

—Oiga, comisario, que nosotros somos muy prudentes con toda esta información. La afición al Caudillo y al Régimen de nuestro locutor es conocida. Y en este programa lo único que nos mueve es ayudar a las personas que lo necesitan. Usted mismo ha podido ver que los reportajes de *Por Qué* vinculados al programa están escritos con exquisita prudencia y omitiendo todas las cuestiones que pudieran resultar lejanamente conflictivas desde el punto de vista político. Lo que nos interesa es el lado humano.

El comisario esboza una sonrisilla.

—Lo que les interesa, si he entendido bien cómo funciona todo esto, es obtener beneficios comerciales para su empresa so pretexto de un programa radiofónico, ¿cierto?

—Hombre, sí, hasta cierto punto ése es el primer motor, pero una vez puesto en marcha hay muchos más factores...

—Claro, claro, pero déjeme que siga. Escribe doña Miguela Peira desde San Carlos de la Rápita. De este pueblo salió en 1938 un hermano suyo llamado Agustín, que fue herido en la mano derecha durante la batalla del Segre, de resultas de lo cual el dedo anular quedó inutilizado. Estuvo recluido en el campo de concentración de Argelès (Francia), donde consta su entrada pero no su salida.

—Muy triste.

—Pues aquí viene uno aún peor. Escribe la que cree llamarse Asunción Guerra Vila. Fue separada de sus padres durante la trágica evacuación de los niños de Málaga y su provincia. En la odisea la recogieron unos soldados que la llevaron a Alicante y la dejaron en un bar del barrio de Benalúa, donde fue recogida y adoptada por un matrimonio, apiadado por la situación de aquella niña de dos años. La pequeña creció convencida de que eran sus padres reales, pero, cuando

murieron, unas vecinas le contaron la verdad. Esta joven manda una foto en la que aparece con un lazo en el pelo y vestida de lunares, con cuatro o cinco años de edad. Dice que ahora está sola en el mundo y añora a unos padres que posiblemente existan y con los que podría rehacer su vida.

»En el mismo programa telefona una señorita francesa en nombre del que cree llamarse Francisco Hernández Peinado, para que le ayuden a buscar a sus padres o familiares. Como únicos datos recuerda que llegó a Francia con tres o cuatro años de edad, procedente de una expedición de niños españoles que llevaba el nombre de Prat de Llobregat. En el papel constaba que su nombre era Paquito Hernández Peinado de Guadalajara. ¿Quiere que siga?

Juan Ignacio declina. Es muy consciente de que este tipo de demandas han constituido la primera fuente de historias interesantes para su programa. Casos claros, dramáticos y con alguna posibilidad de éxito, el objetivo más deseable a la hora de planificar una emisión. ¡Cómo iba a ser de otra manera, si la Guerra Civil generó la mayor cantidad de muertes y desapariciones del siglo XX español! Sabe también que no le conviene discutir demasiado, ni mucho menos ponerse chulo, con el por lo demás afable comisario.

—No es necesario. Verá, somos conscientes de que manejamos material delicado. Pero póngase en la piel de esas personas. ¿No agradecería que alguien le echase una mano en unas búsquedas que de otra forma resultarían imposibles? El milagro de la radio es ése, poner en comunicación a través del éter a hombres y mujeres muy separados en el espacio.

—Claro, claro, yo también hice la guerra y soy muy consciente del horror que fue. Y precisamente por ello creo que todos los españoles de bien tenemos la obligación de que no vuelva a repetirse. Por eso me pregunto si es adecuado para la salud mental del país hurgar una y otra vez en aquellas heridas, y si un programa como el que ustedes están haciendo no se está convirtiendo en un punto de referencia, y no sé si también un vocero, para todos aquellos que, con ánimo partidista y revanchista, veinticinco años después del inicio de aquel triste conflicto, siguen atentando contra nuestra convivencia y contra la paz cimentada por nuestro Caudillo.

—¡Comisario! Usted ya lo debe de saber, el proyecto del programa pasó la censura, y los guiones son sometidos a ella y sellados rigurosamente cada semana en la delegación del Ministerio de Información y Turismo de las Ramblas. ¡No quiera ver en *Rinomicina le busca* intenciones que nos son completamente ajenas!

Martínez se ha levantado y, tras rodear la mesa, se coloca junto al visitante, posando una mano velluda sobre su hombro. Juan Ignacio da un respingo.

—Tranquilo, hombre, tranquilo, que no le voy a hacer nada. Mire, le hablaré con mucha franqueza. Ya sé que su programa tiene todos los vistos buenos y que el locutor es hombre de confianza, de hecho hemos colaborado con él en varias ocasiones en temas de sucesos. También sé que el patrocinador del programa, su jefe, el señor Pladevall, es un hombre bien visto, nosotros no nos metemos con los creadores de riqueza, aunque los orígenes no estén limpios como una patena.

—¿Por qué lo dice?

—¿No lo sabe? ¿De verdad ignora que su jefe despegó gracias al estraperlo? Se lo contaré. Pladevall heredó de sus padres una pequeña empresa de productos porcinos en la provincia de Gerona. Elaboraban fuet, chorizo, butifarra, longanizas, etcétera, y en aquellos primeros años de posguerra, con sus restricciones, tenían derecho a recibir cupos de cebada y trigo para los cerdos.

Se inflaban los números, los contactos funcionaban y buena parte de esos cupos se revendían a estraperlistas, que los colocaban en el mercado negro. Como las cosas iban bien, Pladevall creó una pequeña industria farmacéutica adjunta, con la sangre de los cerdos se elaboraban sueros y vacunas para veterinarios. De nuevo se inflaban las cifras: más cupos y más negocio. Así arrancaron las Industrias Pladevall. Interesante, ¿no?

—No tenía ni idea —miente Juan Ignacio, a quien esta historia fue lo primero que le explicaron cuando entró a trabajar en el grupo.

—No, ¿verdad? —sonríe el policía—. Y ahora aquí están ustedes, una empresa modelo del Régimen, con este programa de radio que tiene tanto éxito. Y que no es una emisión de variedades, amable, con humor y canciones, de las que ayudan a soñar. Es un programa sobre desaparecidos, y tiene una potencial derivación política que nos parece preocupante. Vamos a seguirlo atentamente. Y ustedes van a intentar conducirlo de forma más compensada y que no todo sean dramones de la Guerra Civil. Por Luis no se preocupe, ya hemos hablado con él. Es a los patrocinadores a quienes queremos hacer llegar este mensaje. De la mejor manera posible.

Se concede un suspiro interior antes de despedirse del comisario. A partir de ahora tendrá que ir con pies de plomo.

En casa le explica el encuentro a Elena, mientras saborea una ginebra Giró con Fanta de limón, antes de sentarse a la larga mesa negra del comedor con ventanales sobre la Rambla de Cataluña.

—Me huele mal, van a por nosotros.

—Cálmate, Juan Ignacio, es sólo un aviso.

—Pero me lo han dado a mí para que lo transmita a la empresa. ¡Un comisario, nada menos! ¡Y en un tono que no admitía réplica! Me ha tratado bien, pero me gustaría saber cómo despacha a alguien que no vaya respaldado por Industrias Pladevall.

—¿Qué dice Rupérez?

—Le he llamado y se ha hecho un poco el sueco. Me ha dicho que a él simplemente le habían hecho alguna insinuación, pero sin tono de ordeno y mando. Asegura que podremos manejar la situación sin problemas, pero todo esto me preocupa mucho. Para empezar, el programa ni siquiera cuenta con unanimidad favorable en mi propia empresa. Si además tiene a las autoridades en contra...

—Lo que tiene es éxito, Juan Ignacio, éxito. Sacas de correo llenas, centralitas colapsadas, ¿no es eso lo que quiere la empresa, que el nombre de Rinomicina llegue a todos lados? Y lo que es más importante, estáis llevando a cabo una buena obra.

—Ése no es precisamente un argumento de peso en Industrias Pladevall.

—Pero sí que es un gran argumento para que te lo guardes en tu fuero interno y te acuerdes de por qué haces las cosas, mucha gente hace tiempo que lo ha olvidado y así les va.

—Este país está condenado, Elena, no saldremos nunca de las tinieblas.

—Saldremos, Juan Ignacio, saldremos. Vamos a comer.

A él le encanta cuando va vestida con ese *pullover* gris claro, falda a conjunto y, en el cuello, el discreto pero elegante collar de perlas que le regaló para el tercer aniversario. Presencia impecable, sensatez a toda prueba. Ésa es la mujer con la que se ha casado.

—Por cierto —interpela ella antes de empezar el consomé—, ¿cómo ha quedado lo de aquella carta que me impresionó tanto y que te recomendé? La del individuo al que su madre había depositado en un camión que arrancó de repente, y madre e hijo no se habían vuelto a ver...

—Se la pasé a Rupérez con sello de urgencia. Pero era un tema de pura Guerra Civil, me parece que habrá que demorarla unos cuantos programas.

—Ojalá no sea mucho, ese hombre se ha venido a Barcelona sólo para seguir esta pista.

—Como tantos otros, Elena, como tantos otros... Por cierto, ¿has sabido algo de Tona en los últimos días?

A Antonio Luna le pasa el tiempo rápidamente con su nuevo trabajo, en la cadena de montaje del Seat 600. Gracias a los primeros jornales ha dejado el Somorrostro y se ha instalado en una pensión de la calle Sepúlveda, donde duerme de un tirón y puede asearse a fondo cada día. Además, desde allí lo tiene fácil para coger en la Gran Vía el autobús que le lleva a la Zona Franca. En los escasos ratos que le quedan libres, da vueltas y más vueltas al motivo que le ha traído hasta Barcelona: encontrar a su madre. El problema es que, si trabaja, no dispone de tiempo que dedicar a esta cuestión, y si no trabaja tampoco cuenta con la tranquilidad mental necesaria, porque la preocupación por el día a día le devora. Tras enviar la carta al programa de radio, del que no ha recibido respuesta, no sabe a qué otras puertas llamar. En la comisaría, a la que acudió cuando pudo acreditar su ocupación laboral, se lo han quitado de en medio. No podemos ayudarle y además nadie quiere acordarse de los años de la guerra, le dijeron. Fue un día a la Secretaría de Acción Social del arzobispado. Una señora de mediana edad y aspecto de matrona le escuchó con atención y le explicó que en su organismo no podían hacer nada por él. Fue ella quien le recomendó que escribiera a *Rinomicina le busca*.

En el comedor de la Seat, Paco el del bigote ha vuelto a abordarle en varias ocasiones.

—¡Pues claro que nadie quiere ayudarte a buscar a tu madre! ¿Y sabes por qué? Porque las instituciones y la policía están al servicio del orden establecido, que es el de los vencedores de la guerra. No han sabido portarse bien ni con los suyos, fíjate cuánto mutilado circula por ahí sin un lugar donde caerse muerto. Pues mucho menos con los vencidos. Lo de este país no fue una guerra civil como la de los americanos en la época de Lincoln, amigo. Aquí no hubo ni reconciliación ni clemencia para el perdedor, y al día siguiente todos unidos al trabajo y a tirar adelante el país, como hicieron ellos. Aquí, a los vencidos, que los zurzan, si no algo mucho peor. ¡*Vae victis!*, que decían los romanos. ¡Ay de los vencidos! ¿No me dijiste que habías estado viviendo en el Somorrostro? Pues allí al ladito mismo, en el Campo de la Bota, siguieron fusilando condenados hasta 1945, el año en que la victoria de los aliados les obligó a mantener un poco las formas. Suerte de la Segunda Guerra Mundial, de no ser por ella aún tendríamos pelotones de ejecución a pleno rendimiento.

—No me interesa la política, Paco, sólo localizar a mi familia.

—¡Todo es política! ¿O crees que te encontrarías en esta situación si no fuera por ella?

Los domingos, Antonio Luna vagabundea por Barcelona. Vuelve bastante a menudo a las barracas de la playa, donde ha dejado amigos y donde siempre hay un plato para él en torno a una olla de cocido, y nunca falta un vaso de manzanilla cuando alguna de las niñas del barrio, con diez

o doce años, se pone a taconear y batir palmas a ritmo vertiginoso, acompañada musicalmente por algún guitarrista de manos afiladas. Con el tío Andrés mantiene largas conversaciones mientras caminan juntos por la arena cubierta de colillas, malas hierbas y cascotes, con el sonido del rompiente reverberando en sus oídos.

—Tú estás obsesionado —le dice a Antonio— y las obsesiones no son buenas. ¿Quién te dice que tu madre es el ser maravilloso que esperas?

—Hombre, tío Andrés...

—A lo mejor las razones por las que tú te quedaste en el camión y ella fuera no son exactamente las que te imaginas. Y a lo mejor esa mujer ha cambiado. El tiempo apalea a las personas. Quizá vivirías más feliz olvidándote de todo este pasado...

Una de esas tardes de domingo barcelonés, amarillentas y tristes, Antonio Luna ve en el Paseo de Gracia, cerca de la Plaza de Cataluña, a Manolo de Torrelavega, el bribón con quien habló en el tren y que le tendió la trampa el día de su llegada a Barcelona.

—¡Al ladrón, al ladrón! —grita.

Pero nadie le hace caso y el personaje echa a correr, esfumándose en un abrir y cerrar de ojos y dejándole sumido en una renovada frustración.

Hoy la comida tiene lugar en Finisterre, el restaurante de la Diagonal con amplia terraza abierta en la confluencia con la calle Villarroel. Famoso por su pescado, su misma decoración en madera de guinea presenta abundantes guiños (brújulas, timones) al mundo marinero. Pero la temporada de caza ha empezado hace poco y ofrecen también jabalí y becadas, dos platos por los que Casimiro tiene debilidad. Se dice que el dueño del Finisterre tiene un trato especial con cazadores no profesionales, amantes de la caza que son amigos de amigos y abaten más piezas de las que pueden consumir en familia, para que le lleven a él su sobrante. Gracias a eso, al pescado fresco y a su buen servicio, su carta resulta imbatible en la ciudad.

El compañero de mesa es Víctor Artal, célebre periodista, del que se dice que a veces tartamudea porque sus pensamientos van tan rápido que las palabras no pueden seguirle. Alto y vigoroso, rubicundo, gesticula con sus anchas manos y mueve la cabezota como si estuviera a punto de embestir una puerta. Víctor descolló muy joven, durante los años de la República, como una prometedora figura que escribía en catalán para los diarios de la Lliga y en castellano mantenía algunas corresponsalías de la prensa de Madrid. Estuvo un tiempo en la capital de España siguiendo los debates parlamentarios y viajó por Europa lo suficiente para inquietarse con los fascismos en alza. Consiguió un éxito importante con su librito *En el aire*, donde narraba sus experiencias en un vuelo en zepelín durante nueve días entre Berlín y Buenos Aires; buena parte de su gracia radicaba en los tipismos de los pasajeros alemanes y bonaerenses, y en escenas como la de la paliza que la tripulación germana pegó a un pasajero al que habían sorprendido fumando (y que por tanto podía haber hecho volar el zepelín en pedacitos). En la Guerra Civil, Artal tuvo que optar entre sus raíces y vocación moderadamente conservadoras, y el antifascismo que había ido incubando en sus viajes. El conservadurismo se impuso al antifascismo y así hizo la guerra en el cuerpo de prensa del ejército franquista, elaborando textos de propaganda.

Tras la victoria no le gustó lo que vio, ni cómo se administraba, de modo que se las arregló

para conseguir una corresponsalía en Londres para un *pool* de periódicos españoles. Informó de la batalla de Inglaterra y el liderazgo de Churchill sin disimular sus simpatías, pese a la presión que recibía de la embajada española en Gran Bretaña y a la feroz censura a la que eran sometidos sus artículos en España. A partir de 1943, hasta los más franquistas se dieron cuenta de que Hitler no iba a resultar vencedor en el apocalipsis que había desencadenado, y los textos de Artal pudieron leerse cada vez más íntegros, honrando a su autor y a los medios informativos que lo habían mantenido en su puesto. Al acabar la guerra fue condecorado por los británicos; los maldicientes dijeron que no tanto por lo que había hecho públicamente en prensa, como por lo realizado, con mucho más sigilo, para los servicios de información de Su Majestad.

Tras este episodio pasó diez años girando por el mundo, en corresponsalías diversas y en trabajos de documentación y asesoría en el área hispanoamericana que le encargaban desde la ONU, donde siempre mantuvo útiles contactos. Nunca dejó de pasar una buena temporada cada año en España, lo que le permitió seguir el pulso del país. Cultivó excelentes relaciones con los sucesivos ministros de Información y Turismo y era muy halagado por los embajadores del régimen franquista en el extranjero, lo que hace pensar que bajo mano debió de rendirles también algunos servicios en la mejora de la imagen de la dictadura ante opiniones públicas como la estadounidense. En suma, Artal es un personaje tan ambiguo como inteligente y bien posicionado, con torrentes de información siempre útil, vasta curiosidad y ganas de hacer cosas. A Casimiro, que le conoce desde hace lustros, le cae bien. Hablan en catalán.

Los dos son hombres con apetito. Casimiro, tras detenido estudio de la carta, pide patatas *soufflé* y, en homenaje a la temporada, becada *flambée*. Artal, una ensalada primavera y un rape Costa Brava. Con el aperitivo comentan algunas banalidades y chismorreos políticos y cuando llega el primer plato, Pladevall va al grano.

—¡Me encanta esta cocina! —dice—. Bueno, tú dirás, Víctor.

Artal se limpia el labio superior con la servilleta, un tic innecesario porque lo tiene limpio.

—He estado siguiendo con mucha atención tu trayectoria —dice Artal—. Eres sin ninguna duda uno de los hombres con más futuro de la España actual.

—Gracias.

—Te has ido expandiendo de forma inteligente: laboratorios, industria alimentaria, construcción, hasta has conseguido controlar un banco, lo cual en los tiempos que corren ya es mérito. Te mueves bien en las altas esferas y, aunque no eres de la vieja guardia patricia que domina esta ciudad y que lleva generaciones acumulando laureles, tampoco eres un nuevo rico obsesionado únicamente por la *pela*.

—Si te crees que la *pela* no me importa ya te adelanto que estás en un tremendo error.

—A todos los ricos la *pela* os importa mucho, de otro modo ya no lo seríais. Pero tú tienes inquietudes, escribes obras de teatro, te interesa la política, ¿cierto?

Pladevall, divertido, aunque desde hace tiempo ya muy acostumbrado al incienso, no responde.

—Pero te falta una cosa —añade Artal, y guarda acto seguido un silencio efectista.

Pladevall espera sin decir nada.

—¿No me preguntas qué es?

—Dímelo tú.

—Te falta un medio de comunicación. En el mundo actual, la información es influencia y es vocación de futuro. Están sucediendo muchas cosas, en este país y en todo el mundo, y el público necesita, primero, que se las expliquen bien, y después que se las interpreten correctamente. Hay un espacio en la prensa española para que aparezcan nuevos medios ágiles, a la francesa, con corresponsales brillantes y nuevas firmas, con espíritu cosmopolita, que acompañen y a la vez tutelen los movimientos de la sociedad española hacia un concepto más moderno. Un medio de comunicación dará buena imagen a tus empresas, te brindará poder a ti, tendrás la satisfacción de estar contribuyendo al cambio y, si juegas bien tus cartas, no sólo no perderás dinero sino que te será rentable.

Pladevall esboza una sonrisilla.

—La verdad es que hace tiempo que doy vueltas al tema que me estás planteando. ¿Tú en qué piensas concretamente?

—En un nuevo diario en Barcelona que, si tuviera éxito (y no dudo que lo tendrá), podría propiciar muy rápidamente una edición en Madrid. En las dos ciudades ocurre lo mismo, hay un diario influyente y del *establishment* (en Barcelona, *La Vanguardia*, en Madrid, el ABC) con un sistema de trabajo tradicional, y sometidos a ingentes presiones por parte del poder. Los demás se encuentran muy lejos de tener su peso. Los periódicos del Movimiento, como *Pueblo* en la capital o *La Prensa* y la *Soli* aquí, sufren el estigma de su origen. Y los que quedan (el *Ya* en Madrid, *El Correo* o el *Brusi* en Barcelona) no presentan una mentalidad verdaderamente alternativa, ni se plantean hacer un periodismo diferente. Yo he pasado muchos años viviendo en el extranjero y creo que sí puedo plantearlo y conseguirlo. Con articulistas incisivos y reporteros que salgan a la calle a buscar las noticias en vez de sentarse a esperar que les llegue el parte oficial. ¡Hay que encontrar historias apasionantes, remover el panorama, zarandear a la opinión pública!

—¿Hablas de un diario de izquierdas? Ni tú ni yo lo somos. Al menos yo no lo soy.

—Hablo de un diario más arriesgado e interesante que los que hoy pueden leerse —Artal se limpia de nuevo el labio impoluto—. Con mentalidad abierta, no oficialista. Con una sensibilidad europea, atenta a la diversidad. Si las cosas fueran bien, con el tiempo podríamos ir pensando en introducir una o dos páginas de artículos de opinión en catalán, para rescatar autores que hoy se mantienen en silencio, y reconectar con el periodismo barcelonés de antes de la guerra.

—Interesante... ¿Y la censura?

—Sumando tus contactos y los míos creo que podremos esquivarla, aunque no dejará de plantear problemas ocasionales, obviamente. Pero después de haber sorteado la de los años nazis, sinceramente no es un tema que me preocupe demasiado.

—Tu propuesta empieza a interesarme. Dame más detalles. Por ejemplo, ¿de cuánto dinero inicial estaríamos hablando?

Durante un rato, Artal y el industrial perfilan una primera panorámica del proyecto, con un Pladevall cada vez más animado. Parece que el veterano corresponsal le haya adivinado el pensamiento: es cierto que una entrada —triumfal— en el mundo informativo es lo que le falta para completar ese perfil de hombre de negocios dinámico y transformador en el que le gusta reconocerse. Sí, a lo Servan-Schreiber. Un diario en Barcelona, ¿por qué no? ¿Y quién mejor que

el hábil, inteligente y sinuoso Artal para tutelarlos? El camarero les trae el millojas gigante de crema catalana y las características *crêpes del maître Casas* que han pedido de postre y ambos se lanzan al ataque con ganas.

Pladevall ha despedido a Demetrio y ha parado un taxi para desplazarse hasta esa empinada calle en la colina del Putxet donde mantiene su apartamento secreto. Lo compró allí porque era un lugar discreto, pero ahora muchas veces se arrepiente de lo apartado y elevado —y por tanto incómodo— que resulta. Aunque es cierto que aquí existe poco riesgo de ser detectado por miradas indiscretas. Aparcado en la calle ve el Seat 600 azul pálido de Tona, y respira. Finalmente ella ha acudido.

Cuando acababa de adquirir este apartamento para poder desplegar libremente un ámbito de su vida privada que quería mantener en secreto a ojos de su esposa, se planteó cómo debía instalarlo. Pidió ayuda, con mucha discreción, a Paco Folgarolas, el decorador de la alta sociedad de Barcelona. Paco le pasó unos dibujos de espacios barrocos, con cortinas negras, sofás blancos, abundantes espejos y mesas doradas con candelabros que le horrorizaron, porque pensó que darían al lugar un aire de burdel veneciano, lo que probablemente no estaba muy lejos de la intención del veterano interiorista. El magnate buscaba algo menos recargado, así que hizo llamar al encargado de los *stands* de sus empresas en la Feria de Muestras y le pidió que se ocupara del asunto. Quedó encantado con el funcional resultado: un sofá y dos butacas de líneas rectas y tonos claros, un comedor con mesa de cristal y sillas de rejilla, un dormitorio discreto con una cama muy grande...

La fidelidad conyugal no es un valor en alza en el sector de la clase dirigente catalana en el que se mueve Pladevall habitualmente. De su propio padre solía decirse que el mismísimo día de su boda dejó el lecho de su querida para dirigirse al altar donde le esperaba la futura madre del magnate. Casimiro no es un hombre frívolo, pero el narcisismo y la curiosidad constituyen su talón de Aquiles.

Cuando empezó a cortejar a Marta Nicolau, ella no se lo puso nada fácil. En realidad aún estaba saliendo del marasmo. Mentalmente, seguía fiel a su gran amor de juventud, un pintor, primo segundo suyo, que había muerto en accidente de coche, cuando en compañía de dos amigos y colegas se dirigía en coche a Madrid para rendir ritual visita al Museo del Prado. Estaban preparando la boda y el *shock* fue tal que a Marta tuvieron que internarla. Habían pasado dos años de todo eso y le seguía costando hacer vida normal. Casimiro, que empezaba a brillar en el mundo de los negocios, echaba a faltar de forma cada vez más acuciante una compañera de trayecto. Marta era perfecta para él: de buena familia (mucho mejor que la suya), bella y distinguida —aunque distante—, rubricaría espléndidamente su ingreso en la oligarquía barcelonesa. Planteó su cortejo con atención casi paternal y grandes gestos: una diadema magnífica, bombardeos florales, cenas en el Ritz con la orquesta de Bernard Hilda tocando para ellos dos solos...

Marta no lo tenía muy claro porque no se había olvidado del pintor, pero sufrió una fuerte presión de su familia, que, interesada en que dejara atrás aquel episodio, veía en Pladevall a un buen candidato. Se casaron y tuvieron un hijo, pero al empresario le daba la impresión de que su esposa mantenía frente a él un acervo de reservas mentales que nunca llegaban a diluirse. En poco

tiempo empezó a sentirse como el Joaquín Rius de *Mariona Rebull*, la novela de Ignacio Agustí, de tanto éxito por aquella época: el obseso del trabajo casado con una bella mujer que no le ama.

Durante cerca de ocho años se mantuvo voluntariosamente fiel a su esposa, pese a la insistencia de su círculo de amigos para que les secundara en sus francachelas. Como casi todos los de su generación, Casimiro se había hecho hombre a través del sexo mercenario, una experiencia de la que no guardaba buen recuerdo. Ya adulto e instalado en el sistema, procuró no frecuentar a las profesionales. En los últimos tiempos, y a medida que la relación con Marta se enfriaba más y más, empezó a constatar con estupor que resultaba atractivo para un buen número de mujeres, solteras o casadas con otros, que le enviaban claros mensajes de que estaban disponibles. En sus viajes al extranjero, algunos con su amigo el actor Óscar Figole, otros más utilitarios y aburridos, se había encontrado a sí mismo compartiendo lecho de la manera más fácil con atractivas y simpáticas señoras francesas, italianas o alemanas. En España, las cosas no surgían de una forma tan simple, pero poco a poco las oportunidades también se iban sucediendo.

En algún momento ha tenido escrúpulos de conciencia, pero, también al igual que muchos de su quinta, considera estos devaneos desplegados con éxito ya en la madurez como una mínima revancha por las angustias de una adolescencia y una primera juventud marcadas por la guerra y, luego, por dos decenios de vida pública impregnados de la solemnidad del Régimen —por otra parte, en su opinión, tan beneficioso para el país— y la insufrible beatería de una Iglesia católica instalada en el poder. Como compensación a tanta España negra, tantos militares y tanto oficio de Semana Santa, resulta casi obligatorio para no asfixiarse jugar un poco al niño malo de cuando en cuando. Y también le sirve para liberar esa energía que él, hombre poco deportista, necesita ir proyectando para que la ansiedad no le consuma. ¿Acaso tiene la culpa de haber nacido con un cuerpo sano que para funcionar correctamente necesita concederse ciertas expansiones?

Pladevall no se ha excedido en sus escapatorias, mantiene la máxima discreción sobre su desarrollo y se ha ocupado muy bien de que no interfieran con su vida profesional y no supongan ninguna afrenta visible o pública para Marta, cuya inteligencia y displicente complicidad aprecia y agradece a su manera. Cuando se ha sentido demasiado culpable, ha intentado compensarla con regalos espectaculares y viajes de primera. Sospechaba que ella sospechaba, pero también creía que, mientras no le diera una prueba palpable que no pudiera ignorarse, ella preferiría no saber. Es más, la considera perfectamente capaz de tomarse la revancha —hay consenso general en que se trata de una mujer muy atractiva— y en su fuero interno es consciente de que, si alguna vez ocurre, no tendría por qué reprochárselo.

En otras palabras, a lo largo de los años Pladevall siempre ha conseguido mantener sus escapadas extraconyugales en lo que él considera un contexto de *fair play* y racionalidad. Pero todo este elaborado montaje mental ha empezado a tambalearse desde que hace pocos meses conoció a Tona.

Tona, que le está esperando fumando un cigarrillo Bisonte en el sofá de líneas rectas y tono claro del apartamento del Putxet.

—Estás maravillosa. Eres lo más bonito que ha hecho Dios después de Franco —galantea con ironía Casimiro.

—No sabía que ibas a venir al Club de Tenis —le dice ella antes de que le dé tiempo a

sentarse—. Me gustó encontrarte. Aunque una vez allí me esquivaste un poco.

—¡Estaba mi mujer!

—Es igual, te había echado de menos desde aquella desagradable pelea. Mi vida es muy gris cuando no te veo. Y me supo mal colgarte el teléfono.

—Mejor no volvamos a hablar de la noche de El Cortijo. Yo sólo quería transmitirte que aunque estoy loco por ti —y sabes perfectamente que lo estoy— mi situación es difícil.

—¿Y qué pretendes? ¿Que me esconda? ¿Que me disfrace? ¿Tratarme como a una querida de palco del Liceo?

Aquí Tona ha hecho alusión a uno de los mitos familiares de la burguesía barcelonesa, que hacía de las queridas una institución aceptada y hasta fomentada. A principios del siglo XX los industriales emergentes iban con sus esposas legítimas al emporio de la ópera y observaban con los prismáticos otros palcos de mujeres sueltas. Un día, la esposa de uno de estos prohombres está escudriñando entre el público y le dice a su marido: «Mira, por ahí va Fulanita, la querida del industrial Gonyalons. La verdad, Josep, es que es mucho más guapa la nuestra». En el imaginario que acompaña a esta historia se supone que a muchas mujeres de la clase alta ya les iba bien que sus maridos, a quienes consideraban unos pelmazos, tuvieran una amante fija, para así no tener que aguantarlos ellas todo el día.

Pladevall evita esgrimir cumplidos tópicos, que con Tona regularmente le fallan. ¿Qué le atrae tanto de ella? Primero, que es guapísima (en un estilo moreno y más mediterráneo que su esposa). Segundo, su inteligencia, con un punto de extravagancia que la hace poco previsible. Tercero, su drama personal: le da un aire vulnerable, la hace interesante y le permite sentirse protector. Cuarto, que es muy elegante (aunque también su mujer lo es). Quinto (pero, si hemos de ser sinceros, tal vez segundo), su cuerpo, tan voluptuoso y seductor, con esa electricidad sexual que le vigoriza. Sexto, pese a todas las desgracias tiene sentido del humor (su mujer, no). Séptimo, es cariñosa (y aquí gana varios puntos frente a cero en la clasificación de Marta). Octavo: su genio. Incluso sedada es una *sparring* de primera.

—Tengo una sorpresa para ti. Sígueme.

—¿Al dormitorio? ¿Tan rápido?

Él la guía delicadamente cogiéndole la mano. A los pies de la cama, apoyado en la banqueta, descansa un paquete rectangular grande y fino.

—Ábrelo.

Ella inicia la apertura pero se encalla con una cinta de papel adhesivo. Casimiro busca en la cocina unas tijeras. Ella acaba la tarea y emite un «oh» de satisfacción.

—Eres un cielo, ¡me encanta!

Lo ha apoyado en la pared. Es el retrato que de Tona ha hecho Lajos Fehér, el afamado pintor húngaro afincado en Barcelona. A la velazqueña, sobre fondo neutro, una Tona vestida de beige, plasmada de medio cuerpo levemente ladeado respecto al observador, con el lacio y adorable cabello oscuro cayendo por el hombro, esboza la sonrisa triste que tanto ha dado que pensar a Casimiro en las últimas semanas. El escote pone perfectamente en valor el carnoso y respingón seno izquierdo. Un retrato precioso.

—¿Cómo lo hizo? No me conoce.

—Trabajó a partir de algunas fotos que le pasé del verano pasado. Y eso le animó a duplicar el precio, ya que habitualmente sólo acepta pintar del natural.

—Eres el personaje de los grandes detalles, Casimiro. Sólo que...

—¿Qué? —se hace eco él, alarmado.

—¿No crees que me ha retratado bastante gorda?

—Pero Tona... —balbucea Pladevall.

Durante unos segundos mantiene la seriedad ante la estupefacción del industrial. Luego inicia una sonrisa. Ambos ríen ahora a carcajadas.

—Es broma, es broma, ¡de verdad que me gusta muchísimo! Ven aquí, hombre encantador —dice ella atrayéndole firmemente con ambos brazos.

8

A Juan Ignacio le ha llamado Jorge Vázquez para que pase a verle por Miramar y ahí está, franqueando la entrada del palacete, uno más de los construidos en Montjuich para la Exposición Universal de 1929, hoy cableado por todas partes y lleno de cámaras, micrófonos y útiles audiovisuales varios que acreditan su condición de centro de trabajo y de programas (algunos de gran éxito) de Televisión Española en Barcelona.

Vázquez le hace esperar unos pocos minutos en la antesala de su despacho de dirección. Miramar lleva apenas un par de años en funcionamiento y por ahora todo tiene un aire nuevo: el mobiliario, las lustrosas paredes, el suelo de linóleo, los teléfonos, incluso las jóvenes secretarías, que contrastan con sus veteranas colegas de la radio.

Vázquez es un hombre de mediana estatura y como comprimido: recio, fuerte, cabeza a tornillo sobre el tronco, embutido en un traje de grandes almacenes, arrugado y poco favorecedor. Pero todo él desprende potencia, es como un camión que visiblemente se pone en marcha. Hace levantar a Juan Ignacio y le invita a acompañarle por la «casa».

—Antes de que hablemos quiero enseñarte algo.

Atraviesan un pasillo repleto de gente ociosa parlotando a voz en grito, que enmudecen al ver a Vázquez, y dejan atrás las puertas de acceso a dos salas de maquillaje. Tras franquear un portalón de acero con un letrero que exige silencio («Podemos entrar, ¿ves esa luz piloto? Está verde»), se internan en el estudio, donde se entrecruzan una veintena de personas, en torno a dos voluminosas cámaras Philips y unos micrófonos de jirafa. Bajo una batería de focos, los responsables de atrezo dan los últimos toques a una joven vestida de novia con una corona sobre el liso cabello, a la que han sentado en un trono sobre una peana. El presentador se atusa el bigote y, en un rincón, una señora mayor vestida de negro escucha las indicaciones de una azafata.

—Ése es Eugenio, el realizador —señala Vázquez.

Eugenio imparte las últimas instrucciones, da un par de palmadas y vocifera:

—¿Preparado todo el mundo? Vamos a grabar el final.

Todo el mundo ocupa sus puestos y se hace el silencio. El presentador coge carrerilla.

—Y nuestra reina de hoy, Macarena Medina, va a tener una doble alegría. Primero, su regalo. ¿Qué pidió usted al escribir a *Reina por un día*, Macarena?

—Pues... una nevera.

—¿Por qué?

—Porque somos muchos de familia, mis padres, ocho hermanos y la abuela. Una nevera nos

ayudará a conservar bien las comidas, sobre todo en verano.

—Pues bien, Macarena, aquí la tiene.

Suena una música y unos operarios depositan en mitad del plató un aparatoso modelo Kelvinator. La reina por un día se deshace en sollozos.

—Y ahora —sigue el presentador—, queremos que comparta este momento emocionante con una persona muy próxima a su corazón.

La azafata propina un delicado empujoncito a la anciana, que camina pesadamente hasta el centro del plató.

—¡Abuelita!

—¡Macarena, cariño, qué bonito es todo esto!

Ambas se abrazan entre llantos y más llantos mientras la intensidad de la música crece. Finalmente el presentador recupera el protagonismo.

—Y así acaba hoy nuestro programa de *Reina por un día*. Macarena Medina, esta hermosa joven extremeña, ha visto realizado su sueño: pasar dos días en Barcelona durmiendo en un magnífico hotel y comiendo en los mejores restaurantes, cenar con el torero, actor y poeta Mario Cabré, conseguir una nevera y compartir este maravilloso instante con una de las personas que más quiere, que es su abuelita. Estimados televidentes, nada nos hace más felices que contribuir a la felicidad ajena. ¡Hasta la próxima semana!

El presentador aguanta un rato la sonrisa hasta que el realizador, sentado frente al monitor con el pitillo colgando del labio, hace un gesto.

—Muy bien, ¡lo tenemos!

—¿Ha quedado bien? ¿Seguro? —pregunta el presentador.

—Estupendo, José Luis, estupendo, ¡un programa redondo! —se congratula el realizador.

El grupo reunido en el plató empieza a disolverse entre comentarios informales que de pronto corta en seco una voz trémula.

—¡Perdone, atención, don Eugenio!

—¿Qué ocurre, Serafín?

—Que no hemos grabado —dice el operador de control, lívido.

—¿Que qué, que qué?

—Que no hemos grabado, la cinta no ha corrido. Ya le dije, don Eugenio, que había que probar más veces el magnetoscopio, que es nuevo.

—¡Serás animal! —brama el director—. ¡Es a ti a quien le toca probarlo! ¡A ver, que todo el mundo vuelva a sus puestos!

El equipo se pone de nuevo en marcha y todos los participantes son recolocados. La joven reina y su abuela no entienden nada.

—¿Qué pasa, qué pasa? —pregunta la joven.

—Yo no puedo más, que me traigan una silla —se queja la anciana.

El realizador se arma de paciencia.

—Miren, señoras, lo que hemos rodado antes no sirve. Hay que volver a empezar. Macarena: el presentador la interroga, le entregan la nevera y pasa a verla su abuela. Es muy importante que vuelvan a llorar con el mismo sentimiento que lo hacían antes.

—¡Llorar! Pero si no me quedan lágrimas. ¿Usted se cree que eso puede improvisarse? Yo antes lloraba porque estaba emocionada, ahora, si acaso, puedo reírme —dice la chica, con una insolencia que no pasa desapercibida.

—Yo estoy cansada, ¡que me lleven a casa! —machaca la abuela.

El realizador las mira, ahora muy serio.

—Escucha bien, jovencita, y usted también, señora. ¡Si no hay llantos, no hay nevera! Venga, todos a sus puestos, repetimos.

Macarena y su abuela se miran atónitas. De pronto el rostro de la señora parece iluminarse.

—Mira, niña, tengo una idea, ¿y si te pego un buen pellizco?...

—¿Qué te ha parecido? —pregunta Vázquez de vuelta al despacho de dirección.

—Conmovedor —responde Juan Ignacio.

—Es una idea simple. Nos escriben chicas jóvenes de toda España. Cada semana seleccionamos a una, vigilando que todas las provincias del país estén bien representadas al final de la temporada. Las llevas al peluquero, las pones guapas, las cubres de regalos, las haces felices... No hay nada negativo, es un programa amable.

—Alguna sorpresa habréis tenido.

—Alguna, claro, pero no de las explicables. Te lo cuento en confianza. Una vez mandamos al equipo a Bilbao, para que trajera a una chica que nos escribió que tenía seis hermanos pequeños, huerfanitos, de los que se había hecho cargo. Nuestros hombres la buscan por todo el barrio y por fin la encuentran. Resulta que se acababa de liar con un señor casado y había abandonado a los hermanitos. Y entonces, claro, no pudimos hacerla reina.

—Toda una pérdida para el prestigio vasco.

—Hemos tenido peticiones de todo tipo, divertidas y de llorar. Una señora ya madurita quería interpretar *Don Juan Tenorio* con Mario Cabré, ya sabes, nuestro famoso colaborador. La trajimos, le pusimos el hábito de doña Inés e hizo la escena del sofá con él. Una pobrecita de doce años, con leucemia, Luisita, vivía en el Raval y quería ser reina. Su madre nos dijo: «Se va a morir dentro de unos meses». La trajimos, la vestimos de terciopelo, le dimos la corona, muñecas... Todo muy emocionante, y un par de meses después de la emisión del programa falleció. En el tiempo que estuvo en el Clínico internada, todos los del equipo fuimos a verla.

Vázquez enciende un Ducados.

—Éxito hemos tenido muchísimo, en varios pueblos cambiaron la misa de seis de la tarde a las cinco para que pudiera vernos todo el mundo. En otros, el alcalde compraba una tele, y los vecinos se acercaban al ayuntamiento para ver el programa. Una farmacéutica gallega y su amiga, las dos sesentonas, nos escribieron pidiendo conocer el «Barcelona la Nuit». Las llevamos a Rancho Grande y a ver a Ethel Rojo, la *vedette* del Paralelo. A un niño de Málaga, hijo de un guardia civil que había muerto, le hacía ilusión vestirse él también el uniforme... Le encargamos un modelo pequeño y buscamos un retratista que le pintara, la madre tiene el cuadro colgado. A una alemana que había estado en España durante la guerra y quería dar las gracias a los señores que la habían acogido, le pusimos mantilla y peineta. Ya ves, cosas muy heterogéneas y muy sentimentales.

»Y estamos arrasando. Cada semana llegan centenares de cartas que nos colapsan, hasta el punto de que hemos tenido que alquilar un estudio fuera de Miramar, en el centro de Barcelona, sólo para ocuparnos de este programa.

—Conozco esa sensación.

—Ya lo sé. A vosotros os está pasando lo mismo con vuestra emisión sobre desaparecidos. Por eso te he pedido que vinieras, para plantearte una propuesta. Nos gustaría, de cara a la temporada que viene, adaptar vuestro programa a televisión. Estamos comprobando que estos espacios en los que el público participa, y que tienen una carga sentimental importante, son los que mejor funcionan.

—Pero el nuestro, como sabes, es un programa patrocinado.

—¡Mejor! En televisión, cada vez más, buscamos convenios con marcas señeras. Con la casa Nestlé ya tenemos varias iniciativas en marcha, están patrocinando *Rin Tin Tin* y vamos a hacer con ellos otro que será una bomba, importado de América, que se llama *Ésta es su vida*. Obviamente nuestros presupuestos no son los mismos que en la radio, porque en la tele se hace todo a lo grande y sale mucho más caro. Pero también el resultado es mucho más vistoso y con mayor impacto.

—Hummm... Tendré que consultarlo.

—Habla con tu empresa y dadle una vuelta a la idea. Yo estoy convencido de que, visto cómo está funcionando en radio, en Televisión Española *Rinomicina le busca* puede convertirse en el gran fenómeno. A Industrias Pladevall tiene que interesarle.

Al salir, Juan Ignacio esquiva a dos tipos vestidos de vaquero y a un indio comanche que están jugando a las cartas en una esquina.

En esta ceremonia de cruzamiento que tiene lugar en el parque de los marqueses de Ascó, en Argenton, Tona se siente un poco de más. Ella no pertenece a la Real Hermandad Catalana de la Santa Cruz, ni está demasiado familiarizada con sus ritos. Ha sido Luisa Mateu quien la ha arrastrado hasta aquí («porque tienes que dejarte ver, guapa y elegante»), y en realidad, curiosa como es Tona, tampoco le ha costado mucho dejarse convencer para venir a contemplar esta tradicional pero poco difundida recepción.

La mañana es espléndida, la atmósfera fresca y cristalina, y los castaños de Indias del Parque Ascó proyectan una suave sombra sobre los miembros de la hermandad mientras la brisa mece sus hojas. En la explanada se alinean una docena de jóvenes que van a ser investidos nuevos miembros. Ellos visten el preceptivo uniforme azul con entorchados y lucen el casco plateado con plumas de oca blanca (fastuoso, aunque a Tona le recuerda un poco al uniforme de gala de los guardias urbanos). Ellas llevan peineta y mantilla. Todos flanqueados por sus respectivos padrinos y madrinas, también uniformados y con emblemas de la orden. A una cincuentena de metros, en sillas de madera, contemplan la ceremonia familiares y amigos.

Ante la mesa dispuesta, el sacerdote lee el Diploma Patriarcal de la Hermandad y reza unas oraciones. A continuación, el Gran Maestre repasa —para Tona, de forma terriblemente lenta— los principales hitos de su historia, desde los privilegios otorgados por el rey Fernando el Católico. Tras sus palabras, los candidatos empiezan a desfilar. A los jóvenes, el Gran Maestre

les propina dos leves golpes en cada hombro con un sable. A ellas, el sacerdote les brinda, para que la besen, la efigie de la Santa Cruz de oro incrustada de piedras preciosas, propiedad de la Hermandad desde, se dice, principios del siglo XVI. Después, todos los neófitos son investidos con la banda azul celeste.

La Hermandad Catalana de la Santa Cruz es una de esas organizaciones menos definidas por quienes están en ellas que *por a quién* no dejan entrar. Como la Real y Militar Orden de la Merced, el Real Cuerpo de la Nobleza Catalana o la Orden del Santo Sepulcro, con los que comparte no pocos miembros, cuenta con mucha historia a sus espaldas y un presente más decorativo que activo. Para ingresar en la Real Hermandad se requiere la constatación documental de nobleza para ambos apellidos (o bien la demostración de que el candidato descende directamente de... algún participante en las Cruzadas), además de «probada fe católica». Lo de la sangre noble se interpreta, cada vez más, en sentido amplio; no es necesario, digamos, que tu padre o tu abuelo tengan un título, pero sí que pueda demostrarse su relación directa con alguien ennoblecido. Y de ello se ocupa el propio Gran Maestre, un veterano genealogista que hace de esta actividad su *modus vivendi*.

Naturalmente, el telón de fondo actual de estas reuniones radica en su carácter nostálgico. Antes de la Guerra Civil, la Hermandad y otras órdenes similares agrupaban a la plana mayor de las fuerzas monárquicas, que con la excusa de sus actos religiosos y caritativos organizaban concurridas cenas y eventos sociales de afirmación aristocrática, en sintonía con las que llevaban a cabo asociaciones paralelas en los distintos territorios de España. A veces, el monarca o sus familiares se dejaban caer por alguno de estos eventos, que permitían, en suma, una extensión regional de esa máquina de relación social permanente que era la Corte madrileña.

Con la caída de Alfonso XIII en 1931, la Corte se sumió en la dispersión. Y tras la victoria franquista de 1939 nunca fue restablecida. Aunque el nuevo Régimen mantuvo los títulos nobiliarios, el papel social de la nobleza quedó desdibujado, especialmente fuera de Madrid (ya que en la capital poder lucir un título condal o un marquesado seguía abriendo muchísimas puertas). El activismo de los más concienciados ha permitido restablecer funciones y ceremonias sustitutorias de las que en su día dieron lustre a la aristocracia española, y que estaban basadas en el trato directo con el rey. Pero ya no son lo mismo.

En ello está la Hermandad de la Santa Cruz, que mantiene rituales de los viejos tiempos, apetecibles sobre todo, más que para los nobles con verdadero *pedigree*, para los lejanamente emparentados con la nobleza, hijos, nietos o bisnietos de segundones que ya no pueden aspirar a un título, pero buscan mantener el contacto con los representantes más ilustres —y afortunados— de su estamento, a través de una especie de club que les permite mantener la ilusión de pertenecer a la vieja élite.

Y con ello la Hermandad de la Santa Cruz se ha convertido —y en eso, no nos engañemos, radica su etéreo encanto— en una reliquia de los viejos tiempos, un recordatorio formalista de cuando la nobleza tuvo peso real en Cataluña, con sus grandes posesiones rurales y los palacios góticos en torno a la calle Montcada. ¿Fueron mejores aquellos tiempos? Para quienes disfrutaron a fondo de sus ventajas, sin ninguna duda. Hay quien aún goza de ellas: muchos nobles de la Hermandad siguen siendo terratenientes, varios de ellos conservan edificios palaciegos en el

barrio antiguo de Barcelona. Para quienes no saborean el privilegio directo de ese estilo de vida, la Hermandad mantiene un reclamo de viejas formas, educadas y solemnes. Un dulce regusto a *ancien régime* que pasa suavemente por alto sus contradicciones y exclusiones, que de manera tan violenta hicieron acto de presencia en los años veinte, a modo de confrontación social armada, y luego, con el carácter definitivo de un ajuste de cuentas, en el estallido bélico de 1936.

Y ese aroma del pasado, tan aposentado, contagia un poco a todos los participantes. Pues, finalmente, ¿qué es el pasado si no ejerce un influjo real y casi diríamos físico sobre las personas de carne y hueso? ¿Qué es el pasado sino una estética y un repertorio de actitudes? Cuando, algún día, las órdenes nobiliarias comprendan todo esto, reorientarán su actividad hacia la defensa del patrimonio y la conservación arquitectónica. Pero aún no ha llegado ese momento, y por eso se dedican a las ceremonias autoconmemorativas y a la ingestión de canapés.

En los corrillos que se han creado tras la ceremonia, camareros uniformados pasan bebidas y aperitivos. El sexagenario pero aún apuesto barón de Marmellá, rodeado de otros caballeros cruzados más jóvenes, todos con las casacas y el casco emplumado, está contando uno de sus habituales chistes subidos de tono.

—Unos padres van a la ciudad a visitar a su hija, a la que hace tiempo que no ven. Ella les recibe en la estación. De camino a casa, su padre le pregunta a qué se dedica. «Soy prostituta, papá». El padre monta en cólera: «Parece mentira, en una familia como la nuestra, etcétera». Entre gritos y protestas llegan a la casa, que es toda una casaca. Una vez dentro, la chica se la va enseñando y les dice: «Pues mirad: este salón de cien metros cuadrados, y estos muebles, y esta cocina con electrodomésticos, todo está a vuestra disposición. Y también tengo un apartamento en Sitges, y un coche». «¿A qué decías que te dedicabas, cariño?» «Soy prostituta, papá». «¡Uf, menos mal, pensaba que habías dicho protestante!»

En torno al ingenioso los contertulios ríen.

—Es bueno, ¿verdad? ¡Prostituta no, pro-testan-te, dice el hombre, qué gracia! Pero perdonadme un momento, veo por ahí a una amiga.

Con la determinación de una bomba dirigida alemana, el barón se dirige hacia Tona, a quien Luisa Mateu ha dejado sola un rato.

—Hola, princesa, ¡qué alegría verte!

Tona se hace la sorprendida.

—Caramba, Ramiro, pareces un almirante.

—Sí, es bonito el uniforme, ¿verdad? —Marmellá le dedica una sonrisa cínica—. Tengo varios en el armario, uno por cada orden a la que pertenezco. Me encantaría enseñártelos todos.

—Gracias, pero nunca asisto a pases de moda privados.

—¿Qué vida llevas, Tona? Debe ser difícil para una separada como tú, en una sociedad como ésta, salir adelante. Con lo carca que es la gente. Y además, con lo que te hicieron, con lo que pasó con tu hija...

—Sí, fue duro, pero no es lo que diga la gente, sobre todo cierta gente, lo que me importa...

—Tú sabes, Tona, el aprecio que siempre te he tenido, y si cuando eras soltera no te lo expresé con suficiente claridad es por la diferencia de años que nos separa. Pero quiero que sepas que puedes contar conmigo.

—Te lo agradezco, Ramiro.

—Y si quieres podríamos confiarnos mutuamente nuestras penas, yo también llevo una vida complicada. ¿Puedo invitarte a cenar algún día?

Tona le mira fijamente.

—Aún es muy pronto para mí... No me veo muy capaz ni tengo el buen humor que mereces. Dejémoslo para dentro de un tiempo.

—Como quieras, princesa. Tú ya sabes cómo encontrarme.

De vuelta a casa, conduciendo su Seat 600 y fumando, Tona expresa su ira a Luisa Mateu, quien ocupa oronda y feliz el asiento del copiloto tras una mañana de contacto social total en la que se lo ha pasado de maravilla.

—Ese cretino de Marmellá ¡me ha tratado como a una fulana! ¡Ha dado por hecho que soy accesible y que estoy al alcance de cualquiera! ¡De cualquiera como él, nada menos!

—Tranquilízate, cariño, ha sido una mañana preciosa. ¡La finca es tan bonita! Y a mí, al menos, me encantan estos uniformes. Los de los hombres, digo, porque el atuendo femenino de la Real Hermandad, realmente, deja bastante que desear. ¡Es una pena que no quieran convertir estos cruzamientos en galas benéficas de pago, la gente se moriría por asistir! En cuanto a Marmellá, ve con cuidado con él. Ya sabes que consiguió desplumar a sus hermanos de la herencia familiar porque pudo arrancarles en vida al viejo barón todas las concesiones que quiso, y por eso ahora están todos en los tribunales. Es un hombre sin ética. Y dicen que un bígamo en la práctica, puesto que además de su familia de Barcelona, que ya no le sigue (has visto que en la ceremonia de hoy no estaban ni su mujer ni sus hijos), aseguran que tiene una segunda familia en Madrid, con otra esposa oficial y dos vástagos.

—¡Pero no por eso se está quieto!

—Ciertamente, cariño, no es Ramiro Marmellá hombre que deje escapar una buena presa. Por eso tú has estado bien enviándole delicadamente a tomar viento. Ya sé que resulta duro para ti verte en estas situaciones, pero créeme, te harán bien y a largo plazo...

—¿Me harán más fuerte?

—Exacto, cariño, tú me entiendes.

Mientras conduce, Tona medita que el acto de la Real Hermandad, al igual que la finca donde se ha desarrollado y la gente que lo poblaba con sus viejos títulos nobiliarios, es parte de otro mundo. Pero no de ese mundo moderno donde se fabrican Seat 600 como el que ella conduce ahora, en el que los hombres fuman Lucky Strike, beben whisky, hacen negocios y visten bien cortados trajes de tela de ojo de perdiz, y no uniformes de la época de la Restauración. Ese mundo dinámico y que mira hacia delante, creando riqueza, sin nostalgias por viejos resplandores. El mundo de Casimiro Pladevall.

De vuelta a casa llama a Casimiro. Al despacho.

—Te echo de menos.

—Pero menos de lo que yo te echo de menos a ti. ¿Nos vemos esta noche?

—¿Puedes escaparte?

—¿Quieres que me escape?

—¿Quieres que lo quiera?

—¡Basta, esto parece una comedia de *boulevard*! Hoy no puedo. Pero mañana paso a buscarte a las nueve.

—Hasta entonces te echaré de menos.

—Pero menos de lo que yo voy a echarte de menos a ti.

Tona no quiere quedarse sola en casa, así que hace una llamada telefónica y se autoinvita a cenar en casa de Juan Ignacio y Elena. Cuando llega, los niños ya están en la cama y reina la paz en el espacioso piso de la Rambla de Cataluña. Elena hace punto sentada en la butaca y Juan Ignacio prepara unos cócteles. Tona les entretiene un rato explicándoles la ceremonia de la Real Hermandad, aunque omite el episodio de Marmellá.

—Así, ¿estás bien? ¿Del todo bien? —pregunta Elena.

—Sí, la verdad es que empiezo a sentirme bastante normalizada... Dentro de lo anormal de mi vida. Aún me estoy medicando, y me parece que tengo para rato. Ya sabéis lo que os agradezco vuestro afecto, y a ti, Juan Ignacio, especialmente, que me rescataras aquella noche...

—¡Eh, que fui yo quien le envió! —protesta Elena.

—Claro, cariño, y nunca te lo agradeceré bastante.

—Y ahora —se interesa Juan Ignacio—, ¿hay alguna novedad en tu vida?

—¿Novedad? ¿A qué te refieres?

Juan Ignacio mira de soslayo a Elena.

—El otro día Casimiro Pladevall me estuvo interrogando sobre ti.

—¿Sobre mí? —se ruboriza ella.

—Tona, ¿te estás guardando algún secreto? —ataca Elena.

—Dame una copa.

Juan Ignacio le sirve una ginebra con limonada y se pone él otra, la segunda de la noche. Elena se mantiene con una copa de vino rosado fresco.

—Llegados a este punto —se rinde Tona—, veo que no voy a tener más remedio que confesar...

Ocurrió durante el verano. Primero fue en una fiesta que daban los Hartmann, en el castillo de Santaflorientina, junto a Canet de Mar. Cerca de trescientos invitados cenando al aire libre. Coincidieron en la misma mesa. Aunque él físicamente no es gran cosa se le veía muy elegante, tan moreno en agudo contraste con su *smoking* blanco, y además estuvo simpatiquísimo y dominó la conversación del grupo. Iba solo, su mujer no le había acompañado. Tras los cafés, la orquesta tocó en un ángulo del patio de armas, bajo las torres iluminadas, y se abrió el baile; en la bodega del sótano habían instalado un tablao flamenco. Tona y Casimiro iban encontrándose por esos espacios encantados.

Luego volvieron a coincidir en la Costa Brava. Tona estaba instalada unos días en casa de su tía Liliana, en Tamariu. Hubo una fiesta en el hostel La Gavina a la que acudieron todos los poderosos del veraneo catalán: los Samaranch, los Ventosa, los Castell, los Mateu, los Calviño, el subsecretario del Ministerio de Gobernación, Santiago Cruylles de Peratallada... Hay quien dice que en época estival, hasta que no llegaba Cruylles, no se distribuía la electricidad a las zonas

residenciales de la Costa Brava.

En el aperitivo se le acercó Pladevall y le dio conversación un rato. A ella le pareció, de nuevo y más aún, brillante e ingenioso. Luego, después de la cena, la invitó a bailar. Ella era consciente de que la mujer de Casimiro esta vez sí rondaba por allí, pero él la tranquilizó, le dijo que también estaba bailando... con otro hombre; en aquella fiesta nadie sacaba a su pareja, una costumbre cada vez más extendida en estas fiestas veraniegas, entre los casados ya un poco veteranos de la clase alta catalana.

Al cabo de unos días, Pladevall la llama a Tamariu para invitarla a navegar con unos amigos. Tona —con cierta inquietud de fondo— acepta. Quedan en el puerto de Palamós y una vez en el barco, un Baghetto Minorca de veinte metros, elegante pero no terriblemente ostentoso, constata que no hay tales amigos. Navegan solos (es decir, solos con el patrón y el marinero), pasan un buen rato, beben *champagne*, avistan densos pinares sobre paredes rocosas, recónditas calitas y blancas construcciones pesqueras, y se bañan mar adentro. Rápida y fácilmente se crea un clima de intimidad. Tona le pregunta por su mujer y él le asegura que ha vuelto a Barcelona. Le cuenta también que aunque viven juntos hacen vidas separadas, cada uno tiene libertad de movimientos y, poniéndose un poco trascendente, le explica que el amor entre ellos se apagó hace mucho tiempo y que su esposa es una mujer «extraordinariamente fría y distante».

—¿Os dais cuenta? Estaba haciendo lo que Luisa Mateu se ha cansado de decirme que no debo hacer bajo ningún concepto, empezaba a flirtear con un hombre casado. Todo esto sois los primeros en saberlo, a Luisa no me he atrevido a decírselo.

Durante una semana salen a navegar cada mañana. La atracción física está en el aire: los cuerpos descubiertos y tostados, la belleza de Tona, con ese trabajado esplendor de la treintena; el desenfadado carisma de él, los inevitables roces, el efímero contacto de las pieles... El ambiente se va cargando. Hasta que ocurre lo inevitable, unos besos apasionados en cubierta y él le sugiere que bajen al amplio camarote de popa; ella, venciendo sus reticencias, si es que alguna quedaba, acepta.

—Me diréis que no hubiera debido hacerlo. Y es verdad. Pero Casimiro se mostró tan simpático y seductor, y, qué demonios, me sentía tan sola... —añade Tona bebiéndose de un trago el espirituoso.

—Y, una vez en Barcelona, ¿qué ha pasado?

—Pues que nos hemos seguido viendo, pero mal. Es una relación clandestina, generalmente él me lleva a esos sitios donde se lleva a las mujeres que no se quieren enseñar, con alguna rara excepción como aquella desgraciada salida a El Cortijo. Y eso a mí me pone de los nervios, por lo que discutimos mucho. Y yo luego me quedo planchada, como me ocurrió la noche, Juan Ignacio, en que me rescataste. Habíamos tenido una de nuestras rupturas y estaba hecha polvo. Casimiro me gusta mucho, me he dado cuenta de que le necesito.

—¿Qué piensas hacer? —acucia Elena.

—No lo sé. Aún es pronto para decidirlo. No tengo vocación de querida ni de mantenida ni de mujer en la sombra, así que por este lado vamos mal. Tampoco creo que pueda conseguir que abandone a su mujer, y, aunque lo consiguiera, ¿qué ganaríamos? En la España actual, sin divorcio, tan católica, nos tratarían como apestados, por mucho que él sea un magnate. No lo sé,

quizá deba resignarme a que todo esto se convierta únicamente en un episodio...

—Tona, una cosa...

—Dime, Juan Ignacio.

—¿Eres consciente de que en estos momentos Pladevall no es sólo mi jefe, sino también el de tu marido?

—¿El de Marcos? ¿Pero qué dices?

—Industrias Pladevall compró hace unos meses toda la división hispanoamericana de Seguros Heracles. Probablemente, Marcos, en estos momentos, debe estar en espera de destino.

—Caramba, vaya sorpresa. Qué pequeño es el mundo...

9

Mientras, enfundado en la elegante bata de color azul pálido, despacha doscientos gramos de jamón de York cortado muy finito «pero sin que llegue a romperse», Antonio Luna recapitula. En realidad no puede quejarse de que su suerte en Barcelona le haya sido demasiado adversa. Tan sólo el desastroso aterrizaje inicial, y algún patinazo... Es cierto que echa de menos su trabajo en la Seat, para el que estaba más preparado profesionalmente que para el que desempeña ahora. Pero la charcutería tiene sus ventajas: silenciosa, céntrica, variada en el aspecto humano, más... elegante, y Luna es sensible a estas cuestiones.

Sin embargo, ante sí mismo debe reconocer que le supo realmente mal cuando el encargado de planta le llamó a capítulo. No es que estemos descontentos con usted, Luna, al contrario, nos parece un joven sensato y responsable, por eso nos duele...

«¡¡¡Pero qué diablos pasa!!!», le hubiera gustado gritar al joven. No lo hizo, siguió escuchando a su superior con una actitud sensata y responsable.

Tras muchos circunloquios el encargado acabó cantando la razón verdadera.

—Todas esas conversaciones con Paco el del bigote... A él no podemos tocarle... todavía, tiene mucho peso dentro de la fábrica. Pero tú te has dejado engañar. Hablando y hablando con él en todos los ratos muertos. ¡Y seguro que de política!

—Bueno, éste, uff, verá...

Claro que hablaban de política. Y Antonio no puede expresar cuánto agradece a Paco el del bigote que le haya abierto los ojos. Que le haya hecho comprender que vive en un estado dictatorial, fruto de una victoria militar que nunca se molestó en articular el menor gesto de generosidad ni reconciliación con los vencidos. Y eso a alguien como él, que rastrea unos orígenes borrados por los acontecimientos de la contienda, le brinda claves que hasta ahora no había tenido en cuenta. Por primera vez ha entendido que vive en una sociedad dominada por las oligarquías, donde el ejército, la Falange, la Iglesia y los ricos imponen sus normas de juego al resto de la población. El Estado franquista no es la arcadia que algunos quieren vender, sino un sistema basado en las desigualdades.

—Paco es un comunista. Y cuando tengamos en la mano todos los datos que lo demuestran, que va a ser pronto, lo va a pasar muy mal, créeme. Esto te prohíbo que se lo digas a él. Contigo ya ha hecho labor de captación, no es la primera vez que ocurre, así que vamos a enviarte fuera de esta fábrica ahora que aún estás a tiempo de encarrilarte. ¡Estabas jugando con fuego y no lo sabías, chico!

El encargado le dirigió al jefe de personal. Le ponían en la calle, con dos meses de sueldo como indemnización y el firme consejo de que en adelante no se volviera a meter en líos. Era muy joven, no valía la pena que hipotecara su futuro profesional y, en suma, su vida entera por atender a los cantos de sirena de los profesionales del odio.

—Pero si yo no he hecho nada.

De momento, sólo de momento, no había hecho nada. Entre sus compañeros se habían recopilado abundantes testimonios de sus prolongadas conversaciones con Paco.

—Ahora que te vas puedes saberlo, la policía está tras sus pasos. Él es la manzana podrida que está contaminando todo el cesto.

Y en cuanto a Luna, prefieren apartarlo discretamente, con buenos modos, antes de que tengan motivos para hacerlo de una forma más drástica.

«Esto es una injusticia tremenda y un abuso», debió decir, pero no lo hizo, y tomó en cambio el sobre con el dinero. Antonio es un buen chico, poco conflictivo, en la fábrica deberían haberlo comprendido.

De vuelta a la pensión a una hora poco habitual, se confesó con la patrona, en parte para desahogarse, en parte para mentalizarla de cara a previsibles retrasos en el pago.

—Un chico espabilado y con buen aspecto como tú no debería tener grandes problemas para encontrar trabajo —afirma, y a continuación aconseja—: Busca en los anuncios de *La Vanguardia*.

Antonio Luna le hizo caso. Se sumergió durante una semana en las páginas de Clasificados del primer rotativo barcelonés. Hizo unas cuantas llamadas. Y al cabo de unos días ya estaba trabajando en Los Ángeles, la charcutería de la Rambla de Cataluña. El jefe, tras aprobar su aspecto aseado y su trato respetuoso y afable, le impartió un cursillo acelerado sobre las principales especialidades de la casa y le puso a trabajar de dependiente cara al público. A diferencia de su breve paso por el mercado de los Encantes, Luna se dio cuenta de que aquí sí servía. Porque ya no se trataba de convencer, con prisas y entre agobios, a usuarios escurridizos, de las bondades de un cuchillo de sierra. No. Aquí el dependiente simplemente tenía que interpretar de forma correcta los deseos de un comprador motivado, en un ambiente oxigenado y confortable.

A Antonio Luna le interesan todas las facetas de su nueva ocupación, y, aunque se le ha dicho que su puesto está detrás del mostrador, aprovecha cuantas oportunidades tiene para echar un vistazo en el obrador y la cocina. Ha descubierto que, entre las exquisiteces que ofrece la charcutería, su preferida es la empanadilla de carne. Así que varias mañanas, antes de abrir, se ha situado junto a Eulogio, el cocinero, para observar cómo freía el picadillo animado por aceitunas verdes cortadas muy finas, lo distribuía sobre las matrices de masa, las cerraba, marcaba con un tenedor los bordes y, luego, con un pincel mojado en huevo, las pintaba. De allí iban al horno (y no a la sartén, que las deja mucho más grasientas) y al salir mostraban ese color albero con matices dorados que contribuían a hacerlas tan apetitosas.

¿Qué decir del delicioso huevo hilado? Eulogio pone a hervir agua y azúcar hasta que se forma almíbar. Luego deja caer encima la yema del huevo pasada por el hilador, para que hierva un minuto. Después los hilos se retiran y se pasan rápidamente por agua fría para que queden

sueltos. ¡Una delicia! El jefe ha dicho a Antonio que se vende por kilos, sobre todo en Navidad.

Pero también hay fieles que lo consumen durante todo el año. Como el que acaba de entrar, el señor Varela, con quien el jefe se muestra obsequioso porque es un buen cliente, un vecino y un tipo simpático. Ha entrado en la charcutería llevando de la mano a un niño y una niña, de tres o cuatro años.

—Me pone, por favor, doscientos de ibérico, trescientos de jamón dulce muy finito, trescientos de manchego tierno para mi mujer... Y para los niños, ¿tú qué quieres, Sergio?

—Empanadillas de carne —dice el niño, moreno y de cara redonda.

—¿Y tú, Begoña?

—Un pastelillo de chocolate.

Luna sirve el pedido a los pequeños, que empiezan la deglución, muy concentrados, allí mismo.

—Me pone, también, dos botellas de Cune y dos de Ginebra Giró, por favor.

Antonio acaba de empaquetar el pedido en dos bolsas de asas y Varela y sus niños dejan la charcutería, tras un poco de conversación insustancial con el propietario, como siempre majestuosamente instalado tras la caja registradora.

Juan Ignacio se relaja viendo a los niños corriendo por la Rambla de Cataluña, tras haber acabado sus *delicatessen*. Los ve poco. Por las mañanas salen cuando él aún está acabando de acicalarse. Cuando llega a última hora, generalmente ya están acostados y apenas le da tiempo de darles el beso de las buenas noches o, si no está muy espeso, leerles unas páginas de algún cuento. Por suerte están en buenas manos, Elena es una madre entregada y la Tata, un bastión de eficacia y seguridad para sus hijos. Pero, orgulloso y feliz como se siente, en el fondo de su ser tampoco se considera una persona especialmente familiar. ¿O acaso no escribió a Elena durante su noviazgo que se consideraba enemigo «del matrimonio vulgar, con todo eso de estar en zapatillas junto a la chimenea, rodeado de niños que chillan y molestan, echar barriga e ir al cine los domingos por la tarde»?

Pues helo ahí envuelto —y bien envuelto— en uno de estos matrimonios, aunque hay que reconocer que Sergio y Begoña son monos, se portan bien y molestan poco. En cuanto a su mujer, sólo cosas positivas puede decir de ella, es cálida, responsable, solidaria con los proyectos de él, atenta, un amor. Se trata únicamente de que para Juan Ignacio el sentimiento familiar es algo ambivalente, la relación con su padre constituye un recuerdo disuasorio, y aún hoy le cuesta verse a sí mismo, a sus treinta y pocos años, en ese buen momento profesional de su vida, como un *pater familias* responsable y entregado. El espejo le devuelve a un tipo activo, con ganas de hacer cosas, poco convencional... Alguien a quien muchas mujeres —o eso le parece registrar— miran con simpatía e interés.

Y también un profesional en auge. *Rinomicina le busca* está siendo un éxito. ESTÁ CAMBIANDO LA SOCIEDAD. Todo el mundo se lo dice, ha conseguido crear conciencia de un problema y brindar una ayuda real a personas que sin el programa no se hubieran reencontrado nunca con los suyos. La idea le pertenece, así que puede estar orgulloso, con una excusa comercial ha llevado a cabo una labor social.

Rinomicina le busca va a ir a más, y si saliera lo de la televisión... De momento no quiere

pensar demasiado en ello, pero la tele es el futuro, le abriría muchas puertas... Quizás, en un futuro no muy lejano, podría dejar Industrias Pladevall, sus horarios y la gente indeseable como Monclús, para establecerse por su cuenta, tal vez con una pequeña agencia de publicidad en la calle Tuset, como las que están empezando a arrancar estos años. Y, con suerte, algún día, ganar dinero en serio.

Todo es posible, España se transforma, se trata únicamente de trabajar, trabajar, trabajar... Y, qué demonios, divertirse un poco. Tal vez bajando ligeramente el ritmo de bebida, muchas mañanas se está levantando con resaca, aunque su organismo, hoy por hoy, lo aguanta todo... «El destino, a quien quiere le empuja, a quien no, le arrastra», decían los clásicos. Es momento de dejarse empujar.

En su despacho, Pladevall está repasando distintas cuestiones del día a día. Las hilaturas de Inglés, con más de cincuenta mil husos en pleno funcionamiento; por este lado todo es positivo, los conflictos laborales que plantean recibirán soluciones rutinarias. Los polígonos de viviendas de Can Rita, a la salida de Barcelona por la Meridiana, eso ya constituye un proyecto más controvertido. El Colegio de Arquitectos se ha posicionado en contra, toda una bravata por su parte, considerando que Casimiro cuenta con el beneplácito del Ayuntamiento y el Gobierno Civil. Los del Colegio le acusan de densificar exageradamente el terreno, de no haber previsto adecuadamente los servicios —hay que decir que en la cuestión de los desagües y canalizaciones llevan cierta razón, quiere hablar muy en serio con el arquitecto al respecto— y, en general, de pasarse todas las normativas urbanísticas por el forro.

El empresario sabe que ganará esa batalla, las obras ya están en marcha en unos terrenos que compró hace diez años por cuatro duros y ahora se han revalorizado inmensamente, y a las autoridades les interesa que vayan rápido para trasladar allí a varios miles de habitantes de un área de barracas próxima al río Besós. En su última visita a Barcelona, algún inconsciente programó que la comitiva del Caudillo pasara cerca de esa zona. A pesar de los esfuerzos de un sudoroso alcalde por distraerle con cháchara insustancial cuando ya estaban al lado, Franco vio la aglomeración de destartalados habitáculos por la ventanilla del Mercedes y preguntó qué era aquello. Tras recibir las apresuradas y poco convincentes explicaciones del edil, señaló escuetamente con su vocecita: «Todo esto tiene que desaparecer, denles viviendas dignas». Franco no repite las cosas dos veces y ahora hay una prisa enorme por acabar el polígono, no sea que, en cualquier próxima visita oficial, se interese por saber cómo ha evolucionado el asunto.

Y ahora Pladevall tiene a Higinio Bufalá al teléfono. Por otro tema.

—¿Casimiro? Te llamo porque el notario ha vuelto de Miami. Quería convocar una reunión para darnos el parte de sus pesquisas. ¿Que te lo adelante? Pues mira, dice que todo está completamente en orden, las tierras son magníficas, se entrevistó con el concejal del ayuntamiento y ve una buena oportunidad de negocio, habría que hacerlo todo a través del New York City Bank, pero eso no es problema, transferimos el dinero y ellos lo organizan con su sucursal de Miami. En suma, aconseja entrar sin dudarle en el proyecto. Hay que crear allí una sociedad limitada, que no es difícil, y él mismo ha pedido que le dejemos quedarse con una pequeña participación en ella. Sí, yo creo que podemos dar luz verde total a la propuesta de Roca-Genís y respaldarla...

Otro buen negocio en marcha. Enciende un pitillo, satisfecho. Inmediatamente sufre un ataque de tos. Esto del tabaco un día le matará, suspira. Eso y ciertas inquietudes relativas a su vida privada.

Pladevall ha ido en taxi hasta el apartamento del Putxet y ha pasado allí la tarde con Tona. Tras una gratificante sesión amorosa en el dormitorio, están ahora bebiendo relajadamente un martini en el salón.

—Te noto raro, Casimiro, ¿qué te pasa?

Él no contesta.

Ella —vestida sólo con una sugerente combinación de seda— insiste. Finalmente Pladevall cede.

—No es nada concreto, son intuiciones, pero yo soy un hombre intuitivo y hago mucho caso de ellas.

La cuestión es que en las últimas semanas ha detectado, en el dúplex del parque Turó, dos o tres escenas difíciles de interpretar entre su hijo Max y el chófer. Cuchicheos que se interrumpen bruscamente al aparecer él, un sonrojo en el rostro de su hijo, el chófer y el chico inapropiadamente cogidos del brazo por el pasillo cuando piensan que nadie les ve...

—¿Y qué quieres decir con todo esto?

—Que algo pasa entre ellos. Algo que no es normal.

—¿Y eso te extraña? Llevando tú una doble vida, ¿te parece raro que los que te rodean tengan secretos?

Casimiro ha insistido en que salieran juntos a cenar fuera. En una actitud contradictoria característica, se queja de que recluírse con Tona en el apartamento le provoca claustrofobia, y a la vez se muestra muy cauteloso con los locales que le propone. Mantener una relación adúltera en esta Barcelona de principios de los años sesenta no es cosa fácil y acarrea aún notorias contradicciones y problemas logísticos. Tan sólo diez años más tarde, el panorama se habrá modificado sustancialmente, todas las barreras habrán caído y ser infiel al cónyuge pasará a constituir un hecho cotidiano, fácil, aceptado y hasta exigido en los círculos más sofisticados, tanto del *establishment* profranquista como de la izquierda acomodada. Se lo dijo una vez a Pladevall un extrovertido hombre de negocios estadounidense con quien tuvo algunos tratos: «La moral, y especialmente la moral conyugal, es para la clase media. Los pobres no se la pueden permitir, y los ricos no la necesitamos».

Esos tiempos de liberalización total aún no han llegado, de modo que Pladevall y Tona pasean su relación por rincones de sombra. Esta noche han ido a cenar a un restaurante para turistas entre palmeras, en la carretera de Castelldefels, donde la comida era pésima y las posibilidades de encontrarse a alguien conocido prácticamente nulas, y luego el industrial se la ha llevado a un cabaret de la calle Calabria, también fuera de circuito, un tanto sórdido, con una gran fuente de cristal a la entrada. Por una escalera se accede al sótano, donde una pequeña pista acoge a algunas parejas que bailan en la semioscuridad la música de una pequeña orquesta ubicada en una esquina. Pladevall empuja cariñosamente a Tona al centro y siguen un rato los acordes. Entre las otras parejas le parece ver un rostro conocido.

Se han sentado y Casimiro, tras los martinis del apartamento, el vino de la cena y la copa que ha bebido ahora, necesita ir al lavabo. Mientras le espera fumando un pitillo, Tona divisa a Ramiro Marmellá. Ha dejado a su pareja, una rubia teñida de formas opulentas que proclama a los cuatro vientos su condición profesional, y se acerca a ella.

—Caramba, Tona, y decías que no querías salir...

—Tú tampoco parece que tengas todos tus asuntos expuestos a la luz del día, ¿verdad?

—Ahora ya no me puedes decir que no. Te conozco y te he visto. Espero tu llamada.

—Vete a la mierda, y sal ahora mismo de aquí delante si no quieres que Casimiro te rompa la cara.

Ramiro se aparta con una sonrisa.

Cuando Pladevall vuelve del baño se la encuentra llorando y le pide que se la lleve rápidamente del cabaret. Camino de casa de ella, el empresario, que conduce el Seat 600, la ve demasiado alterada.

—Esto me supera, Casimiro. Los locales siniestros, todo este secretismo, pueden conmigo. Me gusta mucho estar contigo, pero no sé si soy capaz de mantener este tipo de vida. Quizá deberíamos dejarlo.

—¡No digas eso! ¡No te rindas tan rápido!

—Pues evitemos estos tapujos y veámonos tranquilamente en sitios normales.

—Dame tiempo. ¡Dame tiempo! Ya sabes que todo lo demás que quieras de mí, lo tendrás por adelantado.

—Entonces vas a tener que darme otra prueba de tu amor —murmura secándose una lágrima.

—¿A qué te refieres?

—Escucha...

10

Luis Rupérez está en su salsa. Firmemente plantado frente al micrófono, con el nudo de la corbata deshecho, el más conocido locutor de sucesos en activo se excita, bufa, suda, se congestiona, elucubra, vibra y lanza enardecidas proclamas que en pocos meses han convertido *Rinomicina le busca* en el programa semanal más escuchado del país. En el cenicero se consume un cigarrillo Celtas.

—Atención, radioyentes: mensaje de doña Catalina Gracia, que escribe desde Zaragoza, solicitando noticias de un hermano suyo, del que hace cuatro años nada sabe.

»Atención Gavá; atención, Burriana: un día de primavera de hace diez años desapareció sin dejar la más leve huella ni noticia el muchacho de veintidós años Fernando Guerola Gonzalvo. Era sano física e intelectualmente, no había sufrido nunca amnesia. Fernando, si no quieres volver, por lo menos escribe a tu madre Teresa Gonzalvo en Burriana, o a tus primos Guerola de Gavá. Da noticias tuyas.

»Un servicio resuelto: hace unas semanas don José Millán, presidente de la Mutualidad de Antiguos Expedicionarios de Alcántara a África, envió un mensaje a España interesando noticias del sacerdote don Pedro Sampons, que como soldado había pertenecido a la primera compañía del primer batallón del regimiento de Infantería de Alcántara, 58, de guarnición en Barcelona, que formó parte del Ejército de Operaciones en África desde septiembre de 1921 hasta la repatriación a la Península. Treinta y siete años de plazo no fueron obstáculo para que los oyentes y lectores nos dieran la buena nueva de que don Pedro Sampons reside en la actualidad en Solsona, de cuya santa iglesia catedral es canónigo.

Musiquilla de fondo. Y la cuña del patrocinador. «Rinomicina aspirado y a otro lado, resfriado».

Insistiendo en el mensaje, la voz de Rupérez:

—Sí, tomen buena nota, queridos oyentes, ¡Rinomicina aspirado y a otro lado, resfriado! Por cortesía de Rinomicina se emite este programa, dirigido a todos ustedes y muy especialmente a aquellos que, angustiados, ¡¡¡tratan de localizar a un ser querido del que nada saben hace tiempo, o del que jamás supieron nada!!!

»Y vamos a por otro caso, que nos ha conmovido especialmente. Esta vez no buscamos a nadie, sino que tenemos al que se ha perdido. Cuenta con veintipocos años y nos escribe desde Barcelona: “Durante la guerra, un bombardeo me separó de mi madre y de mi hermano. Fui subido a un camión que arrancó dejando a mi familia atrás. No he vuelto a verles desde entonces. Fui

trasladado a Francia con otros niños refugiados, de allí pasé a Suiza, y, al llegar la paz, me devolvieron a España. Nadie me reclamó. Me ingresaron en el Hospicio de Santander, donde me crié y de donde salí con dieciséis años. Mi nombre es Antonio Luna, y el de mi madre, Ana. Deseo, con toda mi alma, hallar a mis padres”.

En el saloncito de la pensión, Antonio, pegado a la radio con la patrona y otros huéspedes, siente cómo se humedecen sus ojos.

En la silla giratoria, Juan Ignacio enlaza pitillo tras pitillo.

En la apresurada locución de Luis Rupérez se suceden otros casos. Hay en el ambiente una circulación de energía, una especial intensidad que parece impregnarlo todo. El realizador gesticula como nunca. El técnico manipula enérgicamente su mezclador Itame, donde confluyen las señales del micrófono del locutor, del magnetófono para las grabaciones de las ráfagas y del tocadiscos para las músicas. Sube y baja las regletas, gira el potenciómetro con una expresión salvaje. Al acabar el programa, le pasan al locutor una llamada.

—¿Sí? ¿Dígame? Que es usted pariente de la madre... Sí, claro, señora, déjeme que me lo apunte —Rupérez hace un gesto a Juan Ignacio para que le pase un bolígrafo, y cuando lo tiene escribe apresuradamente sobre su copia del guión en papel cebolla—, sí, calle Nápoles 265, mandaremos a alguien para allí. Muchas gracias, señora...

El locutor dedica un gesto triunfal al publicitario.

—¡Lo tenemos! Dice que por las señas que hemos dado es la tía de nuestro comunicante. Asegura que perdió durante la guerra a un sobrino que responde a las características que hemos dado. Dice que le ha despistado el apellido, que es «Lena» y no «Luna», pero que cree que es él y que guarda unas fotos en su casa...

—¿Y la madre?

—Nos pondrá en contacto con ella. Esta llamada, Juan Ignacio, anuncia con clarines y trompetas un éxito seguro.

En el apartamento del Putxet, Casimiro Pladevall y Tona Viladomiu, fumando en la cama, relajados y en aparente plena sintonía, abordan una conversación trascendental.

—Me gustaría que fueras clara de una vez. ¿Qué quieres de mí exactamente?

—Quiero que hagas volver a Barcelona a mi marido para que así yo pueda volver a ver a mi hija. Él se la llevó hace dos años a México después de que mi suegra me obligara a firmar unos papeles reconociendo que le había engañado, y que me dejaron legalmente indefensa. Yo no tenía ni idea de lo que me estaba poniendo delante y en cambio esa familia está llena de abogados. En España, el adulterio de la mujer es un delito castigado con la cárcel. Pero tiene que ser denunciado. Si solicito que me devuelvan a Inés, si empiezo a mover el tema, ellos irán a los tribunales con mi testimonio y yo acabaré en prisión. Mientras esté allí no puedo enfrentarme a él. Necesito que vuelva.

Al acabar el programa, Juan Ignacio sale con Rupérez. Les detiene Julián, el recepcionista.

—Miren estas pulseras de Andorra. Son buenas de verdad —y despliega su panoplia.

—A ver, les echaré un vistazo —dice Varela.

Luis se despide, va con prisa. El publicitario, tras examinar la mercancía de Julián, compra un brazalete que le gusta, paga cincuenta pesetas y se lo guarda en el bolsillo. A la salida, divisa, sentado en un banco y hojeando una novelita de quiosco (¿M. L. Estefanía? Posiblemente), al comisario Martínez, que se incorpora y le hace una señal para que se acerque.

—Hombre, Varela, sabía que iba a encontrarle. Venga, acompáñeme, le invito a tomar algo.

Entran en la cercana cafetería Navarra, donde el espigado policía pide un coñac y Juan Ignacio una Fanta de limón con ginebra.

—¿Qué es eso de la Fanta? —pregunta el comisario.

—Limonada con burbujas, la está fabricando desde hace unos meses la misma compañía de la Coca-Cola. Gusta sobre todo a los niños, y a mí, aunque yo la tomo un poco enriquecida. Debería probarla, también la hacen de naranja Y, dígame, ¿qué le trae por aquí?

—Pues veré, estaba en un bar cercano escuchando su programa y de repente me di cuenta de que quizás en nuestra conversación algunas cosas no habían quedado lo bastante claras.

—Yo pienso que quedaron clarísimas.

—¿Sí? ¿Y esa historia de Antonio Luna, su madre y su viaje a Suiza? Le dije que se olvidara de la Guerra Civil, es un asunto que no va a reportar beneficios para nadie. Es más, estamos convencidos de que su programa está infiltrado por los comunistas.

Juan Ignacio se queda con la boca abierta.

—¿Por los quién?

—No se haga el tonto. Conocemos su pasado como activista monárquico.

En sus tiempos universitarios, Juan Ignacio había participado en unas cuantas reuniones en la Facultad de Derecho, poco operativas, con jóvenes partidarios de la restauración de la Corona. También había asistido a algunas comidas campestres, celebradas en agradables fincas, en homenaje al pretendiente Juan III. Eso y cierta tradición familiar constituían toda su militancia.

—¿Activista monárquico? Exagera usted muchísimo.

—No se preocupe, no nos inquieta, porque los monárquicos, en el fondo, resultan inofensivos. Además están generalmente muy bien relacionados. Los comunistas ya son harina de otro costal. Creemos que en el filtro y selección de las cartas que ustedes hacen hay una mano comunista. Vamos a investigarla. De momento le sugiero seriamente que suspenda cualquier nuevo caso relacionado con temas de la guerra, incluido el que han puesto en marcha hoy.

—Eso... no puedo hacerlo, sería acabar con el espíritu del programa. No podemos crear unas expectativas a la gente y luego deshacerlas.

—Varela, hágame caso, o aténgase a las consecuencias. Se lo digo por su bien —corta en seco el policía atusándose el bigotillo.

Muy nervioso, Juan Ignacio coge el tranvía 53, que le deja a dos manzanas del edificio, color beige sucio, del diario *La Prensa* en la calle Villarroel, donde Luis Rupérez ya está escribiendo, con furioso tecleo, su columna diaria. Espera un rato en la destartalada recepción de este órgano periodístico del Movimiento Nacional a que el locutor acabe —redacta como lo hace todo: rápido

—, y cuando finalmente aparece le reproduce la conversación que ha tenido con el policía.

—¡Qué absurdo! —exclama—. Este tipo se ha extralimitado. No hay que hacer ni caso. Además, la guerra ya la ganamos hace veinte años, ¿vamos a pasarnos otros veinte machacando a los que la perdieron? Diablos, es hora de ir acercando posiciones.

—Sí, también es lo que yo pienso, pero ¿y si nos echa encima la caballería?

—*Rinomicina le busca* está haciendo una buena labor periodística y social y no tiraremos la toalla. Haré algunas llamadas a mis conocidos de comisaría y de la Brigada Político-Social. Hablaré con sus jefes. La consigna es no arrugarse. ¡Por mi próstata que no nos arrugaremos!

—¿Nos la jugamos, entonces?

—Pues claro que sí, hombre, nos la jugamos... ¿No está el programa aprobado y requeteaprobado por censura? Pues vamos a llevar hasta el final el caso de Antonio Luna... Y los demás que vengan.

—Por Antonio Luna, entonces —corrobora Juan Ignacio.

Por la noche, en casa, después de cenar, mientras bebe un coñac, Juan Ignacio pone al día de las nuevas circunstancias a Elena, que ha acogido el brazalete andorrano con menos calidez de la esperada.

—La presión empieza a ser demasiado fuerte. Quizá debería explicárselo a Sánchez Toldrá. Pero me da miedo que se cargue el programa de un plumazo. A las empresas no les gusta afrontar este tipo de complicaciones. Por otra parte, el reconocimiento popular va en aumento. Nos hemos convertido en un fenómeno social, estamos solucionando casos desesperados y poniendo en contacto a familiares que se habían perdido completamente la pista. ¿Cómo explicaríamos un cambio de orientación a todos los que han confiado en nosotros?

—Haz lo que tengas que hacer, intenta ser fiel a tu conciencia —le dice Elena. Y de pronto introduce un tema nuevo, que a Juan Ignacio le coge completamente por sorpresa—. Pero tienes que dejar de beber. Tu ritmo es cada vez más alto. Te quedas dormido en cualquier sitio y por la noche roncas mucho. Cada vez cuesta más que te levantes. Tienes que prometerme que te tomarás en serio esto que te estoy diciendo.

Juan Ignacio, atónito, titubea al contestar:

—Pero, Elena, ¿por qué me dices esto? Bebo como todo el mundo. Además, ¿cuánto hace que no me ves borracho? Lo que pasa es que trabajo mucho y soporto una gran tensión, ya sabes que una copa me relaja.

—No quiero que sigamos discutiéndolo ahora. Prométeme que reflexionarás sobre esto que te acabo de decir.

De madrugada, Juan Ignacio se despierta inquieto. Busca torpemente las zapatillas y se mueve hasta la cocina con el máximo sigilo. Nota un intenso ardor de estómago. Se toma una pastilla de Neutroses Vichy —el único antiácido que le funciona— y bebe un vaso de agua. Mala pata: se ha encendido una luz y escucha un movimiento en su dirección.

—¿Pasa algo, señorito? —dice la menuda figura femenina, envuelta en su bata oscura.

—Nada, tata, tenía sed, váyase a dormir, por favor.

El antiácido no surte el efecto esperado y Juan Ignacio se encuentra cada vez peor. Va hacia el

lavabo y allí, bajando la cabeza a la altura de la taza del váter, vomita bilis.

Reunión directiva de la división farmacéutica y cosmética de Industrias Pladevall. Los primeros minutos se invierten en discutir los bosquejos que ha hecho Llansana para unas cajas acartonadas del bronceador Helios, que representan una caseta de baño.

—¿Su fabricación no resultará muy complicada? —se inquieta Sánchez Toldrá.

Rocarons le tranquiliza, despertar el interés del público a veces requiere «un pequeño sobreesfuerzo».

—Con la saturación de bronceadores en el mercado, si no conseguimos llamar la atención en los puntos de venta estamos muertos.

—Eso dígaselo a los de la imprenta. Empiece hablando con ellos y que concreten la viabilidad técnica y económica de la idea. A ver, pasemos a *Rinomicina le busca*.

Juan Ignacio ha decidido no explicar de momento ni una palabra del acoso policial. Teme que, si se hace público, sus superiores sucumban a la tentación de dar marcha atrás al programa.

—¿Estado de la cuestión? —insiste el jefe, mirándole.

—Imparable —informa, muy tenso, Juan Ignacio—. Siguen llegando aluviones de cartas. En muchos pueblos de España, la actividad prácticamente se paraliza a la hora de la transmisión.

—Las ventas han subido, sólo en el último mes ¡un dieciocho por ciento! En todas las farmacias están impresionados por el empuje que el programa ha dado a nuestro producto —se suma Rocarons.

—Un empuje lamentable —replica Boldú—. La imagen de un buen producto farmacéutico asociado a una emisión melodramática y pobretona que, además, todo el mundo dice que lo que está haciendo es favorecer a los rojos.

Juan Ignacio se queda estupefacto.

—¿Por qué dices esto?

—No te hagas el sueco. Todos estos niños de la guerra que están encontrando a sus familiares, ¿qué son, si no? ¡Pues hijos de rojos! Se está comentando por todos lados. Y eso va muy en contra nuestra, de esta empresa, que siempre ha sido favorecida por el Régimen.

A Juan Ignacio le saca de quicio la similitud de los argumentos de Boldú, movidos sin duda por la envidia, con los del policía.

—¡Estás diciendo tonterías! Para empezar, las historias de la guerra son menos de una tercera parte de nuestros casos, y las que vienen son de los dos lados, algunas de la zona roja, pero muchísimas, yo diría que la mayoría, de la zona nacional. Y luego, si la guerra es lo más doloroso y tremendo que ha pasado en España en los últimos quinientos años, y hace tan sólo veintiuno que acabó, ¿cómo quieres que no esté presente en las vidas de las personas?

—Tiene razón Juan Ignacio —refuerza Rocarons—. Como dice Dale Carnegie, si estuviéramos en el lugar de los que nos escriben, nos sentiríamos igual que ellos.

—Coño, Rocarons, deje en paz por una vez a Dale Carnegie —bufa Sánchez Toldrá, y los asistentes se quedan estupefactos, ya que es la primera vez que le oyen decir un taco—. Usted vaya con cuidado, Juan Ignacio. Es evidente que Boldú plantea un tema sensible, no nos interesa empañar la imagen de la marca asociándola a según qué posiciones —indica el jefe—. Y ahora

vayamos pasando a otros temas.

En el Rigat de Plaza Cataluña aún hay poca clientela. Después de un día de intenso trabajo, Juan Ignacio ha llamado a Elena y le ha dicho que cena fuera porque tiene que pasear a unos clientes. Lo cierto es que hoy no le apetece volver a casa. Tras la conversación sobre la bebida se siente incomprendido por su mujer, además de presionado en el ámbito laboral.

En una pequeña tarima está tocando el piano un hombre alto y delgado, con *smoking*, que luce monóculo y perilla. Se llama Jaime de Mora y Aragón. Algunos le llaman Fabiolo porque es hermano de Fabiola, la aristócrata española recién casada con el rey Balduino de Bélgica. Jaime de Mora es un tipo simpático y sociable, un vividor siempre a merced de los reveses de la fortuna, y uno de ellos le ha traído hasta este local nocturno, donde sus relativos dones como pianista y su simpatía y su nombre le dan para vivir algunos meses. Toca Fabiolo al piano *El águila negra* y Juan Ignacio se sume en la suave bruma de su segundo coñac.

¿Bebe Juan Ignacio demasiado? Bebe, claro, bebe desde muy joven, la bebida le hace más digerible esa inquietud que siempre le corroe, ese difuso sentimiento de irrealidad y descolocación respecto al mundo que nunca ha podido sacarse del todo de encima. Pero lo controla. Claro que lo controla. Es verdad que le cuesta ponerse en marcha por la mañana, y que se siente un poco inquieto —para ser sinceros, más que un poco— si a la hora del aperitivo no se echa al colete la tonificante ginebrita con limón. Pero no se salta reuniones, ni le chilla a nadie, ni se mete en broncas, como alguna vez hizo de joven. Bebe *normalmente y tranquilamente*. ¡Elena exagera!

Y además ahora tiene motivos para beber. Juan Ignacio está nervioso. La presión del policía le incomoda. ¿Cuánto tiempo podrá mantener a la empresa ignorante de lo que se está cociendo? Por suerte tiene a Rupérez de su lado. El locutor estuvo en la División Azul, es un intocable, qué gran idea fue poner el programa en marcha con él. Están ayudando a gente, no van a arrugarse ahora. Juan Ignacio se convence a sí mismo de que van a seguir adelante, al menos hasta que reciban alguna comunicación oficial de una instancia superior. No va a paralizar un programa de éxito por la advertencia a título personal de un policía que probablemente se excede en sus funciones. Y no a va a dejar ahora en la estacada a personas como ese Antonio Luna, que han confiado en él y en su emisión patrocinada. Como mínimo este caso van a seguirlo hasta el final.

Juan Ignacio sale del Rigat y opta por irse andando a casa para airearse. Esos dos coñacs le han dejado un poco *touché*, la caminata le sentará bien. Al llegar al primer árbol vomita.

Diez minutos más tarde llegan al local Casimiro Pladevall y Tona Viladomiu. El chófer les deja en la puerta; luego, el coche desaparece.

—¿Te atreves a traerme al Rigat? —pregunta Tona—. Eso es todo un adelanto. Aquí podemos encontrarnos a alguien conocido. ¿No te asusta?

—Mientras nos comportemos con discreción no va a pasar nada. El problema, si acaso, lo tendrás tú cuando los informadores de Luisa Mateu le pasen el parte. ¿Y si te retira su protección?

—Si es a cambio de un rato contigo, podré sobrellevarlo —ronronea Tona.

Casimiro garrapatea algo en un papelito, lo dobla dentro de un sobre junto con un par de billetes y hace un gesto al camarero para que se lo pase al intérprete, que cuando lo recibe se

vuelve al industrial y le guiña un ojo. Pasan en silencio un rato escuchando a Jaime de Mora interpretar, sin excelencia pero con eficacia, *Las hojas negras*.

—¿Has pensado en lo que te he pedido? —pregunta ella, mimosa.

—Sí.

—¿Y qué has decidido?

Pasa un ángel, dos ángeles, tres ángeles, un batallón de figuras angélicas.

—¿Qué has decidido?

—Que te ayudaré. Aunque sé que con eso puedo perderte, y aunque sé también que va a ser malo para mi empresa, te ayudaré.

Tona deposita delicadamente un beso en su mejilla y le susurra al oído:

—No me perderás.

11

Un mensaje de radio logró este abrazo

EL NIÑO PERDIDO DEL CAMIÓN RECUPERA A SU MADRE

Amplia e inédita información de este sensacional suceso, que afecta a Cataluña y Santander, en nuestras páginas centrales

EVACUADO A SUIZA Y ACOGIDO EN SANTANDER, HALLA A SU FAMILIA 22 AÑOS DESPUÉS

Antonio Luna Blanco se llama en realidad Antonio Lena Barranco

Extraordinario éxito de la emisión Rinomicina le busca

Por Luis Rupérez

«Toda España sigue con extraordinario interés las emisoras radiofónicas que cada martes, bajo el título Rinomicina le busca. Barcelona llama a España, cubren toda la Península, Sur de Francia, Andorra y Norte de África a través de veintiséis emisoras. Toda España, y los millones de oyentes que reciben los mensajes lanzados a las ondas, participan de la jubilosa emoción o de la profunda angustia de aquellos que hallan, o buscan, al ser querido del que nada saben desde hace muchos años.

»Nos cabe el honor de dirigir estas emisoras, apoyados tan sólo en nuestra experiencia profesional y en nuestro afán por desterrar el dolor y la incertidumbre de los seres aislados por las circunstancias, una misión que llevamos a cabo desde hace muchos años, pero nunca con los medios inigualables de que nos ha dotado Rinomicina, sin regatear esfuerzos, con una generosidad tal que no pudo extrañarnos la confianza depositada en Barcelona llama a España por los que han dado lugar a que se acuse recibo de unas sesenta a setenta cartas cada día».

CURAR CUERPOS Y ÁNIMOS

El semanario Por Qué, estrechamente vinculado a Rinomicina le busca, y nacido a la par que las emisiones, quiere iniciar este reportaje emotivo y pleno de gloria rindiendo homenaje a quienes supieron enlazar la publicidad de su producto, destinado a curar cuerpos, con la dulce tarea de intentar curar ánimos minados por los años de penas y zozobras. Dicho esto, vamos a contarles cómo Santander y Cataluña, por el milagroso arte de la radio, se han unido en el tierno, a la par que fuerte, abrazo de una madre y un hijo que no creían que volverían a verse jamás.

La historia no puede ser más rica en emociones, episodios desgarradores y coincidencias milagrosas. Si no la hubiéramos vivido de cerca y personalmente, diríamos que es digna de uno de esos folletones que en el siglo pasado hacían las delicias de nuestras abuelas. Pero se trata de vivencias reales y dramáticas, afortunadamente llegadas a buen puerto.

Desde los micrófonos de las veinticinco emisoras españolas del circuito Rinomicina le busca, y de Radio Andorra, se lanzó el siguiente mensaje:

«Un joven nos escribe desde Barcelona: "Durante la guerra, un bombardeo me separó de mi madre y de mi hermano. Fui subido a un camión que arrancó dejando a mi familia atrás. No he vuelto a verles desde entonces. Fui trasladado a Francia con otros niños refugiados, de allí pasé a Suiza, y, al llegar la

paz, me devolvieron a España. Nadie me reclamó. Me ingresaron en el Hospicio de Santander, donde me crié y de donde salí con dieciséis años. Mi nombre es Antonio Luna, y el de mi madre, Ana. De todas formas, esto no es seguro, porque en el viaje de Francia a Suiza se me perdió la filiación que llevaba prendida del cuello, aunque conservé algunos papeles. Antes de que me evacuaran vivía con mis padres, mi abuela y un hermano más pequeño que yo. Creo que estábamos en zona catalana porque recuerdo cosas que me parece que son de Barcelona, la ciudad donde vivo ahora. Deseo, con toda mi alma, hallar a mis padres”».

UNA LLAMADA DESDE LA CIUDAD CONDAL

Por teléfono recibíamos la primera respuesta desde la calle Nápoles de Barcelona. Nos llamaba doña Dolores Lena, que creía haber reconocido a un sobrino suyo, desaparecido durante la guerra, cuando contaba sólo cuatro años de edad.

Fuimos a verla. Doña Dolores guardaba fotografías de su sobrino. Y la descripción y circunstancias contenidas en su relato coincidían. Todo se ajustaba, excepto el primer apellido. El sobrino de doña Dolores se llamaba Antonio Lena Barranco.

—Lo hemos buscado mucho. Su madre ha evocado entre lágrimas año tras año ese terrible momento en que el camión arrancó dejándola en tierra mientras veía cómo su niño se alejaba. Hemos recurrido a la Cruz Roja y a varias organizaciones... ¡Soñábamos tanto con hallarlo!

Pero todo fue inútil, y el paso de los años —veintidós años, Dios mío!— hizo que la familia Lena diera por muerto a Antonio.

Doña Dolores se encargó de transmitir la buena nueva a su cuñada, doña Ana Barranco, la madre que vivió esos veintidós años soñando con su hijo adorado.

Tan sólo minutos tardé en recibir, en Radio Nacional de España en Barcelona, la visita de una cuñada del desaparecido, Azucena Puy, casada con Francisco Lena Barranco, el único hermano de Antonio. La emoción dominaba a todos los miembros de la familia y llegó a contagiar al periodista.

Todo coincidía: Antoñito, un niño travieso y cariñoso, tenía dos años más que Francisco... Su madre había dejado Barcelona con los dos niños por los bombardeos, para instalarse en una localidad de Aragón, donde tenía familia. Fue en la dramática evacuación de esta ciudad cuando entregó a su hijo mayor a los pasajeros de un camión, que arrancó antes de poder subirse ella con Francisco. Madre e hijo quedaban separados..., ¿para siempre? Afortunadamente no ha sido así.

UN EMPLEADO DILIGENTE

Antonio Lena se había desplazado hace unos meses desde Santander hasta Barcelona para aproximarse a aquellas zonas por donde sabía que sería más fácil recuperar sus orígenes. Encontró trabajo en una céntrica charcutería, donde ha pedido un día de fiesta para el reencuentro más importante de su vida. Fiesta que los propietarios, que aprecian a este trabajador muchacho, han concedido encantados. Y, mientras Antonio Lena se preparaba para volver a ver a su madre, en otro barrio de Barcelona había una mujer que tuvo que dejar de trabajar porque los nervios no le dejaban hacer nada a derechas.

Por la mañana, el supervisor y coordinador de Rinomicina le busca, don Juan Ignacio Varela, junto con su colaborador Armando Rocarons, recogieron a Antonio en la pensión donde reside. Juntos comieron espléndidamente en un conocido hotel barcelonés por cortesía de la firma que patrocina este programa. Y realizaron después en automóvil un recorrido por la ciudad que sirvió para que Antonio identificara lugares que recordaba de la infancia. Su prodigiosa memoria iba pronosticando sobre lo que iba a ver antes de acercarse a la casa donde había vivido de pequeño, acertando plenamente. Fue muy curioso contemplar el rostro de este cántabro-catalán al hallar, en vez de un edificio —que creía su antiguo hogar—, un garaje. Luego, al preguntar allí y saber que la casa había sido derribada años atrás y descubrir que existía la fábrica cercana y un paso de ferrocarril próximo que recordaba Antonio, renació la tranquilidad y quedó confirmado que era el hijo de doña Ana Barranco, la madre que esperaba el ansiado momento de abrazar al hijo que daba por muerto.

AZULGRANA DE CORAZÓN

Se dan circunstancias muy singulares en la vida de Antonio.

Dice él que, una vez en España, perdida su chapa identificativa, de los trescientos niños que integraban la expedición que regresaba de Suiza, sólo dieciséis quedaron en el Hospicio de Santander, porque nadie los reclamaba. Le salvó su memoria. Él recordaba que su nombre era Antonio y creía que sus apellidos eran Luna Blanco. Recordaba el nombre de su madre, Ana.

—Vine a España sin saber leer ni escribir. En el hospicio, lo primero que aprendí a escribir, y pasaba horas enteras escribiendo, era «mamá»... Luego, ya mayor, cuando iba al fútbol y jugaba el Barcelona, mis compañeros se asombraban al verme aplaudir al equipo azulgrana... Y lo hacía porque me salía de dentro... Por no sé qué sentimiento de emoción al oír nombrar Barcelona...

De la emisión del martes pasado, ¿qué les vamos a decir? La emoción nos dominó a todos, realizadores y oyentes. Sollozos contenidos, abrazos interminables, presentaciones de familiares aún no conocidos, risas, llanto, nervios... Y un catalán, Antonio Lena Barranco desde ahora —porque ya está documentado con este nombre para siempre—, hablando con sonoro acento cántabro.

—¿Qué piensa hacer ahora? —pregunto a Antonio.

—Quedarme en esta tierra. Estar junto a mi madre y mis hermanos todos los años que me queden de vida... ¡Eso no se duda, amigo!

Nosotros, dominados por la emoción, estrechamos en un recio abrazo a este joven que, gracias a la hermosa acción de Rinomicina, ha podido recuperar su familia y su pasado. En una palabra, su vida toda. Ojalá que quienes tanto han sufrido, ya no se separen jamás.

Pies de foto:

1. Así era Antonio Lena a los tres años de edad.
2. La emoción domina a Antonio, que a duras penas contiene las lágrimas.
3. La madre muestra al hijo hallado, fotografías que recogen sucesos familiares no vividos por él.
4. Juan Ignacio Varela y Armando Rocarons, de Rinomicina, recorriendo Barcelona con Antonio Lena Barranco.
5. Con el rostro del hijo perdido en un ángulo de la fotografía, Ana Barranco se retrató así con su otro hijo, Francisco.
6. Nueva familia: madre, hermano y una bonita cuñada, casada con Francisco hace tres meses.
7. Junto a los felices protagonistas de este suceso, Juan Ignacio Varela, de Rinomicina, y nuestro director Luis Rupérez.

Revista Por Qué, número 26

Casimiro Pladevall llega al despacho tras haber asistido al desayuno semanal de los empresarios textiles de Cataluña, ese oasis de complicidades y buen comer donde se respira un espíritu de tranquilidad y prosperidad fabril incombustibles. Llega al despacho y espera pasar una mañana tranquila dentro de lo que cabe. En vez de eso, su secretaria le comunica que tiene al teléfono, muy excitado, a Higinio Bufalá.

—¿Lo has leído? ¿Has visto lo que nos ha hecho ese miserable?

—¿De qué hablas?

—Pide tu correspondencia, mi chófer te la ha dejado en tu despacho hace media hora.

—¡Marita! —exclama Casimiro en busca de su secretaria—. Lo busco y te llamo.

Unos minutos después, Casimiro repasa, estupefacto, la misiva que con elegante letra ha escrito a pluma Alejandro Roca-Genís, y que por lo visto se ha molestado en copiar, en términos muy parecidos (posiblemente cambiando el primer párrafo para personalizarla), a los otros cuatro destinatarios que figuran en la esquina superior derecha del papel.

Querido Casimiro:

Te admiro. No sabes cuánto te admiro. Eres un hombre inteligente y activo que has sabido levantar un imperio. Casi sin ayuda paterna, sin enchufes, únicamente con tu tesón y tu clara visión de las oportunidades de negocio.

Yo, en cambio, como os expliqué en nuestra comida, soy una persona sin capacidad y sin suerte. Me he movido al albur del destino por muchos países y al final he encontrado acomodo en esta generosa Norteamérica que no hace preguntas y donde cada día nacen, bien talluditos, hombres nuevos con identidades nuevas.

Tú, como Higinio, como Paco, como Víctor, como Manolo, eres una persona con talento. Yo soy un desgraciado. Por eso sé que me perdonarás, e incluso acogerás con una sonrisa de comprensión, la pequeña engañifa a la que os he sometido. Los terrenos de Florida cuyos planos y fotos os enseñé, y cuya adquisición firmó en Miami el notario Pujades, son en realidad unas marismas sin valor alguno. Pantanosas, pestilentes y llenas de mosquitos. Es muy dudoso que algún día alguien se atreva a edificar allí, porque todo el mundo sabe que es la zona más insalubre del estado.

Las playas que mostramos al notario corresponden a otra zona de la costa, que ya tiene sus propios y muy respetables propietarios. En cuanto al proyecto de urbanización en correcta lengua inglesa que obra en vuestro poder, me temo que es falso de arriba abajo, lo redactamos un buen amigo mío y yo con la colaboración de un arquitecto de moral fácil y un estudiante de Derecho de Jacksonville que tiene un brillante futuro por delante.

Para vosotros, los millones invertidos —y me temo que perdidos— son *peccata minuta*. Tienen, además, desde mi punto de vista, la importante ventaja de que no podéis denunciarlos —ni denunciarme— sin denunciaros a vosotros mismos, dado que se trata de un dinero colocado fuera de España contraviniendo las estrictas normas del Régimen del Caudillo, a quien Dios salve muchos años, respecto a los capitales nacionales.

No, sé que no me denunciaréis. Y como sois unos caballeros estoy seguro de que tampoco enviaréis a un equipo de sicarios a que me dé una paliza, o alguna atrocidad semejante. Es más, en caso de que se os ocurriera hacerlo, no me encontraríais, porque en cuanto acabe de facilitar a un correo fiable estas cartas voy a cambiar de estado y de identidad para empezar una nueva vida. Una vida de rico, que tengo bien merecida. Con vuestra ayuda.

Fue un placer reencontraros y espero que comprendáis la inapelable necesidad interna que me ha llevado a cometer este pequeño timo. No era justo que, siendo todos tan buenos amigos, a vosotros os fuera tan bien y a mí tan mal. Ahora la justicia ha quedado restablecida. Un abrazo fuerte de vuestro.

Alejandro

12

En el amplio comedor de su dúplex de 800 metros cuadrados que mira sobre Turó Park, Casimiro Pladevall está desayunando, con su predilecta cubertería de alpaca, tostadas con mantequilla y mermelada, un huevo pasado por agua y un café bien cargado.

Está de muy mal humor. No sólo le molesta tremendamente el recuerdo del timo de Alejandro Roca-Genís, que le ha perseguido toda la semana. También le vuelve una y otra vez a la cabeza la imagen que le pareció sorprender ayer, cuando bajó al garaje.

Era tarde, pasada la medianoche; él estaba trabajando en el saloncito que tiene habilitado como despacho. Se dio cuenta de que se había dejado un portafolio que necesitaba en el coche y decidió descender hasta el amplio espacio de planta donde los propietarios del inmueble (que son cinco, uno por cada piso, sin contarle a él, que tiene los dos superiores, con sus amplias terrazas) aparcan sus vehículos.

Al fondo de este patio interior a ras de calle hay un cobertizo donde se guardan instrumentos y recambios. Cuando atravesó la puerta de acceso al patio sin abrir la luz, vio que del cobertizo salían dos personas: su hijo Max y el chófer. Demetrio tenía una mano sobre el cuello de su primogénito, en un ademán familiar y cariñoso. Ambos parecían muy contentos. Mientras salían, a Casimiro le pareció ver que se besaban en la boca.

¡En la boca! Su hijo y el chófer. Eso le impresionó mucho. De hecho, se quedó paralizado. Hombre racional y prudente como es, se escondió entre las sombras y dejó que pasaran, mientras se disponía a valorar la situación. ¿Significaba lo que había visto que su hijo es invertido? ¡Muy probablemente!

Y esta inesperadísima información, ¿cómo puede afrontarse? Casimiro ha viajado por Europa, y es consciente de que cosas semejantes ocurren en las mejores familias y en las capitales más desarrolladas. En el mundo del teatro se dan como algo casi normal. En París, por ejemplo, todo el mundo sabe que el joven y atractivo galán Jean Marais, con el que ha coincidido en algunas fiestas, es pareja del escritor Jean Cocteau. En la misma Barcelona es fácil encontrarse con un grupo de amigos, claramente de la acera de enfrente, muy respetados. Paco Folgarolas, el decorador que hizo el primer proyecto para su picadero, obviamente lo es; el galerista Farrás, y el ilustrado rentista y ex diplomático marqués de La Plana, lo son también. Sin embargo, resulta muy diferente coincidir con esta gente tan cultivada y simpática en un teatro parisino o en una cena en la Costa Brava, a encontrarte en casa con que un hijo tuyo se ha apuntado al gremio.

¿Cómo comportarse? ¿Montarle un número al niño? ¿Mandararlo al psiquiatra? No está muy

seguro de que un vaya a dar resultado. ¿Enviarlo al extranjero, bien lejos? Quizá funcione mejor. ¿Echar al chófer? Eso, por supuesto, va a ser una consecuencia inmediata, después del abuso de confianza que ha perpetrado.

Su mujer se incorpora al desayuno. Las ocho y media de la mañana y Marta ya está elegantísima y perfecta, con un suavísimo maquillaje. A saber a qué hora empieza a arreglarse. Fue una gran decisión la de mantener dormitorios separados con sus respectivos lavabos y vestidores.

—Estoy pensando —le comunica— en que me gustaría abrir una tienda.

—¿Una tienda?

—De decoración. En alguna planta baja de Turó Park. Hay mucha *gente bien* que se está comprando pisos nuevos por aquí, en la calle Ganduxer y por la zona de Mandri. Me estimularía y creo que podría ser rentable. ¿Cómo lo ves?

—Esto... —a Casimiro se le va un poco el santo al cielo—. Esto...

—¿Tan complicado te parece?

—Nooo, me parece una buena idea. Seguro que encuentras clientes. Y será perfecto para ti, hace tiempo que pienso que tienes que buscarte una actividad...

—¿Me ves como una inútil? —Ya está, ya ha caído en la trampa, ella le ha dado la vuelta a una frase suya inofensiva para propiciar una discusión.

—Nooo, ¡para nada! Mira, medita un poco el proyecto y cuando quieras lo hablamos a fondo y lo presupuestamos.

—Lo haré rápido —dice su mujer, mientras engulle con elegancia un trozo de manzana—. Tendrás el proyecto por escrito en una semana.

—Cuento con ello.

Marta se levanta de la mesa, pero Casimiro la detiene con un gesto.

—Esto..., ¿has notado algo raro a nuestro hijo últimamente?

—¿A qué tipo de rareza te refieres?

—Conductas imprevistas, compañías diferentes...

—Pues no, la verdad, pero ya sabes que es un bohemio, tampoco se le puede controlar al milímetro...

—No, claro, en fin, ya veo.

En el despacho, Casimiro repasa el *dossier* de un nuevo proyecto. Sector de la automoción. Propuesta de adquisición de la fábrica de motocicletas Wipsy, especialista en baja cilindrada: 75, 125 y 150 centímetros cúbicos. Motos de ciudad y carretera y, recientemente, una línea de trial. Al morir el fundador, sus descendientes se han peleado; además, la fábrica no ha tenido una buena gestión y en los tres últimos años, aunque produce cerca de dos mil unidades anuales, estuvo en pérdidas, con lo que la oferta de compra suena razonable. A Casimiro le apetece el reto de entrar a competir con marcas como Montesa, Bultaco, Ossa o Derbi en este momento ascendente del motociclismo catalán. Le molesta verse obligado a repartir unas cuantas sustanciosas comisiones entre los miembros de la familia que apoyan su causa, ya que eso rompe el *fair play* que debería presidir este tipo de negociaciones (al menos en un mundo perfecto), pero tiene plena conciencia

de que sin un pequeño estímulo adicional bajo mano la operación será imposible. Casimiro sabe desde joven que en los momentos cruciales no hay que titubear en la compra de las voluntades que resultan decisivas para el buen desarrollo de un proyecto.

Se enciende un botón rojo del sofisticado tablero de su teléfono.

—Don Casimiro, le llama el gobernador civil de Barcelona.

—Pásemelo.

Al otro lado del teléfono se alternan dos o tres voces diferentes, todas de aire marcial, hasta que se pone al aparato Evaristo Vivancos. Conocido de Pladevall sin llegar a ser amigo, han coincidido en incontables reuniones del patriciado catalán, tanto profesionales como lúdicas.

—¿Casimiro? ¿Cómo va todo? Me lo pasé muy bien el otro día, en el homenaje que los empresarios me hicisteis en el Club de Polo. Inmerecido, por supuesto, todo se lo debo al Caudillo, que me ha dado esta grata oportunidad de servir a España desde Cataluña... Verás, Casimiro, no quiero hacerte perder tiempo, la cuestión es que tendríamos que hablar...

Desde que se emitió el programa de Antonio Luna —ahora Lena—, cuyo contenido recogió ampliamente el semanario *Por Qué*, todo lo que rodea a *Rinomicina le busca* parece haberse desbocado. Las sacas de correspondencia se han multiplicado aún más, si cabe; a Luis Rupérez le detienen por la calle para felicitarle y la venta de productos Rinomicina está disparada. Juan Ignacio, en su mesa de Industrias Pladevall, dibuja soldaditos sobre un papel mientras trata de idear nuevas estrategias comerciales para otros productos del grupo. Como su foto ha aparecido repetidamente en el *Por Qué*, también le han parado por la calle en varias ocasiones.

Pero ahora tiene que ir a ver al jefe supremo en persona, ya que Casimiro le ha hecho llamar y este acceso directo a la cúspide, saltándose los escalones intermedios, es algo que en el grupo donde trabaja siempre llama la atención.

—Siéntate, Juan Ignacio. ¿Un pitillo? ¿Un whiskito? Ya sé que es pronto pero se trata de un Laphroaig excelente que me traen directamente de Londres.

—En ese caso te acepto un dedito.

—Toma, te encantará... Dime, Juan Ignacio, ¿llegaste a leer mi obra de teatro?

—¡Por supuesto! Incluso te pasé un informe.

—¿Un informe? Caramba, debí traspapelarlo, qué despiste. En fin, sintetízamelo.

—Pues me parece una comedia muy bien construida, seguro que será un éxito. Lo que te decía es que quizá valga la pena que la aligeraras en la segunda parte, y te sugería también retocar un poco el personaje del barón, habla como un camionero y eso no suena demasiado verosímil.

—¿El barón no te parece verosímil? Pues me inspiré en un personaje real que habla como el de mi comedia.

—Sí, pero ya sabes tú que verdad y verosimilitud literaria no siempre van unidas.

—¿Tú crees? En fin, te haré caso y lo repasaré... Aunque la verdad es que no te he hecho venir por mi obra, sino por otro tema.

—¿Cuál?

—*Rinomicina le busca*. No sé si Sánchez Toldrá te ha hecho llegar, tal como le pedí, mi satisfacción con este programa. Ha producido un beneficio de marca extraordinario y sin duda es

una de las iniciativas de comunicación más audaces e imaginativas que se han llevado a cabo en cualquier rama de las Industrias Pladevall. Ya sé que habéis tenido a Boldú muy en contra, pero se equivocaba. En todo caso, la diversidad y el contraste de opiniones, en el seno de una empresa, generan riqueza, y no está mal que hayáis tenido un poco de oposición interna. Así que, antes de todo, mis felicitaciones por el trabajo hecho.

—Gracias.

—Pero hay que cerrarlo.

—¡¡¡¿Cómo?!!! —Juan Ignacio se ha quedado lívido con el vaso en el labio.

—Lo que oyes. El programa de la próxima semana será el último. Buscaos, Rupérez y tú, alguna excusa plausible para justificar su desaparición.

A Juan Ignacio le baila la cabeza.

—Pero, Casimiro, no podemos hacer eso. Hay un contrato con la emisora. Y con el equipo de producción, además de con el mismo Rupérez...

—Ha de ser inmediato. Con la emisora puedes llegar a un acuerdo para trasladar el patrocinio a otros programas. En cuanto a Rupérez, al igual que ocurre contigo, cuento con él para otros proyectos. En última instancia, hay que explicarles que es una decisión, no recurrible, del gobernador civil.

—¿Del gobernador? ¿Y qué razones argumenta?

—Vivancos me pidió que fuera a verle. Y una vez en el Gobierno Civil me explicó que en Madrid, cada vez más, está cundiendo la alarma ante las derivaciones del programa. Una y otra vez las alusiones a nuestra guerra de Liberación resultan constantes. Los programas de más éxito son los que han girado en torno a niños que fueron separados de sus familiares entonces. Claro, son los más melodramáticos y a la gente le gusta llorar. Eso no gusta en las altas instancias, la consigna es mirar al futuro y fomentar la unidad de todos los españoles. Además, están empezando a preparar una gran campaña nacional, para poner en marcha a medio plazo, que conmemore los veinticinco años de paz de Franco. En suma, *Rinomicina le busca* encaja muy mal en este panorama. Y hay que decir que por lo menos Vivancos ha tenido la deferencia de llamarme para explicarse y pedirme que matemos nosotros el programa, en vez de dictar un ucase y que lo ejecute algún subordinado sin aviso previo, como podría haber ocurrido. Por eso también yo he querido comunicártelo personalmente en vez de transmitirlo a través de Sánchez Toldrá. Aunque soy consciente de que de forma extraoficial se te habían hecho llegar varios avisos.

Juan Ignacio enrojece.

—Pero... Si incluso hay una oferta en firme para pasar el programa a Televisión Española la próxima temporada.

—De eso puedes olvidarte. La suerte de *Rinomicina le busca* está echada y bien echada.

—Pero tú, Casimiro, y perdona —casi tartamudea Juan Ignacio—, eres un hombre fuerte de la situación. Tienes influencia en Madrid... Puedes batallar, buscar una autoridad más alta, tal vez algún ministro, plantar cara... Hemos hecho un trabajo noble que ha ayudado a muchos seres humanos, en el tiempo que llevamos en antena nos han llegado casi diez mil cartas. Y en la penúltima emisión reunimos a un hijo y una madre que llevaban veintidós años separados. Es injusto cargárselo así de un plumazo...

—Juan Ignacio... —el tono de Pladevall es ahora paternalista, mientras le sirve a su empleado otro chorro generoso—. Lo que te voy a decir ahora tal vez te choque. Por ello te pido toda tu comprensión. Sé que estás muy identificado con el programa. Y muy merecidamente, su éxito es el tuyo. Pero en toda partida de ajedrez hay que sacrificar peones, alfiles y torres para asegurar el triunfo del rey. Vivancos me ha asegurado que, si cierro el *Rinomicina le busca* sin causarle problemas (que por otra parte tampoco podrían ser excesivos, porque no tenemos *tanto* margen de maniobra), me apoyará en un proyecto más grande, más complicado y mucho más ambicioso. Un proyecto para el que necesito granjearme muchas complicidades, y en el que te garantizo que tendrás un lugar.

—¿De qué proyecto hablas?

—Del diario *Adelante*. Llevamos ya tiempo preparándolo con Víctor Artal. Será un periódico joven y dinámico, abierto a todas las voces, dentro de un orden, claro; con firmas brillantes y grandes reporteros. Ya verás, provocará una revolución en la prensa española y va a introducir mucha modernidad en este país, que bien lo necesita. Pero tengo que contar con un fuerte apoyo institucional, porque los factores son mucho más complejos que en un programa semanal de radio, y la inversión económica prevista, descomunal.

—Y el precio para ponerlo en marcha es la liquidación de *Rinomicina le busca*. Un cambio de cromos.

—Más que un cambio de cromos, una pequeña ofrenda inicial para generar confianza.

Abatido, Juan Ignacio deja la copa sobre la mesa y se dispone a marchar. Al llegar a la puerta se vuelve hacia su jefe.

—Antes de irme quiero que sepas que todo esto me parece una canallada que no nos merecíamos.

Casimiro duda entre fulminar al empleado impertinente o mostrarse magnánimo. Los malos humores acumulados en las últimas semanas le llevarían directamente por el primer camino, y por esa razón hace un esfuerzo psicológico y se lanza por el segundo. Ya evacuará la bilis por otro conducto.

—Hay una cosa, Juan Ignacio, que tienes que saber. El pasado es útil en tanto en cuanto podamos volvernos a él para utilizarlo en función de nuestras necesidades. Pero en sí mismo forma una rémora que gravita sobre nosotros en los momentos en que más libertad necesitamos. Tu programa estaba volcado hacia el pasado, a los dramas terribles que han ocurrido en este país. Y con ellos has hecho un buen trabajo. Pero a las autoridades no les interesa, porque trae consigo el recuerdo de momentos muy desgraciados, y nuestro pueblo, que los sufrió, en realidad tampoco quiere volver a ellos. Lo que los españoles nos están exigiendo es que miremos hacia el futuro, que modernicemos, que proyectemos. Con *Rinomicina le busca* has demostrado que eres un creativo de primera. Pero, simplemente, no podemos seguir. Y ahora, tráeme proyectos de futuro y te aseguro que les daremos vía libre.

Juan Ignacio, abatido, emprende el camino de la puerta.

Casimiro sube al recién estrenado Jaguar Mark, suntuoso y silencioso. El también nuevo chófer, Anselmo, es un personaje alto y lacónico de pelo blanco, parece un mayordomo inglés y por eso el

magnate le contrató. «En realidad —se dice— es más elegante el chófer que yo. Como mínimo espero que éste no vaya persiguiendo chicos jóvenes».

Su hijo ha aceptado encantado la propuesta de desplazarse a Nueva York para estudiar un par de años en una Escuela de Artes Visuales. Casimiro no ha hablado claro con él —y menos con Marta—, por lo que de momento la familia se ha ahorrado una crisis. Sabe que acabará por estallar, tal vez cuando el chico vuelva de América, aunque, quién sabe, quizá por allí encuentre a alguna de esas jóvenes americanas, recias y fogosas, que lo encarrile por el buen camino... En cualquier caso, por ahora la paz en el amplio dúplex de Turó Park se ha mantenido.

En la explanada frente a la verja del palacio real de Pedralbes hay un amplio estanque presidido por una fuente. Con el cuerpo apoyado en un borde, una niña rubia juega con un barquito en el agua. Su madre, Tona Viladomiu, la vigila fumando relajada a pocos metros; ha dejado aparcado en la acera el 600 azul celeste. En estos años de principios de la década de los sesenta, en la Avenida Diagonal de Barcelona aún se puede aparcar en cualquier lado.

El Jaguar se detiene tras el 600 y del asiento trasero desciende un hombre de pequeña estatura, moreno y vivaz, con un traje marrón cruzado, que se dirige hacia Tona.

—¡Casimiro! ¿Cómo me has encontrado aquí?

—Tu asistenta me ha dicho que vendrías a pasear a Inés. Me quiere mucho, aunque conseguirlo me ha costado algunas propinas. Pero sobre todo me quiere porque está convencida de que ejerzo una buena influencia sobre ti.

Hay un silencio. Y una sonrisa melancólica en el rostro de Tona.

—¿Estás contenta?

—Casimiro... Nunca podré agradecerte...

—Cierto, nunca podrás. No sabes el lío que me ha acarreado gestionar el retorno de tu marido desde México. Pechar con su mal humor y encontrarle un nuevo puesto. Y todo ello sin transparentar las verdaderas razones de lo que ha ocurrido.

—Sí, Casimiro, y por eso...

—¿Por eso qué?

—Por eso no podemos seguir viéndonos, aunque te dije lo contrario hace unas semanas. Por fin he recuperado a mi hija, pero mi posición es muy frágil. No puedo dar pasos en falso. Mi marido y mi suegra están a la expectativa de cualquier movimiento equivocado por mi parte para volver a llevársela.

—Entonces es el final... Tal como yo predije.

—Es el final, Casimiro. Pero créeme si te digo que nunca olvidaré el bellissimo gesto que has tenido conmigo.

—Dame un beso.

Tona le besa en la mejilla, que huele a la loción Floïd con que Casimiro se refresca cada mañana generosamente. Una vaharada que al principio no le gustó, a la que luego se acostumbró y que en los próximos años echará muchas veces de menos.

En el estanque, un golpe de viento ha inflado el velamen del barquito de Inés y lo empuja hacia el centro. La niña, apoyada sobre el lateral de piedra, asoma medio cuerpo sobre la superficie del agua. Tona, atenta, se suelta con rapidez del brazo de Casimiro para impedir que caiga.

De regreso a la sede de su grupo, el industrial deja vagar la mirada a través de la ventana del vehículo. «*Quelle merde*», murmura. Qué complicado es todo. Pero rápidamente positiviza, no en vano tras este agrídulce episodio el sendero de la vida vuelve a abrirse para él, repleto de estímulos y de oportunidades. Y siempre le ha gustado la sensación de inaugurar etapas. «El destino, a quien quiere le empuja, a quien no, le arrastra», sentenció el clásico, y sentenció bien, medita Casimiro, satisfecho de sí mismo, mientras enciende un cigarro.

Antonio Lena está preparando con esmero la bandeja de croquetas de pollo que ha encargado una clienta, cuando Juan Ignacio aparece en la charcutería.

—¡Hombre, señor Varela! ¡Qué alegría verle!

Juan Ignacio esboza una mueca ambigua.

—¿Qué tal, Antonio? ¿Cómo va su nueva vida?

—Pues muy bien, señor, ya me he instalado con mi madre, mi hermano y mi cuñada. Un poco apretados porque el piso es pequeño, pero felices porque estamos todos juntos. A mí la situación, la verdad, se me hace un poco rara porque nunca he convivido con ningún familiar, hay que acostumbrarse a los demás y a sus cosas. Pero es como un regalo venido del cielo, no lo sabe usted bien, don Juan Ignacio. ¡Y fíjese qué casualidad, estando además usted y yo tan cerca, y habiéndonos tratado, pero sin conocernos!

—Sí, fue una gran coincidencia...

—Por cierto, ¿qué ha pasado con el programa? ¿Es verdad que ha dejado de emitirse?

—Pues sí, aunque pueda extrañarle, la emisión en la que usted volvió a encontrarse con su familia marcó un punto de inflexión en la historia de *Rinomicina le busca*. Después de ese éxito, en realidad, nos quedaba poco por hacer. Ahora vamos a probar otros formatos.

—Pues mire que lo siento, con el bien que ha hecho ese programa...

—Así es, Antonio, así es. Como mínimo nos quedamos con la satisfacción de haberles reunido a usted y su familia. ¿Me pone, por favor, trescientos gramos de jamón en dulce, cortado bien finito? Y dos docenas de croquetas como ésas, tienen buena pinta...

Elena ha ido a comer a casa de Tona. La niña, a la que aún buscan un colegio donde le permitan matricularse a mitad de curso, está jugando. Tona viste un *pullover* marrón claro, falda a tono y unas discretas perlas en los lóbulos; es la imagen de la probidad hogareña. Y su amiga se ve a sí misma reflejada en ella.

—Te veo feliz.

—Sí, mi vida ha cambiado por completo. Estoy volcada en Inés. No salgo. Y no bebo. La vida me ha dado una segunda oportunidad y no voy a dejarla pasar.

—¿Y Casimiro?

—Se ha portado muy bien. Una vez que accedió a traer de vuelta a mi marido a España para darle un cargo en Barcelona, su discreción ha sido absoluta. Como sabes, mientras estaba en México mi marido era intocable, porque es un país que no mantiene relaciones diplomáticas con España y porque mi suegra seguía teniendo en su poder los documentos que me comprometían. Pero aquí ya fue otra cosa. Casimiro me proporcionó un buen abogado penalista para que presionara a Marcos, amenazando con llevar a su madre ante los tribunales acusada de extorsión

por haberme forzado ilegalmente a firmar aquella confesión. La perspectiva de ver a su querida mamá ante el juez le ablandó, y acabó accediendo a devolverme la custodia. En fin, Casimiro me dio apoyo y cobertura legal a cambio de nada y manteniendo la reserva, que era imprescindible para que todo funcionara.

—¿Sigues con las pastillas?

—El Somatarax lo he dejado, duermo mucho mejor y, ahora que tengo a la niña conmigo, quiero poder oírla si se despierta de noche. Sigo con el Anafranil, aunque estoy mucho mejor de ánimos. El doctor Berenguer dice que podré dejarlo dentro de unos meses.

Elena se muerde los labios antes de hacer la pregunta.

—Tona, ahora puedes decírmelo, no sé si la primera vez que hablamos de esto nos contaste toda la verdad. En la fiesta del castillo de Santa Florentina, ¿fuiste a parar por casualidad a la mesa de Casimiro? Y en aquella velada de la Costa Brava, ¿qué te condujo allí? ¿Fuiste tú quien se acercó a Pladevall o él quien se aproximó a ti?

—Verás... Por lo que respecta a la noche del castillo, quizás hice alguna llamada previa para que nos sentaran juntos. Cuando Luisa Mateu, unas semanas antes de la fiesta, me comentó que Casimiro iba a ir, me acordé de que era el jefe de Juan Ignacio, y pensé que resultaría una compañía agradable. Incluso es posible que alguien me hubiera avisado de que su grupo empresarial acababa de comprar la firma donde trabajaba mi marido. Tenía varias y muy serias razones para estar interesada en él. Pero, dime, ¿qué importa ahora todo eso? Es más, dada mi situación, ¿con qué armas podía contar? ¿Qué otra cosa podía haber hecho?

Epílogo

Tona pudo quedarse con su hija. Casimiro había arreglado muy bien las cosas, aun a sabiendas de que cometía un acto de arbitrariedad corporativa con un subordinado y quizá —sólo quizás— sospechando a posteriori que su relación con ella había nacido de una circunstancia poco clara.

Pero, entre tanto utilitarismo como normalmente le absorbía, decidió permitirse ese detalle romántico que le daba la ilusión de haber contribuido decisivamente a recomponer una vida rota, y mantuvo en los años que siguieron un buen recuerdo de esta relación pasajera. No siempre, en sus negocios, observó Pladevall una moralidad estricta, ni, como prueba el final de *Rinomicina le busca*, le temblaba la mano a la hora de adoptar decisiones drásticas. Pero, en lo que a esta relación se refiere, el suyo fue, como su propia amante dijo, un bello gesto. ¿O acaso alguien dijo que un Pladevall, de la industriosa saga de los Pladevall, no podía comportarse, de vez en cuando, como un verdadero caballero?

Posiblemente más hermoso aún fue el de la misma Tona, aunque para una mirada superficial podría no dar esta impresión. Se había acercado a Pladevall sabiendo lo que de él podía obtener —es más, intuyendo que ganárselo era la única posibilidad con la que contaba para que hicieran volver a su marido a España—, y consciente a la vez de que iba a poner su cuerpo y su espíritu al servicio de un objetivo ajeno a la relación misma. A menudo se odió a sí misma por ello, aunque con los años se había convertido en una mujer de acción más que de grandes reflexiones.

El industrial le gustaba. De hecho llegó a sentirse muy enamorada de él. Pero también se daba cuenta de que, si conseguía recuperar a Inés, cualquier futuro junto a Casimiro quedaba por completo descartado. En su nuevo panorama vital sólo había espacio ahora para redimirse, como madre, de los largos meses de separación, y para mantener a raya a su desagradable marido y a su suegra, pues estaba convencida de que aprovecharían cualquier excusa para darle nuevos quebraderos de cabeza a cuenta de la niña. Renunciar a Pladevall fue un sacrificio que siempre gravitó sobre los años posteriores de Tona, quien se preguntaba a menudo qué habría sido de ellos de haber seguido juntos.

Lo cierto es que el Código Penal de 1944, vigente en la época que nos ocupa, era lo que más había jugado a favor de Marcos Feu y de su madre, y en contra suya, dejándola desarmada. Tras el paréntesis liberalizador de la legislación de la República, ese texto de posguerra, misógino y discriminatorio, sancionaba con prisión menor «a la mujer casada que yace con varón que no sea su marido», mientras, a la inversa, se castigaba al marido sólo en el caso «de que tuviera manceba dentro de la casa conyugal, o notoriamente fuera de ella». Hasta 1978, con la democracia

restablecida, no se despenalizaron ambos supuestos, devolviendo a la esfera privada lo que únicamente a ella pertenecía. Pero Tona no hubiera podido esperar hasta entonces.

¿Qué decir de Juan Ignacio? Él también tuvo su gesto. Cuando decidió seguir adelante con la emisión del programa sobre Antonio Luna —o Lena—, sabía que traspasaba la raya que las autoridades le habían fijado y ponía en peligro la continuidad de *Rinomicina le busca*. Pero pensó que aquél no era momento de componendas, al menos de semejante calibre, y que, si no podían seguir tratando con las historias de la Guerra Civil, al fin y al cabo las más dramáticas, urgentes y sugestivas, ¿qué sentido tenía continuar con la emisión? La actitud del locutor Luis Rupérez, igualmente comprometido con la idea de no ceder, constituyó un apreciable apoyo, pero, aun sin contar con él, Juan Ignacio se habría mantenido firme, porque la decisión interior ya estaba tomada.

En los años siguientes a los hechos aquí narrados, Casimiro Pladevall expandió enormemente su imperio, pero se endeudó demasiado y a partir de 1974 se vio obligado a trocearlo y vender las distintas empresas a precios de saldo. Entretanto, su hijo pasó varios años viajando entre Estados Unidos y la India, en la estela de las peregrinaciones *hippies* del momento. De vuelta a Barcelona se vinculó a una revista contracultural, llevó una discreta pero intensa vida privada homosexual y con el tiempo acabó montando un próspero negocio de anticuariado, con la ayuda de su madre.

Aunque, empresarialmente, Casimiro había ayudado a consolidar algunas piezas que resultarían fundamentales para el movimiento antifranquista, como el diario *Adelante*, un gran éxito y una referencia del periodismo crítico de la época que aún se recuerda, así como no pocas iniciativas a favor de la lengua catalana, como el semanario *Rauxa* o la discográfica *Escacs*, no supo o no quiso rentabilizar esta paradójica parcela de su actividad. Él, que siempre había sido un franquista cauto, más de apariencias que de esencia, a medida que el Caudillo se acercaba a su final se volvió franquista acérrimo.

La muerte del dictador, el cambio de régimen y los atentados contra dos prohombres catalanes, el ex alcalde de Barcelona Joaquín Viola Sauret y el industrial José María Bultó, ambos amigos suyos que fallecieron víctimas de unas bombas que terroristas del Exèrcit Popular Català les adosaron al pecho, le pusieron muy nervioso y le convencieron de que la España democrática no era un buen lugar para él. Creyó que el sentimiento revolucionario de los años treinta retornaba corregido y aumentado, amenazando las posesiones que aún le quedaban, y decidió poner tierra de por medio. Murió en 1980 en Londres, donde se había exiliado. Su mujer, Marta, se había quedado en la capital catalana, consagrada a su tienda de decoración y a una vida social que no abandonó. El matrimonio se mantuvo legalmente unido hasta el final.

Tras el cierre de *Rinomicina le busca*, Juan Ignacio no volvió a levantar cabeza en el seno de Industrias Pladevall. Cuando pusieron en marcha con gran lujo de medios el diario *Adelante*, nadie se acordó de él y no se requirió su colaboración. En realidad, Pladevall prefería no verle demasiado, porque constituía un recordatorio viviente del episodio de Tona, demasiado próximo.

Cada vez más frustrado, en la segunda mitad de los años sesenta se decidió a establecerse por su cuenta, con la ayuda financiera de su suegro. A medias con Armando Rocarons montó una agencia publicitaria con sede en la calle Tuset, el Madison Avenue barcelonés. Juan Ignacio ponía la creatividad y su competente socio la organización; crecieron hasta contar con casi medio

centenar de empleados y ambos ganaron mucho dinero, antes de venderla a una multinacional en 1985. Entremedio hubo algún episodio borrascoso. Tras el final de *Rinomicina le busca* había seguido bebiendo mucho, lo que, junto con ciertas infidelidades que no pasaron desapercibidas, tuvo consecuencias negativas para su matrimonio, que se acabó rompiendo (Elena le abandonó, llevándose a los niños), y para su salud física y psicológica (tuvo que someterse a dos internamientos).

A fines de los años ochenta se encontraba desintoxicado y con dinero y, aprovechando la euforia previa a los Juegos Olímpicos de 1992, montó en solitario una segunda agencia, más pequeña y especializada, con la que se ha mantenido en activo hasta el inicio del nuevo siglo. No volvió a casarse y, en parte gracias a ello, ha podido mantener, pasado el tiempo, una buena relación con sus hijos, con los que se ve a menudo. Ya octogenario, está bien de cabeza y bien de salud, disfruta de la vida y lee mucho.

Tras el período crucial que hemos narrado aquí, Tona se consagró durante cerca de diez años en exclusiva a ejercer de madre. Cuando su hija Inés ya era adolescente volvió con discreción a la vida social. Luisa Mateu ya había muerto y la *gente bien* barcelonesa constataba que los tiempos estaban cambiando, salía menos y evitaba los alardes. El día que unos jóvenes melenudos lanzaron tomates a los asistentes a una sesión del Gran Teatro del Liceo quedó claro que el momento era de discreción y no de exhibición.

Tona conoció en una cena a Antoni Bramon, industrial propietario de una cementera, separado y afable, que enseguida empezó a hacerle la corte. Salieron un par de años y, cuando Inés, al acabar COU, le pidió a su madre irse a estudiar a la Universidad de Navarra, Tona se instaló a vivir en el espacioso piso de la calle Ganduxer de su novio. La convivencia funcionó, y, con la aprobación en 1981 de la ley del Divorcio, ambos pudieron por fin liberarse de sus anteriores vínculos y casarse. Bramon había entrado en política de la mano del nuevo partido catalanista, *Convergència Democràtica*, que iba a presentarle dentro de sus listas electorales para la alcaldía barcelonesa en un puesto destacado. Lamentablemente, cuando Tona parecía haber sellado ya un pacto duradero con la felicidad, cierto día que iba a Cervera con su marido, un camión se salió del carril contrario, por el que circulaba a una velocidad mucho mayor que la permitida, y destrozó el Seat 132 en el que viajaban. Ambos fallecieron en el acto.

Antonio Lena convivió cerca de tres años con su madre, su hermano y su cuñada. El nacimiento de un sobrino, a quien pronto acompañó una hermanita, hizo aconsejable que su hermano buscara otro piso, con lo que Antonio se quedó a solas con su progenitora. Disfrutaba con su trabajo en la charcutería, donde poco a poco se ganó la confianza del propietario, que acabó ascendéndole a encargado. Sin embargo, por más que su vida había experimentado un cambio radical gracias al cual todas las dispersas piezas de su existencia parecían haber encajado a la perfección, un desasosiego interno le carcomía. Aunque, obviamente, no responsabilizaba a su madre por haberle perdido en su infancia, la relación con ella, restablecida tras tantos años, no era fluida. En cuanto a su hermano, un hombre práctico, duro y serio, tampoco acababan de congeniar.

De forma espaciada primero y luego cada vez más regular, Lena empezó a viajar a Santander, donde había dejado algunos amigos. La medida de la ciudad norteña y su clima le resultaban más

gratos que los de Barcelona, y sobre todo a medida que pasaban los años la sentía de forma más intensa como un espacio propio. En uno de estos desplazamientos le avisaron de que una importante charcutería local buscaba un encargado, y entonces Luna pudo hacer valer la experiencia adquirida en Cataluña. Volvió a despedirse de la familia que había recobrado gracias a un programa de radio y regresó a la capital cántabra, donde llevó una existencia colmada y apacible, con regulares desplazamientos a Barcelona para ver a los suyos, hasta que fue fulminado por un cáncer de pulmón en el año 2003. Nunca se casó ni mantuvo relaciones sentimentales estables, al menos que se sepa.

Justificación y agradecimientos

Estaba en el aire tiene su origen en las historias de empresa y de vida social barcelonesa que escuchaba en casa durante mi infancia y adolescencia. Al reconstruir algunas de ellas, el punto de partida ha quedado a menudo tan lejano que hizo necesaria una amplia intervención de la fantasía sobre su ya muy difuminada realidad.

Pero otras tienen una base muy concreta. El programa *Rinomicina le busca. Barcelona llama a España* se emitió entre otoño de 1960 y primavera de 1962 a través de la red de emisoras que se cita en esta novela. Enrique Rubio lo dirigía y presentaba, y mi padre, José Luis Vila-San-Juan, era el supervisor por parte de la empresa patrocinadora. Aunque muy inicialmente inspirados por ellos, los personajes de Luis Rupérez y Juan Ignacio Varela son, en su plasmación de este libro, figuras completamente imaginarias, como también los restantes protagonistas. En cuanto a los casos del programa, muchos son verídicos, pero otros han sufrido las transformaciones a que obliga el ejercicio de la ficción. He utilizado y en varios casos reelaborado textos originariamente aparecidos en la revista *Por Qué*.

A mi mujer, Mey, tengo que agradecer las buenas sugerencias, el estímulo y la paciencia durante la redacción de este libro, así como la inapreciable ayuda —y el decirme la verdad— en las revisiones finales. Y sobre todo, el amor que no flaquea.

A mi hermana Begoña; a mi tía Magda Robert, y a mi tía Cristina Sagnier, que nos dejó por el camino, su auxilio para reconstruir los paisajes urbanos de la niñez. A Morrosko, el soporte audiovisual. A Mercedes y José Zamora, el apoyo permanente. Un recuerdo emocionado a Lucinda Fernández, también fallecida después de acabado este libro.

A Jaime Arias, Artur Ramon, Ignacio Elguero, Javier Hernández, Joan Armengol, Jorge VidalQuadras, Antoni Batista, Francisco Daurella, Jaume V. Aroca, Suso Pérez, Isabel Segura, Carmen García Lecha y el doctor Antoni Porta, que me ayudaron a precisar ciertos datos de la obra. A Lilian Neuman, Julià Guillamon y Deborah Fernández, la lectura atenta.

Me han sido especialmente útiles la exposición sobre la historia de la Seat *Ja tenim 600! La represa sense democràcia*, en el Museo d'Història de Barcelona, el documental de Sara Grimal y Alonso Carnicer *Barraques, la ciutat oblidada*, y el blog de temas ciudadanos Barcelofilia.

Agradezco a los responsables de la Biblioteca del Col·legi d'Aparelladors i Arquitectes Tècnics de Barcelona, y del Arxiu Històric de Barcelona, las facilidades que me han dado para mi trabajo en esta novela.

He movido algunas fechas para condensar los acontecimientos relatados; ciertos establecimientos se han inaugurado un poco antes de la fecha real de apertura o han prolongado el tiempo de su vida para facilitar el desarrollo de la trama.



SERGIO VILA-SANJUÁN (Barcelona 1957) Es uno de los periodistas culturales españoles más activos. Coordinador del suplemento *Cultura/s* de *La Vanguardia*, ha investigado las interioridades del mundo editorial en obras como *Pasando página*, *Autores y editores en la España democrática* (2003) o *El síndrome de Frankfurt* (2007). Fue comisario del Año del Libro y la Lectura 2005 de su ciudad natal y es también autor de la novela *Una heredera de Barcelona*. Interesado desde siempre por el fenómeno de los *best sellers*, fue pionero en informar sobre libros como *Inteligencia emocional*, *La sombra del viento* o la trilogía *Millenium*, contribuyendo a su difusión en España. Ha entrevistado o ha tratado personalmente a numerosos autores superventas como Harold Robbins, Ken Follett, Michael Crichton, John Grisham, Arturo Pérez-Reverte o Noah Gordon.